RADICALITZEM *la vida*

La majoria de llibres de Virus editorial es troben sota llicències lliures i per la seva lliure descàrrega. Però els projectes autogestionaris i alternatius, com Virus editorial, necessiten un important suport econòmic. En la mesura que oferim bona part del nostre treball pel comú, creiem important crear també formes de col·laboració en la sostenibilitat del projecte. Subscriu-t'hi!!

La mayoría de libros de Virus editorial se encuentran bajo licencias libres y para su libre descarga. Pero los proyectos autogestionarios y alternativos, como Virus editorial, necesitan de un importante apoyo económico. En la medida en que ofrecemos buena parte de nuestro trabajo para lo común, creemos importante crear también formas de colaboración en la sostenibilidad del proyecto. ¡Subscríbete!

https://www.viruseditorial.net/es/editorial/socios

Miseria del militarismo

Una crítica del discurso de la guerra

Fernando Hernández Holgado

VIRUS
editorial
folletos

Fernando Hernández Holgado (Madrid, 1964) es miembro del Movimiento de Objeción de Conciencia de Madrid. Es autor de *Historia de la OTAN. De la guerra fría al intervencionismo humanitario* (Los Libros de la Catarata, 2000), *Soledad Real* (Ediciones del Orto, 2001) y *Mujeres encarceladas. La prisión de Ventas: de la República al franquismo, 1931-1941* (Marcial Pons, 2003).

Título original:
Miseria del militarismo
Una crítica del discurso de la guerra

Maquetación y cubierta:
Virus editorial

Primera edición en castellano:
diciembre de 2003

Edición a cargo de:
VIRUS editorial / Lallevir S.L.
C/Aurora, 23, baixos
08001 Barcelona
T./fax: 93 441 38 14
C/e: virus@pangea.org
http: www.viruseditorial.net
www.altediciones.com

Impreso en:
Imprenta LUNA
Muelle de la Merced, 3, 2º izq.
48003 Bilbo
Tel.: 94 416 75 18
C/e: luna-im@teleline.es

ISBN: 84-96044-39-4
Depósito legal: BI-

ÍNDICE

PRESENTACIÓN 7

1. ¿A QUÉ LLAMAMOS MILITARISMO?
UN VIAJE POR LA HISTORIA
Militarismos de actualidad 9
Militarismo: un término atravesado por la historia 11
El modelo prusiano:
una visión estrecha y exclusiva del militarismo 13
Militarismos hay más de uno:
los complejos militares-industriales 16
Definiendo lo militarista 19

2. EL DISCURSO DEL MIEDO:
EL *INFORME DE LA MONTAÑA DE HIERRO*
Los *Iron Mountain Boys* 26
Un informe escandaloso 28
La impostura de Lewin 34
Una ficción muy real 36
Keinesianismo militar 41
La percepción de la amenaza 43
El escudo antimisiles y los «Estados delincuentes» 45
El Eje del Mal y la nueva Guerra Fría 47

3. LA EFICACIA ES LO PRIMERO:
LA BALA DE PLATA DEL URANIO EMPOBRECIDO
La bala de plata 55
Oh, My God! 56
El «síndrome de los Balcanes» 60
Informes, mapas y mentiras 62
Un escenario bélico aún más contaminado: Afganistán . . . 66

4. EL DISCURSO DEL ENEMIGO:
MILITARISMO Y ETNOENTRISMO
Un secreto bien guardado:
el veneno que cayó sobre el Rif 72
El *moro*, enemigo secular 76
El discurso militarista sobre el Otro 79
El islam como Enemigo 82
El Mediterráneo:
de espacio de confluencia a *limes* cultural 85
Hacia el choque de civilizaciones 88
Una profecía autoconfirmada 94

5. MUJERES Y GUERRAS:
MILITARISMO Y PATRIARCADO
Las virtudes militares 98
Militarismo y patriarcado:
violencias contra las mujeres 101
Imágenes manipuladas 106
Mujeres en los ejércitos 109
Tres lógicas de exclusión y una misma violencia 115

A Ana Peralta

PRESENTACIÓN

«Entre morir y matar hay una tercera posibilidad: vivir.»
Christa Wolf, *Casandra*

«Siempre se puede lograr que la gente haga lo que quieren sus dirigentes. Es fácil. Lo único que hay que hacer es decirles que les están atacando.»
Hermann Goering

La redacción de este libro ha sido espoleada por las bombas de la última campaña bélica de Estados Unidos y Gran Bretaña contra Irak. Espero que contribuya, modestamente, a fortalecer el creciente sentimiento antimilitarista —antiguerra, pero también antiejércitos— que durante aquellos días enriqueció este país, como un hermoso regalo en medio de tanto horror.

Quien busque en este texto una explicación de las motivaciones e intereses que se ocultan tras esta última guerra, o cualquiera otra de las anteriores, ha elegido mal. Los análisis de este tipo, al menos por lo que se refiere a esta Segunda Guerra del Golfo, brillan tanto por su cantidad como por su calidad. Desde aquí me permito recomendar algunos nombres: Tarik Alí, Noam Chomsky, Ramón Fernández Durán, Carlos Taibo. He preferido ocuparme, por el contrario, de reflexionar sobre el *discurso guerrero* que envuelve esos intereses. Lejos de considerarlo como una simple «superestructura ideológica», entiendo que la cultura de la violencia, el lenguaje militarista, el universo mental de las percepciones de la identidad propia frente al «enemigo», del «Nosotros» frente al «Ellos» —todo ello amalgamado por el miedo— juegan un papel fundamental en las guerras. No son simplemente un adorno, o un disfraz, sino que crean el clima adecuado que permite que estallen, y que duren. Mueven resortes, animan voluntades, esperanzas, temores. Agitan poblaciones enteras.

Una de las miserias con que nos ha obsequiado esta última guerra aparecía publicada recientemente en un diario estatal, traducida de un artículo del *Washington Post*. Su autor describía con todo lujo

de detalles y sin el menor pudor los objetos personales del viceprimer ministro Tarek Aziz encontrados en su domicilio bagdadí, que había sido saqueado y filmado por los *marines*. La prolija relación de artículos relacionados con la cultura estadounidense —películas de Hollywood, juguetes de la Warner, libros de política, entre ellos las memorias de Kissinger— destilaba un inequívoco tufillo burlón, como si no pudiera entender qué era lo que hacían todos aquellos objetos en el hogar del que consideraba uno de los enemigos más feroces de los Estados Unidos. O como si lo interpretara como un vergonzoso detalle de doble moral. Evidentemente el autor juzgaba imposible, impensable, que Tarek Aziz estuviera radicalmente enfrentado al Gobierno de George Bush y al mismo tiempo, sin que hubiera contradicción alguna en ello, admirara ciertos aspectos de la cultura estadounidense. La simple posibilidad se le escapaba. Es esa manera de pensar, ciega a los matices y amiga de lo binario, la que me ha interesado de manera especial. Porque no es sólo la manera de pensar de Bush y de una minoría de poderosos que se enriquecieron con esta guerra y hacen ahora fortuna con la posguerra. Es la de mucha otra gente, la de todos los que la prepararon, legitimaron y colaboraron con ella. Y que aún siguen justificando la ocupación militar y el saqueo de un pueblo.

Este texto es deudor de Pau Serrano, por los ánimos que me dio en un principio, y de Maripi Acha, Santi Alminyana, Ramón Fernández Durán, Carlos Pérez Barranco, Patric de San Pedro y José Toribio por la ayuda, el interés y la documentación prestada. Ana Peralta de Andrés se tomó la molestia de leer todos los borradores, corregirlos y realizar importantes aportaciones, aparte de la bibliografía facilitada. También he contado con el apoyo de mis padres, Manuel y María de la Cruz, siempre a mi lado, desde Madrid. Me gustaría dedicar un recuerdo, por último, a todos mis compañeros y compañeras del MOC (Movimiento de Objeción de Conciencia) de Madrid y del Grupo Antimilitarista de Carabanchel de los últimos años, con quienes compartí las ideas, vivencias e ilusiones que laten en este libro, y que aún andan haciendo insumisión a los ejércitos.

Barcelona, noviembre de 2003

1. ¿A QUÉ LLAMAMOS MILITARISMO? UN VIAJE POR LA HISTORIA

Militarismos de actualidad

En estos días de «guerras contra el terrorismo» que ocupan las primeras planas de la actualidad —Afganistán, Chechenia, Irak— y de consiguientes repuntes del gasto mundial en armamento, el lenguaje de los medios de comunicación occidentales ha desenterrado una palabra antigua, de resonancias históricas: militarismo.

De «militarista» se ha calificado la nueva política del presidente George W. Bush, que tras los atentados del Once de Septiembre ha forzado el mayor aumento del gasto militar estadounidense desde los tiempos de Ronald Reagan, en los últimos coletazos de la Guerra Fría. Ya durante el año 2001, con polémico escudo antimisiles en marcha, el presupuesto de Defensa de Estados Unidos ascendía a 310,5 millardos (miles de millones) de dólares, seguido de la Federación Rusa con 44, y Francia con cerca de 26. Al socaire de la guerra contra el terrorismo internacional, después de los atentados mencionados, el incremento ha sido todavía más espectacular. Para el año 2002, el presupuesto militar de Estados Unidos superaba al de los siguientes quince países con mayor gasto militar del mundo, incluyendo a Rusia, China y sus aliados de la OTAN. En 2003, en vísperas del ataque contra Irak, Bush anunció una partida especial de 95 millardos a añadir al presupuesto anual —que alcanzaba ya los 379 millardos— con el fin específico de financiar la campaña bélica. Finalizada la campaña, y ya inmerso en una conflictiva posguerra, las cifras se han disparado aún más. En octubre de ese mismo año el Congreso de Estados Unidos aprobaba para el curso siguiente el mayor presupuesto militar de los últimos cincuenta años: 400 millardos de dólares, un 16,6% del presupuesto federal y el 3,4% del producto nacional bruto de la nación.

En sintonía con este colosal gasto, la llamada «Nueva Estrategia de Seguridad Nacional» diseñada por el Gobierno Bush ha apostado por el mantenimiento y perfeccionamiento de este enorme poderío militar, arrogándose el derecho de lanzar ataques preventivos con-

tra cualquier país del mundo en función de su interés nacional. Un derecho que, en abierto desprecio a la ONU y otros organismos multilaterales, ha ejercitado descaradamente con la última guerra de Irak, en marzo de 2003. El concepto de ataque preventivo no es en absoluto novedoso —llegó a disfrutar de cierta fama durante la era Reagan—, pero su reedición supone, una vez más, una burla al derecho internacional. Dado que la Carta de las Naciones Unidas solamente sanciona el uso de la fuerza entre Estados en caso de «legítima defensa», como respuesta a un ataque armado, o por mandato específico de su Consejo de Seguridad, es obvio que el ataque preventivo unilateral de Estados Unidos y un par de aliados más —a modo de simples comparsas— contra Irak ha quedado completamente *al margen de la Ley* internacional. Algunos objetarán, sin embargo, que no es la primera vez que sucede, y tendrán razón. El bombardeo ordenado por la OTAN —a iniciativa del Gobierno Clinton— contra Serbia y Kosova en la primavera de 1999 *se saltó* el obligado trámite de una resolución específica del Consejo de Seguridad de la ONU, aun cuando dicha organización otorgara posteriormente su visto bueno al operativo militar. Así las cosas, la novedad aportada por el Gobierno Bush residiría no tanto en la promoción de una nueva modalidad de ataque —ya ejecutada con anterioridad— como en su descarada legitimación y justificación pública, a modo de aviso para navegantes —aliados y no aliados—, y en la herida mortal que ha infligido al sistema de regulación de conflictos internacionales articulado en torno a Naciones Unidas tras el final de la II Guerra Mundial.

Han sido estas medidas, al lado de otras como la instauración de tribunales militares para juzgar a los combatientes apresados en Afganistán y retenidos —en un nimbo legal— en la base de Guantánamo, las que han permitido caracterizar al Gobierno de Bush *junior* de «militarista». Y lo mismo podría decirse del régimen de Vladímir Putin que, con ocasión de los famosos atentados del Once de Septiembre, también ha aprovechado para dar una nueva vuelta de tuerca a la represión rusa en Chechenia y ha fortalecido su aparato militar. Diríase que, bajo el ambiguo fantoche común del «terrorismo internacional», cada régimen, el estadounidense y el ruso, ha justificado su respectiva política de agresión contra colectivos humanos bien diferenciados, sean afganos, palestinos —a través de su aliado Israel—, iraquíes o chechenos. El trasunto de la figura

del «ataque preventivo» estadounidense en la nueva doctrina militar rusa es la intervención militar *global* recientemente proclamada por Putin, arrogándose el derecho a intervenir fuera de sus propias fronteras —aviso para Georgia— y utilizando, si fuera necesario, armamento estratégico, esto es, nuclear. Por lo demás, si en 2001 el gasto militar mundial creció un 2% con respecto al año anterior, ello se debió en buena parte a la aportación rusa: durante ese año, la Federación presidida por Putin ostentó el dudoso honor de desplazar a Estados Unidos como principal exportador de armas. Un año después, con un incremento del gasto mundial de un 6%, Rusia continúa a la cabeza de las exportaciones de armamento, con una cuota del 36% de los envíos.

Militarismo: un término atravesado por la historia

La palabra «militarismo» posee resonancias antiguas, de otros siglos. A veces su misma pronunciación sugiere casi de manera automática el adjetivo «prusiano», evocándonos la figura del káiser Guillermo II, con su política imperialista, de rearme, preparadora de la I Guerra Mundial. O recuerda a regímenes que, como el nazi o el japonés de Hirohito, realizaron grandes inversiones en armamento que, a la postre, les permitieron sostener una larga guerra de agresión contra sus vecinos en Europa y Asia. También, en un ejemplo más cercano en el tiempo, el término «militarismo» se asocia con el de «complejo militar-industrial»: aquel monstruo híbrido de empresarios, políticos y militares que fue responsable de la gigantesca escalada armamentista estimulada por los diversos Gobiernos estadounidenses con posterioridad a la II Guerra Mundial. Una escalada que, dicho sea de paso, alcanzó una de sus cotas culminantes con Ronald Reagan, de quien George Bush *junior* se considera heredero político.

Todos los estudios que se han ocupado del militarismo han empezado por destacar su carácter difuso, variado, multidimensional, lo que siempre ha dificultado una definición genérica, reductora. Y es que se trata de un concepto de largo aliento, atravesado por la historia. Un recorrido por sus diversas acepciones —desde su acuñación en el siglo XIX— es un viaje por la historia, a través de las diversas realidades que han ido enriqueciendo su significado con el paso del tiempo.

Tanto el socialista Louis Blanc como el anarquista Pierre Joseph Proudhon fueron dos de los primeros teóricos en utilizarlo. Para ambos esta palabra significaba, a mediados del siglo XIX, la amenaza de los Gobiernos autoritarios que recurrían al ejército no sólo para defenderse o atacar a un enemigo exterior, sino para protegerse y reprimir al «enemigo interior»: la conflictividad social alimentada por el descontento de las clases desposeídas y oprimidas de la propia nación. Un Gobierno apoyado en el ejército, esto es, en la fuerza y no en el derecho, constituía la antítesis y el obstáculo a salvar para la consecución de una sociedad libre y justa. La experiencia francesa de junio de 1848 constituye quizá uno de los mejores ejemplos. Tras la Revolución de febrero, y ante el crecimiento de las protestas obreras, el Gobierno promulgó un decreto por el que enroló a la fuerza en el ejército a buena parte de los obreros solteros que, a la sazón, trabajaban en los Talleres Nacionales de París, creados ese mismo año para paliar el gravísimo problema del paro. Inmediatamente, y ante la resistencia generada, el ejército salió a las calles para reprimir a los revoltosos. La institución militar servía así tanto para neutralizar en sus orígenes a la fuerza interior opositora —a través de su reclutamiento o militarización— como para combatirla directamente.

Como neologismo, el término «militarismo» se populariza en Occidente durante la segunda mitad del siglo XIX, a la sombra del desmesurado aumento de la industria de armamento —con el consiguiente desarrollo de la tecnología militar— y la extensión masiva del servicio militar obligatorio. Los Estados modernos de Europa y Norteamérica, afianzados ya a lo largo de este período, se convierten en patrones y garantes de las respectivas industrias *nacionales* de armas, sean de capital público o privado. Durante el proceso de concentración empresarial capitalista, las grandes empresas de armamento —como las tristemente conocidas Krupp y Vickers, que aún sobreviven con estos nombres en nuestros días— comienzan a figurar entre los gigantes de la industria mundial. Las rivalidades internacionales y la pugna por extender los respectivos imperios coloniales servirán asimismo para impulsar una carrera de armamentos que, a la postre, será responsable del grado de violencia y destrucción alcanzado durante la Gran Guerra.

Dichos desastrosos efectos ya habían sido previstos por numerosas voces que, lamentablemente, no fueron escuchadas a tiempo. La pacifista Bertha von Suttner argumentaba así contra la imposición del servicio militar obligatorio en el Imperio Austrohúngaro, según el modelo prusiano, en su popular novela autobiográfica *¡Abajo las armas!*:

> *…si en todas partes es implantado el servicio militar obligatorio, no hay ventaja para ninguno. El juego de ajedrez de la guerra es jugado con más figuras, pero la partida depende siempre de la suerte y de la habilidad del jugador. Pongo el caso que todas las potencias europeas introducen el servicio militar obligatorio, entonces, la relación de poder sería exactamente la misma, la diferencia estaría sólo en que, para lograr una decisión, tendrían que ser abatidos millones en lugar de centenares de miles.*

Von Suttner —que en 1905 sería la primera mujer en recibir el Premio Nobel de la Paz— publicó este texto en 1889. Efectivamente, el militarismo rampante de la época hizo posible que a finales del siglo XIX muchas más piezas humanas de ajedrez —a modo de desafortunados peones— se incorporaran al tablero internacional, a través de la extensión masiva del servicio militar obligatorio y la consiguiente movilización de grandes masas de soldados.[1]

El modelo prusiano: una visión estrecha y exclusiva del militarismo

Para los primeros estudiosos del militarismo, el ejemplo prusiano-alemán constituye el paradigma por excelencia: sus críticos proliferan, tanto desde ópticas liberales como marxistas. En vísperas de la I Guerra Mundial, el comunista Karl Liebknecht insistía en la función de represión interior —y no tanto de defensa frente a un enemigo exterior— del militarismo alemán y, por extensión, occidental. Para los autores marxistas, el militarismo era como una espada de dos filos, de los cuales uno servía para la agresión contra otros Estados o pueblos —en este sentido aparecía estrechamente vinculado con el concepto «imperialismo»— y otro para la represión de la disidencia interna. Como la principal amenaza a la que se enfrentaban los Gobiernos europeos en los albores del siglo XIX era la pujanza del movimiento obrero, el clima militarista generado sirvió para neutralizar cualquier peligro de desestabilización interior.

De hecho, fue la propaganda patriótico-militarista de los Gobiernos occidentales la que terminó quebrando la solidaridad internacionalista de la II Internacional, haciendo posible el enfrentamiento de las diversas clases obreras nacionales durante la Gran Guerra. La realidad histórica que dota de sentido al concepto «militarismo» manejado por aquellos días, y que nos permite comprenderlo y situarlo en su tiempo, es la del rearme prolongado, el reclutamiento masivo, la votación de créditos de guerra y la imposición de leyes de excepción, en las que el disidente del Gobierno de turno era tachado de traidor o quintacolumnista. En una de las cartas que envió al tribunal militar que lo juzgaba por haber difundido propaganda antimilitarista estando movilizado, en junio de 1916, el propio Liebknecht volvía así del revés las acusaciones de alta traición de las que era víctima:

> *Los verdaderos traidores son en Alemania los responsables e irresponsables del Gobierno alemán, los bonapartistas de la mala conciencia social, los cazadores de botines y los jugadores políticos y capitalistas, los agiotistas y financieros de toda clase, que por el vil beneficio han preparado —bajo la protección del semiabsolutismo y de la diplomacia secreta— la guerra de una forma tan criminal como ninguna guerra había sido preparada hasta ahora. Los verdaderos traidores son los que han precipitado a la humanidad en un caos de violencia bárbara, transformando a Europa en un montón de escombros y en un desierto.*

Sin embargo, por aquellas fechas no todo el mundo estaba de acuerdo con el concepto de militarismo sugerido hasta ahora. Al contrario que Liebknecht y demás autores de tradición marxista, los teóricos de la escuela liberal, sobre todo en los países anglosajones, limitaban la condición de «militarista» a unos pocos países, como Alemania y Japón, y la negaban a potencias imperiales como Francia o Gran Bretaña. A pesar del rearme prolongado que infectó en mayor o menor medida a *todos* los países occidentales, antes y después de la I Guerra Mundial, el pensamiento liberal utilizaba un enfoque sumamente estrecho del concepto, restringido al peso específico del estamento militar en el sistema político del Estado. Según esta visión, un Estado donde el poder militar estuviera plenamente subordinado

al civil, aun cuando llevara a cabo una política internacional agresiva, o de rearme, no era militarista. Y sí lo era cuando el brazo militar se volvía levantisco, se imponía sobre el poder civil y lograba influir en sus decisiones. De esa forma, una monarquía de escenografía militar como la del káiser del Segundo Reich, con un elevado peso de la antigua aristocracia feudal reconvertida en burguesa, encajaba a la perfección en ese ajustado modelo de militarismo, que no dejaba hueco alguno a versiones no tan crudas y algo más sutiles.

Además, según la óptica liberal, el militarismo considerado como una desviación que infectaba a un reducido número de países, era consecuencia de un deficiente proceso evolutivo de las antiguas sociedades feudales hacia otras plenamente industriales, modernas, desarrolladas. Alemania y Japón pasaban así a ser Estados *imperfectamente* desarrollados, lo cual quedaba en evidencia por sus tendencias autoritarias y militaristas. Fue el desorbitado peso que alcanzó lo militar en el modelo prusiano alemán —y en el japonés, como su imitador más fiel—, desde su desarrollo a finales del XIX hasta su apoteosis ya en período nazi, lo que facilitaría su identificación en exclusiva durante decenas de años —al menos para los estudiosos de la óptica liberal— con el concepto de militarismo. Y los propios teóricos alemanes entraron gustosamente en el juego, al asumir consciente y orgullosamente la condición militarista de su Estado. En 1914, varios meses después del comienzo de la I Guerra Mundial, el teólogo Ernst Troeltsch afirmaba:

> *…el militarismo significa mucho más que que la organización militar contagie hasta cierto punto toda nuestra vida civil […] En último extremo el militarismo implica que no podemos valorar y defender nuestro Ejército porque nos sintamos impelidos por cálculos racionales, sino también porque sintamos en nuestras corazones una irresistible compulsión a amarlo.*

Esta pasión habría sido inconcebible, al menos expresada de esta manera, en el campo contrario, donde el militarismo —entendido en la estrecha y reducida acepción mencionada más arriba— quedaba demonizado, al menos formalmente, en vez de ensalzado.

La situación descrita no cambiaría durante el período de entreguerras, hasta el estallido del siguiente conflicto mundial. Aprovechando este hecho en su favor, la propaganda de las potencias alia-

das durante la II Guerra Mundial pudo apuntalar la legitimidad de su lucha denunciando el carácter militarista de sus oponentes, el Tercer Reich y el Imperio japonés. Fascismo y militarismo quedaron de esta forma indisolublemente emparentados. Hasta el punto de que, para sus propios teóricos, un régimen perfeccionado de democracia liberal, como el norteamericano o el británico, resultaba de entrada incompatible con cualquier veleidad militarista.[2]

Militarismos hay más de uno: los complejos militares-industriales

Vencidos los fascismos en 1945, pudo parecer que los militarismos habían quedado desterrados del mundo —al menos para los teóricos de la óptica liberal—, pese a la enormidad de la destrucción generada por ambos bandos en la guerra y la carrera de armamentos que la acompañó. El bombardeo atómico estadounidense de Hiroshima y Nagasaki fue probablemente el episodio bélico que más impacto ejerció a nivel mundial, pese a que otros menos conocidos —como la continuada campaña de bombardeos aliados sobre Dresde, en Alemania, también en los momentos finales de la guerra— generaron aún una mayor mortandad. La bomba de Hiroshima explotó sobre un hospital del centro de la ciudad, causando la muerte instantánea de cien mil personas, civiles en su inmensa mayoría, y otras cien mil murieron más lentamente como consecuencia de las quemaduras y la radiación. Hiroshima y Nagasaki pasaron a los anales de la historia como el «precio obligado de la paz», ya que días después el Japón se rindió incondicionalmente. Lo que ocultaron las crónicas, o lo que trasmitieron en sordina, fue que las autoridades japonesas llevaban semanas pidiendo la paz. Sabido es que en la decisión del lanzamiento del arma atómica influyeron varios factores, que poco tenían que ver con la prisa por acabar la guerra: desde la propia oportunidad de probar la bomba nuclear —que arrastraba tras de sí años de diseño y fabricación— hasta la voluntad estadounidense de aprovechar la coyuntura bélica para destruir las infraestructuras japonesas y eliminar así a un Estado rival en términos económicos y políticos. Según algunas versiones, la propia capacidad simbólica del lanzamiento de la bomba también jugó un papel relevante: con ese gesto, dirigido tanto a los aliados como a no aliados e hipotéticos rivales, Estados Unidos anunciaba su recién alcanzada condición de principal potencia armada del planeta.

Durante los años posteriores, y al abrigo del largo período de Guerra Fría con el Bloque Soviético, el crecimiento del gasto militar estadounidense experimentó un aumento gigantesco, sin precedentes, que hasta el momento —ni siquiera con las veleidades militaristas del presidente Bush *junior*— no ha vuelto a ser alcanzado. En 1950, año del inicio de la guerra de Corea, el presupuesto militar ascendió al 32,7% del presupuesto federal, y en 1969, ya en plena guerra del Vietnam, al 56%. Este crecimiento fue tan llamativo que incluso el presidente Dwight Eisenhower alertó en 1961, durante su discurso de despedida a la nación, sobre los peligros de un hiperdesarrollo del poderío militar: Eisenhower recordaba que hasta la II Guerra Mundial Estados Unidos no había poseído una gran industria de armamentos, y que con la Guerra Fría...

> *...hemos sido obligados a crear una industria armamentista permanente de vastas proporciones. Además de esto, tres millones y medio de hombres y mujeres trabajan directamente para la Defensa. Nuestro gasto anual en la seguridad militar es superior a los ingresos netos de todas las grandes empresas norteamericanas. Esta conjunción de un inmenso instituto militar y una gran industria bélica es nueva en la experiencia norteamericana. La influencia total —económica, política, espiritual incluso— se siente en cada ciudad, cada capitolio estatal, cada oficina del Gobierno federal.*

Tras reconocer la «necesidad imperiosa de esta evolución», el general añadía:

> *En los consejos del Gobierno debemos cuidarnos contra la adquisición de una influencia desproporcionada, buscada o no, por parte del complejo bélico-industrial. Existe y seguirá existiendo el potencial para el funesto ascenso del abuso del poder.*

Había nacido un nuevo concepto, el «complejo militar-industrial» (CMI), que acabaría por echar por tierra las antiguas tesis liberales del militarismo. En el complejo militar-industrial no solamente participaban militares, sino también, y quizá en mayor medida todavía, políticos de la esfera civil del Estado, empresarios o perio-

distas. A principios de los setenta, Dieter Senghaas definía de este modo el CMI:

> *Un sistema compuesto estructurado de fuerzas sociales, instituciones e ideologías* que montan complejos individuales de armamento cuya cohesión convierte el complejo del armamento norteamericano en un hecho social autónomo.

Esta última era una de las grandes singularidades del fenómeno: su capacidad para maniobrar autónomamente, tanto en la esfera del Estado como en la del conjunto de la sociedad, influyendo en la adopción de una política internacional agresiva por parte del Gobierno de turno y buscando al mismo tiempo su aceptación por los ciudadanos. Había, pues, nacido un militarismo de nuevo cuño, que reventaba las costuras del estrecho corsé del modelo prusiano-alemán. Por un lado, se trataba de un militarismo que se desplegaba no en una sociedad con problemas de desarrollo, sino en la sociedad más desarrollada económicamente de todas: Estados Unidos como una de las encarnaciones señeras de la democracia liberal y del sistema de libremercado. Por otra parte, el reductor enfoque tradicional del militarismo, reservado únicamente a la esfera del Estado y al problema del mayor peso específico de las instituciones militares frente a las civiles, quedaba desbordado. El personal civil también podía impulsar, al lado de los militares, un proceso de militarización social. El militarismo estadounidense del CMI trascendía el ámbito de las instituciones del Estado para infiltrarse o diluirse en el conjunto de la sociedad.

A partir de la realidad histórica del CMI, el militarismo se amplió como concepto, enriqueciéndose, y se hizo asimismo incómodo para las tesis liberales: no sólo los países «subdesarrollados» podían ser militaristas, sino también las grandes potencias occidentales. Los países del llamado «socialismo real», por su parte, tampoco quedaban a salvo del fenómeno. El militarismo también había anidado y se había desarrollado en la Unión Soviética, con matices propios derivados de su inserción en una economía en la que los principales medios de producción eran patrimonio del Estado. A principios de los setenta comenzó a hablarse de un CMI soviético —compuesto por políticos, dirigentes del partido único y cargos de las empresas de armamento estatales— que algunos bautizaron, para hacer honor

a sus particularidades, con el nombre de Complejo Militar-Burócrata.

Con esto pasó un poco como con el concepto de imperialismo: tradicionalmente, para los autores marxistas ortodoxos, tanto el imperialismo como el militarismo eran una consecuencia inevitable, a modo de adjetivos necesarios, del desarrollo histórico de las sociedades capitalistas. En su opinión, una URSS imperialista y militarista resultaba impensable: una contradicción en los términos. El curso de la historia, sin embargo, acabaría por desautorizar esta visión, a la luz de fenómenos como la sustitución del antiguo imperio de los zares por la órbita de poder soviético —el caso checheno, o el afgano tras la invasión de 1979, resultan obvios— o la hipertrofia del poderío militar y nuclear de la URSS. Por no mencionar un aspecto del militarismo en el que, tiempo atrás, habían hecho singular hincapié autores no liberales, sino marxistas como, Karl Liebknecht o Rosa Luxemburgo: la represión interior y el control de los disidentes del propio Estado.[3]

Definiendo lo militarista

Una vez comprometidos con un enfoque amplio del fenómeno militarista, que lejos de reducirlo al círculo de las instituciones políticas del Estado lo amplíe al conjunto de la esfera social, hay definiciones para todos los gustos. Michael Klare, a partir de sus estudios del militarismo de la Guerra Fría, propuso la siguiente, que con el tiempo se ha convertido en una de las más recurridas:

> *...la tendencia del aparato militar de una nación (que incluye las fuerzas armadas, las fuerzas paramilitares, burocráticas y servicios secretos) a asumir un control siempre creciente sobre la vida y el comportamiento de los ciudadanos, sea por medios unilaterales (preparación de la guerra, adquisición de armamento, desarrollo de la industria militar) o a través de los valores militares (centralización de la autoridad, jerarquización, disciplina y conformismo, combatividad y xenofobia), con vistas a dominar cada vez más la cultura, la educación, los medios de comunicación, la religión, la política y la economía nacional, a expensas de las instituciones civiles.*

Otras miradas han abierto aún más el abanico de significados y matices de lo militarista. Al fin y al cabo, la definición de Klare acusa quizá una visión excesivamente simplificada del fenómeno: ¿un proceso de militarización social es dirigido e impulsado únicamente por la esfera militar, por los propios militares y sus colaboradores? Este impulso ¿se produce de manera lineal, unívoca? Difícilmente se negará que muy a menudo los sectores civiles no relacionados con el elemento castrense han contribuido, en medida aún mayor que los propios militares, a la militarización de conflictos históricos y sociedades concretas. Si se analiza, por ejemplo, el incendiario discurso que el presidente serbio Slobodan Milosevic pronunció en 1989 para conmemorar la batalla de Kosovo Polje (la batalla perdida en 1389 por las fuerzas serbias cuyo 600 aniversario se conmemoraba), tropezamos con un fenómeno bastante más complejo que la nefasta influencia lineal de la esfera militar sobre la civil:

> *El heroísmo de Kosovo ha inspirado nuestra creatividad durante seis siglos, ha alimentado nuestro orgullo, y no nos permite olvidar que una vez fuimos un ejército grande, valiente y orgulloso, uno de los pocos que permanecieron imbatidos en la derrota. Seis siglos más tarde, ahora, estamos de nuevo envueltos en batallas y afrontando batallas. No son batallas armadas, aunque tal cosa no puede aún excluirse.*

Los historiadores han examinado con lupa estas palabras, viendo en ellas un anuncio de la sangrienta *guerra étnica* que se desencadenaría un par de años después, dentro de un discurso nacionalista agresivo panserbio: conquistas territoriales acompañadas de «limpieza étnica» en Croacia y Bosnia-Hercegovina, posterior invasión de Kosova, liquidación de los disidentes internos... Un testigo de la famosa alocución de Milosevic en Kosova afirmó que «parecía un general arengando a sus tropas antes de una batalla decisiva». Sólo que ni el presidente serbio era general ni sus oyentes soldados. Y, sin embargo, la imagen que Milosevic proyectaba de la nación serbia era la de un «ejército», cuyo desarrollo histórico había sido y seguiría siendo una sucesión de «batallas». Lo que este caso histórico sugiere es una compleja relación entre cierto discurso nacionalista agresivo y un proceso de militarización social, donde se mezclan sujetos e instituciones civiles en continua interacción.

No hay, por supuesto, que desplazarse a la Europa centro-oriental para rastrear fenómenos recientes de militarismo social. Retomando la realidad del Complejo Militar-Industrial estadounidense, el senador republicano Goldwater defendía en 1969 su existencia afirmando:

> *...este Complejo es para nosotros el escudo que nos protege. Es la campana bajo la cual prospera nuestra nación y alcanza el bienestar. Es nuestra armadura, por desgracia, en un mundo dividido.*

La imagen del cuerpo social que evocaba el senador era la de un cuerpo combatiente —un guerrero, un organismo social en armas— en la batalla secular de la Guerra Fría contra el enemigo soviético. Por cierto que la desaparición de este enemigo y su sustitución en tiempos actuales por un rico surtido de ellos —el terrorismo internacional, y el islam en su conjunto, asimilado a sus versiones fundamentalistas más agresivas— ha reforzado aún más esta imagen guerrera de la sociedad estadounidense, dotándola de nuevos matices. La nueva Estrategia de Seguridad Nacional, presentada en el mes de septiembre de 2002 —justo un año después de los atentados contra las Torres Gemelas y el Pentágono—, partía del convencimiento de que la batalla a la que se refería Goldwater ya se había ganado con la caída del Bloque Soviético durante la última década del pasado siglo:

> *Las grandes luchas del siglo XX entre la libertad y el totalitarismo terminaron con una victoria decisiva de las fuerzas de la libertad y en un solo modelo sostenible de éxito nacional: libertad, democracia y libre empresa.*

A partir de esta victoria, la máxima prioridad del Gobierno Bush no estriba en resolver los graves problemas internos de la sociedad estadounidense —paro, bolsas de marginación social—, sino en defender a la nación de sus nuevos enemigos —«de las amenazas de terroristas y tiranos»— por medio de una política exterior agresiva, que legitime ataques preventivos, de primer golpe, y a través de una política interior de seguridad que fortalezca los poderes del Estado e incremente su capacidad de control social. No en vano la reciente

creación de un todopoderoso «Departamento de Seguridad de la Patria», que centraliza y coordina a todas las fuerzas públicas del país contra el terrorismo, ha sido comparada, por los mismos autores de su diseño, con la política de centralización de instancias militares y de espionaje impulsada por el presidente Truman en los comienzos de la Guerra Fría.

De este modo, una batalla se engarza en la otra, al igual que la batalla de Kosovo Polje evocada por Milosevic se repetía sucesivamente a lo largo de los siglos y en situaciones históricas distintas. El cuerpo social estadounidense sigue siendo un gran guerrero, más poderoso si cabe que antes, y su historia una eterna sucesión de luchas y combates. Esta imagen, proyectada por el Poder e interiorizada por la ciudadanía —que la proyecta también a su vez en un eco infinito, como un rostro reflejado infinitamente en una sala de espejos— revela toda una manera de pensar, una forma de ver el mundo y de situarse, como individuos, en el mismo. Se trata de algo arraigado en un sustrato más hondo —psicológico— que el de las esferas del poder militar o civil, o de las instituciones sociales del tipo que sean.

Stasa Zajovic, como feminista y activa luchadora por la paz durante la última guerra balcánica, ha incidido en esta definición más profunda y matizada de lo militarista a partir de su experiencia en la Serbia de Milosevic, un país en el que el culto a la muerte y la exaltación del sufrimiento —la genealogía de los mártires y los héroes perdiéndose en la noche de tiempos— se había convertido en una actividad cotidiana, en uno de tantos recursos para la preparación y el sostenimiento de la guerra:

> *En el plano ideológico, la militarización se manifiesta, sobre todo, en la imposición de los valores militaristas, símbolos y lenguaje militarista; en la necrofilia como formas de contaminación social y espiritual (esta obsesión de la muerte y las tumbas se revela en las siguientes expresiones: «las fronteras serbias son las tumbas de los serbios», etc.); en el espíritu político autoritario que rechaza hasta eliminar al otro, al diferente, sea en términos ideológicos, étnicos, sexuales, etc.; en la glorificación que llega hasta la adoración de la figura del padre colectivo de la nación, personificada por el presidente del Estado o jefe de las fuerzas armadas; en la separación rígida de los roles masculinos y femeninos: mujer/madre, hombre/guerrero; en la marginación política de las mujeres. En el Parlamento de Serbia, que cuenta con doscientos cincuenta diputados, hay solamente cuatro mujeres.*

Stasa Zajovic descubre así otro aspecto del militarismo que, en su definición citada más arriba, Klare había obviado: la opresión sufrida por las mujeres dentro del mismo discurso militarista, uno de cuyos aspectos es la manipulación de sus cuerpos y de sus imágenes. De sus cuerpos, a través de la propaganda de la «maternidad por deber», para que ofrenden hijos —futuros soldados— a la Patria, y en ocasiones de emergencia también por medio de su reclutamiento puntual. Y de sus imágenes, a través de la mitología de las «madres heroicas», dispuestas a sacrificar a sus hijos varones, avergonzando con su comportamiento a aquellos que vacilan a la hora de cumplir con su deber y entregarse al combate.

Describiendo este fenómeno, la feminista estadounidense Cynthia Enloe ha querido abordarlo dando un eficaz rodeo: ella prefiere hablar no tanto de «militarismo» sino de «persona militarizada». A partir de este concepto, las vías a través de las cuales una persona se militariza son múltiples y diversas. El hecho de entrar en una institución militar, o de vincularse con ella de manera indirecta, es el más evidente. Pero también una persona se militariza...

> *...simplemente adoptando formas de pensar militares, las cuales incluyen una concepción del mundo constituido por Nosotros y Ellos, especialmente cuando Ellos son percibidos como una amenaza física. Para mí esto último es frecuentemente el primer paso en el camino hacia la militarización. El país no tiene que ser gobernado por militares. No tienes que portar un arma ni usar uniforme, pero estás en camino a la militarización si tú imaginas el mundo de esta manera. De ahí, el segundo paso es pensar que la única forma de resolver problemas es a través de la fuerza física.*

La violencia se convierte así en la única forma de relación entre Nosotros y Ellos, entre Nosotros y el Enemigo, la Amenaza. Más allá de la mayor o menor influencia de la esfera militar sobre la civil en una sociedad, se trata de un proceso de interiorización de una determinada visión del mundo y de las relaciones humanas.

Treinta años después de su experiencia como soldado en el cantón suizo de Tesino —entre 1939 y 1943—, el escritor Max Frisch se preguntaba en su libro autobiográfico *La cartilla militar* por lo que, en su vida cotidiana en la apacible Suiza, le recordaba el ejército:

> *Pero no son realmente los objetos o uniformes militares los que me evocan el ejército; son más bien algunos rostros determinados, la manera de pensar de un abogado federal o las voces que surgen de una tertulia; el tono de uno de nuestros funcionarios y al que nunca he visto con el uniforme de sargento mayor; una alocución pronunciada con ocasión de una velada de boxeo; el comportamiento cívico de alguien vinculado a la industria del cemento, durante una sesión celebrada con el Consejo Federal; la manera en que un jefe de estación imparte órdenes a un grupo de trabajadores y emigrantes turcos; un policía dirigiéndose a alguien que efectivamente ha aparcado su automóvil en un lugar prohibido; las cartas de los lectores publicadas en los diarios burgueses; un profesor con su clase durante un viaje de estudios; éste o aquél personaje que aparece en las pantallas de la televisión suiza y al que nunca he visto como capellán castrense; el nombre de un coleccionista de arte y mayorista en Zurich que, en rebeldía, me acusa de haber traicionado a la patria.*

Un hilo invisible parece unir y emparejar a los distintos personajes de su antigua vida militar —el coronel, el capellán castrense— con algunos de sus actuales conciudadanos en la vida civil. Más allá de armas y uniformes, el militarismo o el hecho de militarizarse se convierte así en algo tan inaprehensible y difícil de definir como una actitud, un comportamiento, un gesto o una mirada. Las siguientes páginas estarán dedicadas a desentrañar y proyectar algo de luz sobre las distintas lógicas —absurdas, por cierto— que vertebran el discurso militarista desde esta perspectiva tan rica como compleja, obviando las motivaciones que en cada caso, en cada situación histórica, han determinado su adopción.[4]

Notas:

1. Para la elaboración de este epígrafe acerca del debate histórico sobre el término «militarismo», me he apoyado principalmente en la obra de Volker R. Berghahn: *Militarism. The History of an International Debate 1861-1979* (Cambridge University Press, 1981); así como en los capítulos dedicados a cuestiones conceptuales de *Cien años de militarismo en España*, de Joaquín Lleixà (Anagrama, 1986), y *Militarismo y antimilitarismo en España (1888-1906)*, de Rafael Núñez Florencio (CSIC, 1990). La cita de la novela autobiográfica *¡Abajo las armas!*, de Berta von Suttner, pertenece a la traducción al español de Diego Abad de Santillán, Editorial Sopena Argentina, 1948, p. 178.
2. La carta al tribunal militar de Karl Liebknecht, firmada en Berlín el 3 de junio de 1916, está reproducida en la antología de textos *Militarismo, Guerra, Revolución*, Roca, 1974, p. 103. La cita de Troeltsch aparece en Berghahn, *op. cit*, pp. 31, 32; la traducción es mía.
3. El famoso discurso de D. Eisenhower aparece reproducido al final de la obra de Seymour Melman *El capitalismo del Pentágono*, uno de los estudios clásicos sobre el Complejo Militar-Industrial estadounidense (Siglo XXI, 1972). La definición del CMI por Dieter Senghass está extraída de su obra *Armamento y militarismo*, Siglo XXI, 1974, p. 123; la cursiva es suya.
4. La definición de Klare aparece citada en Lleixà, *op. cit*., p. 22, y es prácticamente idéntica a la que utiliza Vicenç Fisas en *El Poder Militar en España*, Laia-paperback, 1979, p. 20. El fragmento del discurso de Slobodan Milosevic en Kosova aparece recogido en una obra inexcusable para conocer la génesis y el desarrollo del militarismo yugoslavo como es *Yugoslavia y los ejércitos*, de Xabier Agirre Aranburu, Los Libros de la Catarata, 1997, p. 76. Las palabras de Samuel Goldwater están citadas en Senghaas, *op. cit*., p. 80. La descripción que realiza Stasa Zajovic del proceso de militarización en Serbia está entresacada de su artículo «Hijos para la guerra», publicado en la revista *mujeres en acción*, abril 1992, p. 10. La cita de Cynthia Enloe figura en la entrevista publicada asimismo en *mujeres en acción*, enero 1995, p. 5. Por último, el párrafo de Max Frisch procede de la edición española de *La cartilla militar*, Alianza Editorial, 1984, p. 129.

2. EL DISCURSO DEL MIEDO: EL *INFORME DE LA MONTAÑA DE HIERRO*

Los *Iron Mountain Boys*

En 1967 la aparición de un pequeño libro, *El informe de Iron Mountain. Sobre la posibilidad y conveniencia de la paz*, originó un considerable escándalo en un momento ciertamente delicado para el Gobierno estadounidense, asediado por el movimiento de los derechos civiles de los negros y la resistencia a la guerra del Vietnam. No era para menos, ya que el texto se presentaba como un informe de carácter confidencial, encargado por altas esferas del Gobierno, que había sido finalmente filtrado al público.

En la introducción, Leonard Lewin relataba su encuentro con «John Doe», profesor de una conocida universidad del medio oeste y especialista en ciencias sociales, que le transmitió su deseo de ver publicadas las conclusiones de una investigación secreta en la que había participado junto con otros catorce científicos. Según Doe, todo empezó en agosto de 1963, cuando recibió una misteriosa llamada telefónica informándole de que había sido seleccionado para participar en una comisión investigadora formada por el Gobierno. El objetivo no era otro que el de analizar un hipotético escenario de «paz permanente» y estudiar las diversas implicaciones de distinto orden —político, económico, social— que ello acarrearía para la sociedad estadounidense. La idea no era descabellada, ya que por aquellas fechas, solucionada la crisis de los misiles con Cuba y en los albores de la nueva fase de distensión entre los dos bloques, un progresivo desarme como consecuencia de las conversaciones con la URSS en curso se presentaba como una seria posibilidad a tener en cuenta.

La primera cita a la que acudió John Doe en compañía de sus colegas, en agosto de 1966, tuvo lugar en Iron Mountain, en el estado de Nueva York, un gigantesco refugio antinuclear que alojaba las sedes de cientos de grandes corporaciones multinacionales —entre las que se encontraban la Shell y la Standard Oil—, preparadas para sobrevivir y continuar funcionando tras una hipotética hecatombe atómica. Fue allí donde quedó constituida formalmente la comisión con el nombre de *Special Estudy Group*, formada por quince destacados

miembros de la comunidad científica, todos hombres. El énfasis en la metodología interdisciplinar de sus impulsores aparecía claramente de manifiesto en sus criterios de selección: el que hacía las veces de presidente del grupo en las reuniones se encargaba de los contactos con la agencia gubernamental, de la que dependía la comisión; y quien facilitaba los honorarios a sus miembros era un conocido historiador y teórico político, con experiencia de gobierno. Los restantes científicos abarcaban prácticamente todas las disciplinas académicas: un psicólogo-educador; un psiquiatra; un sociólogo; un economista y crítico social; un abogado, profesor de derecho internacional y asesor del Gobierno; un antropólogo cultural; un químico; un bioquímico; un matemático; un físico y astrónomo; un analista de sistemas y planificador militar, y un crítico literario. El decimoquinto miembro era un empresario relacionado con la Administración.

Al parecer, siempre según John Doe, el proyecto se remontaba a 1961, en los comienzos del Gobierno Kennedy, y había sido concebido por la nueva generación de funcionarios de mentalidad tecnócrata que accedieron al poder por aquel entonces —Robert McNamara, Dean Rusk, George McBundy— y que poco después se significarían como grandes impulsores de la guerra del Vietnam. Doe suponía que el grupo de científicos había sido nombrado por una comisión gubernamental *adhoc*, dependiente del departamento de Defensa, del de Estado o del Consejo de Seguridad Nacional. El objetivo del estudio encargado era claro: analizar de una manera racional y objetiva las consecuencias de un escenario de paz permanente en los Estados Unidos, con una perspectiva última de desarme total en el horizonte —abolición del ejército, desmantelamiento del servicio militar obligatorio y de la industria de armamentos—; y prever, llegado el caso, las diferentes medidas que sería deseable adoptar. La metodología utilizada encajaba perfectamente en el modelo científico neopositivista dominante en la época: una exacerbada pasión por una racionalidad y un objetivismo pretendidamente absolutos, a salvo de cualquier interferencia subjetiva o juicio de valor alguno, moral o social. De hecho, en el informe final que posteriormente fue elaborado se subrayaba como principal criterio de estudio una objetividad de «estilo militar»: esto es, el análisis de un hipotético escenario de desarme como si fuera una «contingencia de guerra», aplicando las mismas técnicas con que hasta el momento se habían estudiado los escenarios previstos de guerra nuclear.

Durante dos años y medio, los *Iron Mountain Boys* mantuvieron citas regulares hasta que, a finales de marzo de 1966, quedó redactado el informe final, destinado en principio a funcionarios gubernamentales de alto rango. Inmediatamente el grupo pasó a debatir la conveniencia de su ocultación o publicación, algo que solamente podía explicarse por el carácter *informal* que desde el principio había tenido el proyecto. Aunque los científicos no se habían comprometido formalmente a guardar secreto sobre la investigación, en la práctica se habían comportado como si así hubiera sido. La mayoría argumentó en contra de su publicación por miedo a los «explosivos efectos políticos» que pudiera generar en la sociedad estadounidense. John Doe fue el único que se opuso, ya que consideraba su difusión un deber cívico, de manera que entregó el texto a una editorial —a través de Leonard Lewin— sin desvelar la identidad de sus antiguos compañeros.

Un informe escandaloso

Quizá uno de los aspectos más escandalosos del estudio fueran las premisas teóricas de las que se servían los autores para analizar las funciones de la guerra —militares y no militares— y su significado en las sociedades occidentales. En el informe, frente a la concepción tradicional de la guerra como un instrumento al servicio de la política de los Estados —según la famosa frase de Clausewitz como «continuación de la política por otros medios»—, se afirmaba:

> *La guerra no es, como se suele pensar, principalmente un instrumento de la política utilizado por las naciones para extender o defender sus proclamados valores políticos o sus intereses económicos. Al contrario, es en sí misma la principal base de organización sobre la cual están edificadas todas las sociedades modernas. La causa inmediata común de todas las guerras es la aparente oposición de una nación a las aspiraciones de otra. Pero en la raíz de cualquier ostensible diferencia entre los intereses nacionales descansan las exigencias dinámicas del sistema fundado sobre la guerra misma, que obligan a recurrir periódicamente a los conflictos armados. La disposición para la guerra caracteriza a los sistemas sociales contemporáneos de una manera mucho más exacta que las estructuras económicas y políticas bajo las cuales se subsumen.*

Esto es, que la guerra constituye el principal eje vertebrador de las sociedades modernas, desempeñando una serie de funciones militares y, sobre todo, *no militares* —económicas, políticas, sociales, culturales— indispensables para su estabilidad y supervivencia. Bien entendido que los autores no se referían única y específicamente a las sociedades en estado *actual* de guerra, sino a las sociedades organizadas en torno a la posibilidad —en tanto que amenaza constante— de un conflicto armado, como era el caso de la propia nación estadounidense sumida en el largo período de Guerra Fría y de enfrentamiento con el Bloque Soviético. Según estas premisas teóricas, todo quedaba invertido: los conflictos políticos no son causa de la guerras, sino al contrario. La guerra —o más específicamente el sistema social fundamentado en la preparación de la misma— genera los conflictos que necesita:

> *Las guerras no son causadas por los conflictos de interés internacionales. Según un razonamiento lógico adecuado, sería más acertado afirmar que las sociedades guerreras exigen, y por consiguiente suscitan, tales conflictos.*

Desde esta perspectiva, y a partir del estudio de las diversas «funciones no militares de la guerra», todo lo que antes podía carecer de sentido desde planteamientos de simple sentido común —como el exorbitado gasto militar de Estados Unidos, a todas luces socialmente inútil— se justificaba en función de una racionalidad o de una lógica propia, aunque desquiciada. Así, el ejemplo citado se explicaba por las llamadas funciones económicas de la guerra, pergeñadas en el estudio. El aparente «despilfarro» de las inversiones en armamento no solamente permitía dar salida a los excedentes de producción, sino que además funcionaba en la práctica como un mecanismo regulador de la economía, indispensable para los poderes públicos. La posibilidad de inducir demanda privada, de equilibrar la economía con inversiones públicas —mayoritariamente de gasto militar— o de estimular ciertas industrias que carecerían de impulso privado suficiente —como la del acero— otorgarían una singular utilidad social a lo que en apariencia no era más que un derroche sin sentido.

Las funciones políticas de la guerra, apuntadas en el estudio, no resultaban menos sorprendentes, al asociar inextricablemente los términos «guerra» y «nación»:

En primer lugar, la existencia de una sociedad como «nación política» requiere, como parte de su definición, una actitud de relación hacia las otras «naciones». Esto es lo que generalmente llamamos la política exterior. Pero la política exterior de una nación no puede tener entidad alguna si carece de medios para hacer valer su actitud frente a las otras naciones. Esto se puede conseguir de una manera creíble solamente si ello implica la amenaza de utilizar la máxima organización política para este propósito, es decir, si está organizada en mayor o menor grado para la guerra. La guerra, por tanto, definida de manera que incluya todas las actividades de una nación que reconozcan la posibilidad de un conflicto armado, es en sí misma el elemento definidor de la existencia de cualquier nación frente a otra.

Así, dada la virtual relación de sinonimia entre «guerra» y «nación», «la eliminación de la guerra implicaría la inevitable eliminación de la soberanía nacional y del Estado-nación tradicional». Pero el sistema social fundamentado en la guerra no solamente hacía posible, según los autores del estudio, la existencia y el mantenimiento de un Estado frente a otros en la arena internacional, sino también la propia estabilidad interna de la estructura política de la sociedad en cuestión. Presentaba, pues, tanta utilidad en términos de política interior como exterior, habida cuenta de que un Estado siempre podía recurrir a una amenaza externa, de guerra, para cohesionar a su propio cuerpo social en situaciones de crisis:

La posibilidad de una guerra proporciona la sensación de necesidad externa sin la cual ningún Gobierno puede conservar durante mucho tiempo el poder. La historia recoge numerosos ejemplos de que el fracaso de un régimen a la hora de mantener la credibilidad de una amenaza de guerra ha llevado a su disolución, por la acción de fuerzas de intereses privados, de reacciones ante la injusticia social, o de otros elementos desintegradores. La organización de una sociedad en función de la posibilidad de una guerra es la fuente principal de su estabilidad política.

Las funciones sociológicas de la guerra, por su parte, se cifraban, expresado en el lenguaje más frío y antiséptico posible, en el control de los sectores más «rebeldes y peligrosos» de la población

joven de una sociedad dada a través de la institución del servicio militar obligatorio. Los autores del informe se apoyaban principalmente en el caso estadounidense, esto es, en el *Selective Service System*, que discriminaba claramente a la población susceptible de ser movilizada en función de criterios sociales, reclutando en primer lugar a jóvenes desempleados, sin estudios o de escasa cualificación laboral; de ahí la gran presencia de minorías negras o hispanas en el contingente movilizado a la sazón en Vietnam. Desde esta perspectiva, la verdadera justificación del servicio militar para un Estado-nación cualquiera no descansaba tanto en su presunta necesidad para *defender la patria* en tiempo de guerra, sino en su propia utilidad en tiempo de paz, como instrumento de control social.

Pero, aparte de esto, el sistema social fundamentado en la guerra no sólo servía, según el informe, para controlar a sus elementos más díscolos, sino para vertebrar y asegurar todo el cuerpo social. Entroncando con las funciones políticas de la guerra más arriba apuntadas, la amenaza, o el propio concepto de *enemigo*, se convertía en el resorte fundamental, en la clave de arco de una sociedad dada:

En general, el sistema fundamentado en la guerra proporciona el móvil básico para una organización social fundamental. De esta forma refleja, al nivel de la sociedad, los incentivos del comportamiento humano individual. El más importante de estos incentivos, para los intereses sociales, es la motivación psicológica individual de lealtad a una sociedad y a sus valores. La lealtad requiere una causa; una causa requiere un enemigo. Esto es obvio; el punto decisivo es que el enemigo que define la causa debe ser realmente temible. Por así decirlo, el presunto poder del «enemigo», capaz de asegurar un sentido individual de lealtad a una sociedad, debe ser proporcional al tamaño y la complejidad de la sociedad. Hoy, por supuesto, ese poder debe poseer una magnitud y una capacidad aterradora sin precedentes.

De este modo, y aunando las funciones políticas y sociológicas de la guerra:

La existencia de una amenaza externa aceptada es, por consiguiente, esencial tanto para la cohesión social como para la aceptación de la autoridad política. La amenaza debe ser creí-

ble, de una magnitud adecuada a la complejidad de la sociedad amenazada, y debe ser presentada, cuando menos, como pesando sobre la sociedad entera.

Habría sido imposible leer este texto en 1967 y no relacionarlo con la amenaza de un hostil universo comunista pendiendo sobre las cabezas del «mundo libre», por utilizar la jerga oficial del Gobierno. Fue precisamente en aquel año cuando la OTAN, por inspiración de Estados Unidos, adoptó la llamada estrategia de «respuesta flexible», que preveía un complejo escenario de pequeñas *guerras limitadas* —con posible uso de armamento nuclear táctico— en diversos lugares del mundo: desde Vietnam —donde tropas estadounidenses venían combatiendo desde 1963— hasta la propia Europa occidental, llegado el caso de una hipotética invasión de tropas soviéticas. Y esto era así porque las amenazas al poder estadounidense, desde finales de los años cincuenta, parecían haberse multiplicado y diversificado en todos los continentes. Incluso a los Gobiernos emergentes más o menos autónomos en antiguos territorios coloniales —el Egipto de Nasser, el Irán de Mossadegh, la Indonesia de Sukarno— se les contemplaba como enemigos más o menos asociados al poder soviético.

Pero las conclusiones del *Informe de la Montaña de Hierro* destilaban una terrible sospecha: que tales enemigos quizá no fueran realmente tan horrendos y peligrosos como proclamaba el Gobierno. O que tal vez ni siquiera fueran *reales* —como amenazas para la seguridad de los ciudadanos estadounidenses—, aunque convenía, sin embargo, que fueran percibidos como tales. Lo cual insinuaba una distinción fundamental entre la entidad *real* de la amenaza y la percepción de la misma que el Gobierno procuraba inocular en sus ciudadanos. De hecho, el propio informe incidía en su carácter artificioso y alambicado:

Debe subrayarse que la prioridad otorgada por una sociedad a su capacidad para hacer la guerra, por delante de sus otras características, no es el resultado de la presunta «amenaza» que pueda existir en un momento dado por parte de otras sociedades. Es lo contrario de la situación de partida; la «amenaza» contra el «interés nacional» es habitualmente creada o acelerada para adaptarse a las necesidades en continuo cambio del sistema de guerra. Sólo en tiempos relativamente recientes

se ha juzgado políticamente útil recurrir al eufemismo de necesidades de «la defensa» para nombrar los presupuestos de guerra. La necesidad por parte de los Gobiernos de distinguir entre «agresión» —mala— y «defensa» —buena— ha sido un subproducto de la extensión de la educación y de la aceleración de las comunicaciones. La distinción es solamente táctica, una concesión a la creciente inadaptación de las antiguas justificaciones políticas del sistema fundamentado sobre la guerra.

La explicación cuestionaba de paso un concepto, el de «defensa», manipulado para justificar y legitimar ante la opinión pública de una sociedad determinada todo tipo de aventuras bélicas. En apoyo de esta afirmación podría citarse el fenómeno generalizado del cambio de nombre de los antiguos Ministerios de la Guerra de los países occidentales, que tras la II Guerra Mundial, y sin excepción alguna, habían pasado a llamarse «Ministerios de Defensa». El tono cínico del informe alcanzaba, sin embargo, sus mayores cotas en el estudio de las llamadas funciones ecológicas de la guerra, como medio de combate contra la superpoblación mundial, sobre todo a partir de la invención y uso de armamento de destrucción masiva. O en los comentarios de tintes grotescos sobre las llamadas funciones culturales o científicas, donde los autores se extendían sobre las relaciones entre ciencia y guerra, destacando los avances científicos que acompañaban cada conflicto armado; por ejemplo, en medicina:

Sólo la guerra de Vietnam ha conducido a progresos espectaculares en técnicas de amputación de miembros, de transfusiones sanguíneas y logística quirúrgica. Ha incentivado nuevas y amplias investigaciones sobre la malaria y otras enfermedades parasitarias típicas...

El informe concluía, como no podía ser menos después de lo apuntado, que un escenario de paz permanente, a partir de unas hipotéticas conversaciones exitosas con el Bloque Soviético, generaría unos efectos absolutamente demoledores sobre la sociedad estadounidense, amenazando con desintegrar sus propios fundamentos. A cada una de las funciones mencionadas de la guerra le correspondería un efecto pernicioso en los diversos órdenes: crisis de la economía, pérdida de legitimidad de la autoridad política de

turno, inestabilidad social, desaparición de incentivos científicos y culturales... De ahí que, frente a las múltiples utilidades del sistema social basado en la guerra, el establecimiento de otro sistema distinto fundado en la paz, asumiendo que ello fuera posible,

> *...significaría una aventura hacia lo desconocido que comportaría los inevitables riesgos de lo imprevisto, por muy pequeños que fueran éstos y por muchas precauciones que se tomasen.*

La paz, por tanto, no era plato de buen gusto. De hecho, representaba una mayor amenaza —real, no virtual, ilusoria o prefabricada— que cualquier guerra, fuera fría o caliente.[1]

La impostura de Lewin

Aparte del escándalo que suscitaron tales conclusiones, de inmediato surgió la polémica sobre la autenticidad del informe. Una polémica que el propio Gobierno contribuyó a alimentar, al mostrarse excesivamente cauto en la negativa de toda relación con el mismo, y que desempeñó un papel decisivo en su éxito editorial. El libro fue traducido a varios idiomas, y de alguna forma todo el mundo se sintió impulsado a tomar posición. El prestigioso economista John Kenneth Galbraith dio fe de su autenticidad en varios artículos, incluido un prólogo a la traducción francesa del texto, publicada en 1968. El propio Galbraith fue uno de los nombres que se manejaron como posible autor del falso informe, al lado del de Leonard Lewin, responsable de la edición. En general, los comentaristas tendieron a verlo como una ingeniosa obra de sátira política, y al margen del debate sobre su autenticidad o impostura, la mayor parte valoró el esfuerzo del autor por llevar al terreno de la discusión pública asuntos que tradicionalmente habían estado en manos de *expertos*: los expertos del Gobierno, de la seguridad, de la guerra, de la paz.

No lo vieron así, ni mucho menos, aquellos que formaban parte de estos círculos de expertos y que se sintieron, por tanto, atacados: desde Herman Kahn —a la sazón famoso analista y autor de estudios estratégicos sobre las implicaciones de una eventual guerra nuclear para los Estados Unidos— hasta diversos asesores de la Fundación RAND —ligada al Gobierno y al Pentágono—, pasando por Henry Kissinger, que calificó de «idiota y petulante» directamente a su autor.

No era de extrañar: la poderosa carga crítica del *Informe de la Montaña de Hierro* no solamente cuestionaba la política militarista estadounidense de la época —de una manera sutil, en forma de sátira—, sino que, además, se servía de la polémica de su autoría para trascender el estrecho círculo de especialistas de la seguridad y acceder a capas más amplias de la población. Al fin y al cabo, la paz y la guerra eran asuntos demasiado valiosos para dejarlos exclusivamente en manos de expertos.

Satisfecho este objetivo, varios años después el propio Lewin zanjaría dicha polémica al reconocer públicamente la autoría del informe en un artículo publicado en el *New York Times*. Según sus propias palabras:

> *Lo que yo pretendí fue simplemente presentar los temas de la guerra y de la paz de una forma provocativa. Abordar el carácter esencialmente absurdo del hecho de que el sistema fundamentado en la guerra, por muy vengonzoso que resulte, es no obstante aceptado como parte de un necesario orden de cosas. Caricaturizar el fracaso de una mentalidad de gabinete estratégico* [think tank] *llevando su estilo de pensamiento científico hasta sus últimas consecuencias. Y quizá, con suerte, ampliar el ámbito de la discusión pública de «la planificación de la paz» más allá de sus habituales y aburridos límites.*

Lewin era consciente de que un ensayo de crítica política jamás habría gozado de tanta difusión de no haberse apoyado en la polémica de su autoría, a partir de su apariencia de informe gubernamental. En cuanto al impacto que desencadenaron sus atrevidas conclusiones, en 1972, más de cuatro años después de la publicación del libro, para Lewin resultaba más que evidente que su sátira-ficción había sido superada por la realidad. Y se preguntaba si documentos oficiales indudablemente reales que finalmente fueron filtrados a la prensa y publicados, como los famosos *Pentagon Papers* —que descubrieron con toda crudeza los objetivos geoestratégicos de la intervención estadounidense en Indochina, bajo un discurso formal de defensa de los derechos humanos del pueblo vietamita— no resultaban, en sí mismos, mucho más escandalosos que el de los quince falsos científicos de la Montaña de Hierro.[2]

Una ficción muy real

En 1729, Jonathan Swift publicaba una obrita titulada *Una modesta proposición para evitar que los hijos de los pobres de Irlanda sean una carga para sus padres o su país, y para hacerlos útiles al público*. Su formato era el de una propuesta elevada a los gobernantes ingleses de Irlanda, con el fin de aliviar el problema que para los poderosos representaba la realidad de la mendicidad infantil en la isla, siguiendo un estricto criterio de utilidad económica. Para acabar con el exceso de población infantil *molesta* e *improductiva*, beneficiando al mismo tiempo a la sociedad, el autor proponía vender los bebés de mendigos y otras gentes empobrecidas «a las personas de calidad y fortuna del reino, aconsejando siempre a las madres que los amamanten copiosamente durante el último mes, a fin de ponerlos regordetes y mantecosos para una buena mesa». De esta manera, y calculado el costo de cría de un hijo de mendigo en unos dos chelines al año, «harapos incluidos»...

> *...creo que ningún caballero se quejaría de pagar diez chelines por el cuerpo de un buen niño gordo, del cual [...] sacará cuatro fuentes de carne nutritiva cuando sólo tenga a algún amigo o a su propia familia a comer con él. De este modo, el caballero aprenderá a ser un buen terrateniente y se hará popular entre los arrendatarios, y la madre tendrá ocho chelines de ganancia limpia y quedará en condiciones de trabajar hasta que produzca otro niño.*
>
> *[...]*
>
> *Quienes sean más aborrativos (como debo confesar que requieren los tiempos) pueden desollar el cuerpo, cuya piel, artificiosamente preparada, constituirá admirables guantes para damas y botas de verano para caballeros delicados.*

La sátira de Swift se apoyaba en un sencillo recurso: el de llevar a sus últimas consecuencias la misma lógica que pretendía criticar, esto es, la del poder británico dominante en la empobrecida Irlanda del siglo XVIII, basada en los principios del utilitarismo económico —los del naciente liberalismo— más descarnado y ajeno a toda consideración ética o social. Lo mismo hizo Leonard Lewin en su *Informe de la Montaña de Hierro*, y en su caso lo que terminó describiendo fue el

complejo mecanismo del militarismo estadounidense durante el período central de la Guerra Fría. Para ambos, el formato de *falso documental*, o de ficción emboscada, representaba el medio más efectivo de multiplicar el alcance de su crítica de la realidad actual.

Cuando en su ficticio informe Lewin describía «la utilidad de la amenaza» como eje vertebrador de todo sistema social fundamentado en la guerra, estaba aludiendo de hecho a realidades muy concretas, referidas a la historia del propio militarismo estadounidense. Una de ellas era la propia configuración del imaginario de «enemigo soviético» tras el final de la II Guerra Mundial, cuando los Estados Unidos se habían erigido en la primera potencia económica y militar del planeta. En 1946 habría sido difícil identificar una amenaza exterior para la sociedad estadounidense lo suficientemente creíble y poderosa —según la descripción de Lewin— como para generar un efecto de firme cohesión social interna en torno al proyecto político de turno. Pero si de lo que se trata es de diseñar o perfilar una amenaza de estas características, existen dos vías para hacerlo, perfectamente complementarias: la magnificación del presunto peligro exterior y la exageración de la debilidad de la posición propia, inerme ante dicho enemigo. Esto último fue lo que hizo el sovietólogo George Kennan, uno de los grandes valedores del discurso estadounidense de la Guerra Fría, al justificar de esta forma la novedosa «doctrina de contención» del enemigo soviético:

> *En la actualidad los Estados Unidos somos una potencia sola y amenazada en el mundo. Nuestros amigos se han agotado y han sacrificado su potencial en la causa común. Fuera de ellos —fuera del círculo de quienes comparten nuestra lengua y tradiciones—, nos enfrentamos con un mundo hostil, resentido en el mejor de los casos. Una parte de este mundo está subyugado al servicio de una gran fuerza política que busca nuestra destrucción. El resto es por naturaleza celoso de nuestra abundancia natural, ignora o menosprecia los valores de nuestra vida nacional y se muestra escéptico respecto a nuestra capacidad para gobernar nuestro propio destino y hacer frente a las responsabilidades de la grandeza nacional.*

Kennan pronunciaba estas palabras en 1947, cuando las tropas estadounidenses ocupaban gran parte de Europa Occidental y el país

no poseía colonias —al menos del mismo tipo que las del Imperio francés o británico— que defender de los procesos de independencia en curso. Los bombardeos nucleares realizados un par de años antes en Japón habían escenificado convenientemente su absoluta primacía militar, tal y como se ha mencionado en el primer capítulo. Aquella presunta condición de los Estados Unidos como potencia sola y amenazada, enfrentada a un mundo hostil, no parecía corresponderse con su verdadera situación en el mundo, sino con un discurso artificioso y alambicado: aquel que, según el informe de Lewin, servía para fines muy distintos de los que decía perseguir.

Pero la amenaza exterior podía ser también magnificada de una manera directa, sin necesidad de recurrir a la exageración de la propia debilidad. Hoy se sabe que los datos oficiales estadounidenses sobre la existencia de 175 divisiones soviéticas y 75 de los países satélites de Europa Oriental, prestas a echarse encima de los indefensos aliados europeos, no eran ciertos. Fue precisamente su falsedad lo que contribuyó a crear el clima de amenaza necesario que justificó el rearme estadounidense y la propia fundación de la OTAN en 1949. Stalin, pese a lo que entonces sostenía la propaganda oficial aliada, había empezado a desmovilizar gran parte de sus tropas del escenario europeo ya desde el final de la II Guerra Mundial. Sus ejércitos no eran ni mucho menos tan numerosos ni estaban tan bien pertrechados como denunciaban los servicios de información estadounidenses, es de suponer que con conocimiento de los datos reales que pretendían ocultar. Aparte de esto, esas tropas tenían una función propia que nada tenía que ver con una hipotética y no menos delirante invasión de Europa occidental: la de asegurar el orden en los territorios ocupados en Europa central y oriental y reprimir a las minorías nacionales de la Unión Soviética, entre ellas al pueblo checheno, que en febrero de 1944 había sido deportado a la república de Kazajstán. Por no hablar de su uso como fuerza de trabajo y de reconstrucción en el Estado que más coste humano y económico había sufrido en su enfrentamiento con las fuerzas del Eje.

El mito de la marea humana del Ejército Rojo amenazando Europa, que durante los cuarenta años de Guerra Fría serviría de coartada y acicate para el rearme de Estados Unidos y de la OTAN, respondía cabalmente a los requisitos de la amenaza exterior que había perfilado Lewin: creíble, poderosa y como pesando sobre la sociedad entera. Pero la imagen de la oposición irreconciliable entre las

dos potencias alcanzaría su máxima simplificación en 1950 —vísperas de la Guerra de Corea— de la mano de Paul Nitze, sucesor de George Kennan en la Oficina de Planificación Política del Departamento de Estado. En el documento NSC68 —considerado una especie de texto fundacional del discurso de la Guerra Fría, desclasificado en 1972— Nitze terminaba reduciendo el enfrentamiento entre bloques a un combate a muerte entre dos Ideas, con mayúsculas:

> *Hay un conflicto básico entre la idea de libertad bajo un gobierno de leyes y la idea de esclavitud bajo la siniestra oligarquía del Kremlin […]. La idea de libertad, por otra parte, es característica e insoportablemente subversiva de la idea de esclavitud. Pero la conversión no es cierta. El implacable propósito del Estado esclavo de eliminar el desafío de la libertad ha situado a los dos grandes poderes en polos opuestos […] Ningún otro sistema de valores es tan irreconciliable con el nuestro, tan implacable en su propósito de destruir el nuestro, tan capaz de aprovechar en su propio beneficio las más peligrosas y divisionarias tendencias de nuestra propia sociedad, ninguno evoca tan hábil y poderosamente los elementos de irracionalidad en la naturaleza humana por doquier, y ninguno tiene el apoyo de un gran y creciente centro de poder militar.*

Si la doctrina de contención de Kennan había apuntado hacia la última «conversión» del enemigo soviético, en lo que constituía el horizonte final de victoria de Estados Unidos y sus aliados, Nitze daba un paso más allá al negar incluso esa misma posibilidad, más o menos remota. Frente a la Unión Soviética, la única relación posible era la de destrucción. La oposición devenía absoluta, los términos incompatibles. Frente a la Libertad, la Esclavitud; frente al Interés Nacional de Estados Unidos, el Plan Maligno —*Evil Design*— del Kremlin. Se había gestado no sólo un enemigo, sino toda una mitología, un cuerpo de pensamiento simplista que reducía el mundo a dos fuerzas, dos entes vehiculados por una relación de violencia y destrucción. Un Nosotros y un Ellos —el Enemigo— que quedaba satanizado y deshumanizado a la vez, reducido a una pura idea de maldad: los rasgos básicos del proceso de militarización mencionado en el capítulo anterior.

Proyectar en el otro una imagen del Mal absoluto generaba el efecto paralelo e indirecto de absolutizar la posición propia en la

idea del Bien. Como si se tratara de un juego de espejos, cuanto más demonizada quedaba la imagen del enemigo, más se encumbraba e idealizaba simultáneamente la propia, la de la sociedad supuestamente amenazada. De hecho, ese mismo acento puesto en la idea de Libertad, encarnada en la Nación estadounidense, resultaba una virtud tan excelsa que, como los bienes más preciados, conllevaba al mismo tiempo una peligrosa debilidad. Nitze era bien consciente de ello cuando afirmaba:

> *Una sociedad libre es vulnerable cuando resulta fácil para la gente caer en excesos: los excesos de una mente permanentemente abierta esperando con nostalgia la prueba de que el Plan Maligno* —Evil Design— *pueda llegar a convertirse en noble propósito, el exceso de fe convirtiéndose en prejuicio, el exceso de tolerancia degenerando en indulgencia con la conspiración.*

Incluso la esperanza de que el Enemigo pudiera llegar a reformarse se convertía en un exceso que podía causar la derrota de la posición propia, y era, por tanto, punible. No por casualidad fue este mismo discurso el que legitimó la *caza de brujas* de finales de los cuarenta y principios de los cincuenta, cuando el senador McCarthy y el secretario de Estado Acheson aireaban el espantajo de la Marea Roja —*The Red Tide*—, el enemigo interior que infectaba el cuerpo social estadounidense. Paradójicamente, la defensa de la Libertad en abstracto exigía el recorte de las libertades civiles tan duramente conquistadas, por medio de leyes tan restrictivas como las de Seguridad Interna y de Inmigración, aprobadas al calor de la nueva Guerra de Corea. La imagen esgrimida del Enemigo servía así a los Gobiernos para cohesionar la sociedad en torno al proyecto político propio, asegurarse la lealtad de sus ciudadanos en un siempre oportuno clima patriótico y librarse al mismo tiempo de los elementos menos *leales* y más críticos con el orden establecido.

Por cierto que, al otro lado del Telón de Acero, el clima de guerra servía asimismo al poder soviético para apuntalar sus prácticas represivas y de control social. Una nueva oleada de purgas estalinianas recorrió los países satélites de la URSS durante este mismo período: desde el proceso Rajk, en Hungría —1948— hasta el proceso Husak-Slansky, que se prolongaría hasta 1952. Todo indicaba que detrás de la imagen deformada del Enemigo soviético —la que

aparecía a los ojos del «mundo libre»— habitaba otro militarismo no menos sombrío, que esgrimía a su vez, en su propio beneficio, una amenaza de rasgos igualmente grotescos y magnificados. La «utilidad de la amenaza» como vertebrador de un orden social y político dado —al margen de su ideología— parecía ilustrar en los hechos históricos las llamadas funciones políticas y sociológicas del sistema fundamentado sobre la guerra, pergeñadas en el *Informe de la Montaña de Hierro*.[3]

Keinesianismo militar

Pero también era posible encontrar un asidero real a las funciones económicas de la guerra descritas en la sátira-ficción de Leonard Lewin. Su propio autor se había mostrado singularmente interesado por este asunto, ya que parece ser que fue la noticia de una caída de los índices de bolsa por un fenómeno de «miedo a la paz» —*peace scare*—, en vísperas de una ronda de negociaciones de distensión entre bloques, lo que lo animó a escribir el falso informe. Las recomendaciones de Paul Nitze en el NSC68 recogían un aumento del gasto militar en tiempo de paz sin precedentes en la historia de los Estados Unidos. Era una apuesta novedosa. Frente a la creencia tradicional de que el gasto militar era improductivo y perjudicial para la riqueza de un país, Nitze pretendía justificarlo no solamente por criterios políticos, sino también por su funcionalidad económica:

> *Desde el punto de vista de la economía como un todo, el programa* [militar] *no redundaría en un descenso del nivel de vida, sino que sus efectos económicos podrían incrementar el Producto Nacional Bruto en una cantidad mayor que la absorbida por los objetivos de gasto militar y ayuda a otros países.*

Se trataba de trasladar al capítulo del gasto militar las mismas nociones de la teoría keynesiana: las inversiones públicas, aunque se tratara de algo tan socialmente inútil como las armas, podían dinamizar la economía al estimular la producción y el consumo privados, absorbiendo excedentes productivos y creando puestos de trabajo. El Pentágono, como principal cliente de la industria armamentística, se afirmaba así en su papel de agente impulsor de la economía privada. Cuando en abril de 1950 el presidente Truman reci-

bió el NSC68, su primera reacción fue desestimarlo, para disgusto del secretario de Estado Acheson. Fue el clima de tensión bélica y patriótica provocado por la Guerra de Corea lo que decidió a Truman a aprobarlo —en el mes de septiembre—, convirtiéndolo en el modelo de estrategia política a seguir durante los próximos años. Los efectos fueron inmediatos. Si en el año fiscal de 1950 el gasto militar de Estados Unidos ascendía a 13 millardos (miles de millones) de dólares, en 1953 se elevaba a casi 49. El conflicto de Corea proporcionó la coartada necesaria para el empujón definitivo del incremento del gasto militar, iniciado a principios de los cuarenta. La tendencia proseguiría año tras año, escalonándose en cada conflicto y acrisolando esa especie de subsistema social autónomo, mezcla de negociantes, políticos y militares, que con el tiempo acabaría por ser denominado «Complejo Militar-Industrial».

Pero para principios de los sesenta eran ya numerosas las voces que denunciaban el Complejo Militar-Industrial como instrumento de un capitalismo de Estado que vulneraba las reglas del libremercado que la Adminisitración estadounidense, con su ejército a la cabeza, decía defender en todo el mundo. Los gastos militares habían servido para impulsar procesos de innovación tecnológica, así como para inducir y estimular la demanda privada, poniendo en práctica una suerte de keinesianismo militar. Sin embargo, el proceso había estado viciado desde el principio: durante toda la década de los sesenta, el 80% de los pedidos de armamento del Gobierno no se hizo sobre una base de competencias, por concurso, sino por adjudicación directa. La hipertrofia del gasto militar y el colosal crecimiento de corporaciones multinacionales como Lockheed Martin, Boeing, McDonnell Douglas o General Electric fueron procesos simultáneos. Las consecuencias de este tipo de prácticas oligopolísticas fueron la fijación de precios excesivos, la generación de costes adicionales y, a la postre, la profundización de la espiral inflacionaria que forzaría la brusca devaluación del dólar en 1971. El resultado fue que el keinesianismo militar terminó revelando graves puntos débiles: ni siquiera pudo argumentar en su favor la creación de empleo, dada la bajísima *ratio* o proporción entre inversión de capital y puestos de trabajo generados que siempre ha caracterizado a la industria de defensa dada su altísima tecnologización.[4]

La percepción de la amenaza

El Enemigo soviético o comunista sirvió como eficaz imaginario de amenaza para el poder estadounidense y sus aliados durante cerca de cuarenta años de Guerra Fría —con períodos de mayor o menor *calentamiento*—, alimentando durante todo el proceso el crecimiento del gasto militar mundial. Por lo que se refiere a Estados Unidos, el funcionamiento del Complejo Militar-Industrial como subsistema social autónomo, sometido a sus propias reglas, acabó provocando una total confusión entre percepciones y realidades más o menos constatables. Dado que los servicios de información formaban parte de este sistema, cuya supervivencia se fundamentaba y justificaba en la continua percepción de la amenaza por parte de los ciudadanos, se generó una curiosa situación de autismo. Las informaciones que servían para sustentar esa sensación de amenaza —a partir de datos manipulados y exagerados— se convirtieron en las únicas relevantes para los poderes gobernantes, ya que justificaban aquello que desde un principio se buscaba: el gasto en armamento y el clima necesario de cohesión social —nacional o internacional— en torno al proyecto político propio.

Eso fue lo que sucedió con el mito de la marea humana de las tropas soviéticas amenazando Europa occidental recién finalizada la II Guerra Mundial, tal y como se ha visto más arriba. Pero no fue ése el único caso. Durante toda la Guerra Fría, los Gobiernos estadounidenses recurrieron periódicamente al argumento del presunto desfase en armamento frente a la maquinaria militar de la URSS para justificar nuevos repuntes en su gasto de defensa. Uno de los ejemplos más escandalosos fue el llamado desfase o «brecha» de los misiles —*missile gap*—, utilizado por el Gobierno Kennedy en su campaña electoral de 1961, en la que presentó de manera alarmista a una América vulnerable por primera vez a los misiles intercontinentales soviéticos. Al explotar una presunta situación de inferioridad, se encubría mejor lo que no era sino un comportamiento agresivo, ya que a principios de la década de los sesenta Estados Unidos dio un paso de gigante en la cristalización definitiva del Complejo Militar-Industrial por medio del rearme intensivo en fuerzas nucleares y convencionales. En realidad, hacia 1961 la URSS aún no había desarrollado la tecnología necesaria para que sus misiles pudieran alcanzar el territorio estadounidense. La alcanzaría, sin embargo,

años después, obligada en parte por aquel nuevo empuje en la carrera armamentística.

Dando un brusco salto a la situación actual, caracterizada por las diversas guerras capitaneadas por George W. Bush contra el terrorismo internacional en Afganistán e Irak, no es posible menos que descubrir acusadas semejanzas entre el lenguaje de la Adminisitración estadounidense y el del maniqueo discurso de la Guerra Fría. Una vez más, un Gobierno de Estados Unidos ha recurrido a la magnificación y exageración de una presunta amenaza para el orden internacional —el Irak de Sadam Hussein— para justificar una guerra y forzar un repunte del gasto en armamento. Para ello no se ha dudado en intoxicar a la opinión pública nacional e internacional con todo tipo de informaciones falsarias acerca de la «ambición nuclear» y el arsenal de armas de destrucción masiva del régimen iraquí, algo que, *a posteriori*, ha sido reconocido hasta en las páginas del *Washington Post*. Pero, al margen de estas similitudes de procedimiento, es en el lenguaje donde se produce un auténtico mimetismo entre los tiempos de la Guerra Fría y los actuales. Como si finalizado el vacilante período de los primeros diez años de la Posguerra Fría, con la crisis resultante de la brusca desaparición del secular enemigo soviético y la desesperada búsqueda de otras amenazas de recambio, el Gobierno Bush hubiera recuperado la rotunda seguridad de los códigos de antaño. Evidentemente, esta seguridad se ha visto reforzada por los dramáticos acontecimientos del Once de Septiembre de 2001, pero ya antes de esa fecha la Adminisitración Bush había perfilado los términos claves de su visión militarista, llamativamente *binaria*, del mundo. Durante su campaña electoral de la primavera del año anterior, el futuro presidente había puesto ya un singular empeño en recuperar las viejas coordenadas absolutas del Bien y el Mal, con el fin de justificar el programa de rearme intensivo que proponía:

> *Éste es un mundo mucho más incierto que en el pasado [...] Pero, aunque es un mundo incierto, estamos seguros de algunas cosas. Estamos seguros de que, a pesar de que haya muerto el imperio del mal, el mal sigue existiendo. Estamos seguros de que hay gente que no puede soportar lo que representa América [...] Estamos seguros de que hay locos en el mundo, y terror, y misiles.*

El Mal, en abstracto, seguía existiendo, aunque sin un imperio como el de la URSS de la Guerra Fría. Por aquel entonces estaba representado de una manera especialmente concreta por un rosario de países calificados como *Rogue States* —«Estados delincuentes», «canallas», «granujas»— que, poseedores de una maldad innata y de armas de destrucción masiva, amenazaban presuntamente no sólo a Estados Unidos, sino a todo Occidente.[5]

El escudo antimisiles y los «Estados delincuentes»

Antes de los sucesos del Once de Septiembre, la existencia de estos Estados delincuentes —que incluían a Corea del Norte, Libia, Irak e Irán— fue el recurso más utilizado a favor de un rearme estadounidense, cuyo proyecto estrella era el Programa Nacional de Defensa Antimisiles —NMD, *National Missile Defense*—, a la sazón todavía en mantillas. La ejecución de esta modalidad de escudo antimisiles —que ya había sido aprobada por la Administración Clinton en julio de 1999—, cuyo coste se calculaba en unos 30 millardos de dólares —casi unos seis billones de pesetas—, suponía tanto un paso de gigante en la escalada del gasto militar de Estados Unidos como un suculento bocado para las empresas contratatantes, encabezadas por Boeing y Raytheon.

Los argumentos utilizados para justificar el desarrollo de este proyecto —cuyo presupuesto parecía estirarse indefinidamente y reclamar incluso la colaboración de los aliados europeos, a los que se intentó convencer de que *también* ellos estaban amenazados— no podían ser más delirantes en su evocación de los tiempos de la Guerra Fría. Se decía, por ejemplo, que Corea del Norte podía alcanzar el territorio estadounidense con misiles intercontinentales. Exactamente el mismo falsario argumento del que se sirvió Kennedy en su campaña electoral de 1961, sólo que entre la URSS de principios de los setenta y la empobrecida Corea del Norte de 1999 la diferencia en términos de capacidad militar era ciertamente abrumadora. En la historia del armamento nuclear, el gran desafío tecnológico lo ha constituido siempre la capacidad de proyección de la carga —convencional, química o nuclear—, sea mediante aviones, submarinos o plataformas de lanzamiento de misiles. Por ello, hoy por hoy, pertenece al subgénero de la política-ficción que un país como Corea del Norte, sujeto a periódicas crisis alimentarias, posea o llegue a pose-

er en un futuro cercano o lejano la capacidad tecnológica para proyectar una carga nuclear al otro lado del Océano Pacífico.

Por lo demás, la amenaza esgrimida de los misiles de los Estados delincuentes parecía ciertamente extemporánea, ya que actualmente existen en el mundo menos programas de misiles balísticos en marcha que los que había hace quince años, y de los treinta y tres Estados con capacidad para fabricarlos, solamente seis podrían desarrollar por sí mismos misiles con un alcance superior a los mil kilómetros. Pero lo curioso del caso es que después de los atentados del Once de Septiembre, que demostraron en la práctica la inanidad de un escudo antimisiles —de haber estado ya construido, de nada habría servido para evitarlos—, la Administración Bush ha continuado defendiendo el proyecto, que hasta la fecha ha venido consumiendo un presupuesto anual de unos 8 millardos de dólares. Las razones hay que buscarlas tanto en los suculentos contratos en juego como en el renovado keinesianismo militar al que está recurriendo la Adminisitración republicana. En su Discurso Sobre el Estado de la Unión, pronunciado en enero de 2002, George W. Bush no vaciló en justificar recientemente el enorme aumento del gasto militar para combatir los síntomas de recesión que venía arrastrando la economía estadounidense desde el año anterior.

En sintonía con el empuje de este discurso maniqueo de los «Estados delincuentes», y varios años antes de los atentados del Once de Septiembre, el gasto militar estadounidense había empezado a exhibir un renovado vigor tras la resaca provocada por el final de la Guerra Fría. Si los noventa fueron años de vacas flacas para los programas de armamento, dada la desaparición del secular Enemigo soviético con la disolución del Pacto de Varsovia en 1990 y de la propia URSS en 1991, la tendencia a la baja del gasto militar mostró señales de invertirse en los umbrales de la nueva década. El tímido repunte de 1999, hacia el final del último mandato del presidente Clinton, marcó el fin de una etapa de descenso en picado que se remontaba a 1987; un repunte al que sin duda contribuyó tanto la aprobación del propio proyecto del escudo antimisiles como la intensa campaña de bombardeos realizada por la OTAN en Serbia y Kosova. Para entonces, y en sustitución del antiguo enemigo, ya había comenzado a abrirse paso un abigarrado imaginario conformado por una auténtica galería de ellos: desde los «Estados delincuentes» hasta una singular percepción del islam —groseramente asimilado y reducido a sus versiones más fundamentalistas y agresivas—, pasando por el narcotráfico o la presunta amenaza que suponían las migraciones del Sur para los ricos países del Norte. Coincidiendo con el final de la Administración Clinton, un documento público oficial elaborado por la CIA, el *Informe Tendencias Globales 2015*, preveía un escenario muy semejante al «mundo peligroso» en el que tanto hincapié haría George W. Bush durante la campaña electoral del año siguiente:

> *Estados desafectos, terroristas, proliferadores* [de armas de destrucción masiva] *y criminales organizados se aprovecharán del nuevo entorno de la información de alta velocidad y de otros avances en tecnología para integrar sus actividades ilegales y combinar sus amenazas contra la estabilidad y seguridad en todo el mundo.*

El informe se ocupaba de señalar asimismo que Rusia, China y Corea del Norte estarían en condiciones de alcanzar territorio estadounidense con sus misiles balísticos, en un claro guiño a los poderes impulsores del proyecto del escudo antimisiles. Pero lo que dio un empuje definitivo a este discurso de la amenaza fueron los atentados del Once de Septiembre, al acabar de golpe con el sentimiento de invulnerabilidad que desde siglos atrás habían disfrutado los Estados Unidos. Unos atentados para los que, por cierto, no fueron necesarios misiles intercontinentales ni tecnología especialmente sofisticada, como sostenían los expertos de la CIA. En cualquier caso, a partir de este momento el lenguaje de la Administración estadounidense exhibiría casi miméticamente los antiguos códigos del de la Guerra Fría.[6]

El Eje del Mal y la nueva Guerra Fría

> *En el seno de cada comunidad herida aparecen evidentemente cabecillas. Airados o calculadores, manejan expresiones extremas que son un bálsamo para las heridas. [...] Prometen victoria o venganza, inflaman los ánimos y a veces recurren a métodos extremos con los que quizá pudieron soñar en secreto algunos de sus afligidos hermanos. A partir de este momento, con el escenario ya dispuesto, puede empezar la guerra. Pase lo que pase, «los otros» se lo habrán merecido, y «nosotros» recordaremos con precisión «todo lo que hemos tenido que soportar» desde el comienzo de los tiempos. Todos los crímenes, todos los*

abusos, todas las humillaciones, todos los miedos, los nombres, las fechas, las cifras.

El escritor libanés Amin Maalouf escribió este texto en 1998 pensando en «comunidades heridas» como la judía, la palestina, la serbia o la ruandesa, en las que surgieron discursos agresivos que se alimentaban del victimismo. Sin embargo, tras los sucesos del Once de Septiembre de 2001 y las sucesivas campañas militares conducidas por Estados Unidos en Afganistán e Irak, quizá sea precisamente este país el que actualmente mejor encaje en ese modelo. La herida del Once de Septiembre, por obra y gracia de la Administración Bush, se ha convertido en el gran argumento justificador del rebrote de una política militarista y mixtificadora de rancia tradición, cuyas consecuencias trascienden y desbordan ampliamente el agravio inicial, utilizándolo al mismo tiempo como pretexto.

Pocas horas después de los atentados, el presidente Bush declaró el estado de guerra. ¿Contra quién? El enemigo aparecía todavía rodeado de una nebulosa incertidumbre, pero la famosa frase del presidente «con nosotros o contra nosotros» instaló al país en una lógica binaria, maniquea, militarista en su estado más puro. Al calor de la venganza, la ofensiva militar de octubre contra Afganistán —tras la pista de la organización terrorista Al Qaeda— que provocaría más muertos civiles que los propios atentados, demostró que el «estado de guerra» no era una metáfora, sino una realidad. El Gobierno hablaba de una «guerra larga y dura»: un estado de lucha constante, con pequeños episodios *calientes*, como el afgano. La imagen del derrumbe de las torres del World Trade Center devino el icono necesario en el frontispicio de la nueva guerra secular contra el terrorismo: el *casus belli* que marcaba un antes y un después, un umbral entre dos eras, como el ataque japonés contra Pearl Harbor, recurrentemente utilizado como término de comparación.

Pero si el «estado de guerra» quedaba nítidamente perfilado con los sucesos del Once de Septiembre, no podía decirse lo mismo de la Amenaza destinada a sustituir al antiguo Enemigo soviético o comunista. Durante los diez primeros años de la Posguerra Fría se habían apuntado una serie de amenazas tan terribles como variadas, frecuentemente ligadas a un concepto reduccionista del islam y asociadas a países del Sur. A esa voluntad de definición respondería el polémico concepto de «Eje del Mal», estrenado en el Discurso del

presidente sobre el estado de la Unión en enero de 2002, el mismo que justificó el rearme para combatir la recesión económica. Por aquellas fechas, y una vez cerrada con éxito la primera guerra contra el terrorismo mediante la campaña militar afgana, los *halcones* republicanos —Cheney, Rumsfeld, Wolfowitz, todos ellos antiguos colaboradores de Ronald Reagan y de George Bush padre durante la última etapa de la Guerra Fría— parecían singularmente decididos a apoderarse de Irak, al objeto de articular un nuevo mapa político en Oriente Medio y el Golfo Pérsico más favorable a los intereses geoestratégicos estadounidenses. Los tres, como fundadores en 1997 del llamado «Proyecto para el Nuevo Siglo Americano», llevaban ya tiempo reclamando una «política reaganiana de fortalecimiento militar y de claridad moral» en forma de un intervencionismo militar unilateral en la región mencionada, cuyo primer objetivo sería Irak.

La idea original no era otra que la de asociar de manera falsaria y oportunista al régimen iraquí con la organización Al Qaeda —acusándolo de patrocinar el terrorismo internacional y de fabricar armas de destrucción masiva—, estableciendo, al mismo tiempo, una asociación con las potencias del Eje Berlín-Roma-Tokio de la II Guerra Mundial, de infausto recuerdo. La consejera de Seguridad Nacional, Condoleeza Rice, propuso incluir también al régimen iraní, ignorando el proceso democratizador abanderado por los líderes moderados. No por casualidad Irán constituía otra pieza maestra en el mapa geoestratégico del Golfo, a la vez que permitía la reductora evocación del islam antes apuntada. El papel de tercer enemigo fue finalmente adjudicado a Corea del Norte, otro de los «Estados delincuentes» que habían justificado la inversión del escudo antimisiles. La expresión «Eje del Mal» permitía de este modo individualizar una serie de enemigos concretos a batir, como presuntos patrocinadores de un multiforme «submundo terrorista», que operaba «en remotas junglas y desiertos» y se ocultaba «en el corazón de las grandes ciudades», según la gráfica descripción desplegada por Bush en su discurso.

Era, sin embargo, el concepto de «terrorismo internacional» —inevitablemente asociado al islam y representado por el icono de Ben Laden— el que aglutinaba a tan rica colección de amenazas. Aquellos que durante los diez primeros años de la Posguerra Fría habían buscado con mayor o menor éxito un recambio eficaz para el antiguo enemigo de tiempos anteriores podían respirar aliviados. La lógica militarista volvía finalmente a medrar, como durante la Guerra Fría,

en un escenario conceptual presidido por la más grosera simplicidad: un mundo peligroso, un enemigo, el Bien contra el Mal, o conmigo o contra mí. Las siguientes palabras de la consejera de Seguridad Nacional, Condoleeza Rice, reflejan cabalmente esta complacencia en un discurso simple, binario, alérgico a cualquier matiz o complejidad:

> *Para mí, la caída de la Unión Soviética y el 11-S son como dos sujetalibros, por decirlo de alguna manera. Delimitan una época específica en la que los hombres nos hemos preguntado qué peligros podían surgir tras el final de la Guerra Fría. Mucha gente se preguntaba: ¿se hará más poderosa otra potencia? […] Otros se preguntaban si los pequeños conflictos étnicos afectarían a la convivencia de los pueblos. ¿Habrá crisis humanitarias? ¿Hambrunas? Y de repente todo se aclaró con el 11-S: lo que nos amenaza es el terrorismo internacional y también, posiblemente, las armas de destrucción masiva en manos de Estados que apoyan al terrorismo si es necesario.*

Dos guerras separadas por dos sujetalibros. En medio, un espacio vacío ocupado por gentes que a buen seguro disentirían de este planteamiento, como las víctimas de la hambruna que asoló Somalia en 1992, o las de las conflictos que desangraron la antigua Yugoslavia durante toda la década. Rice hacía estas declaraciones en septiembre de 2002, en plena campaña para conseguir que los aliados europeos apoyaran una ofensiva militar contra Irak que se adivinaba inminente. Más o menos por esas fechas, el secretario de Defensa Donald Rumsfeld volvía a subrayar las similitudes entre la «larga y dura» guerra contra el terrorismo y la Guerra Fría. Y se mostraba optimista respecto a la reacción de los estadounidenses ante las exigencias de aumento del gasto militar:

> *Si mira a lo que hicimos durante la Guerra Fría: generación tras generación desde 1950 se invirtió dinero en defensa y en enviar tropas fuera que la gente hubiera preferido gastar en otras cosas. Pero en Estados Unidos los ciudadanos han demostrado que son capaces de apoyar grandes inversiones en defensa, incluso en tiempos de paz, para luchar contra amenazas serias, persistentes y expansionistas, pero invisibles. Los estadounidenses lo han apoyado y lo apoyarán esta vez.*

Lo que estaba exigiendo Rumsfeld de sus conciudadanos era el mayor aumento del gasto militar desde la era Reagan: para el año 2003 se proponía un incremento del 12% en la partida militar, y del 11% en seguridad interior. La propuesta se presentaba blindada contra toda crítica. Según el jefe de la Oficina Presupuestaria de la Casa Blanca, Mitchell Daniells, no se podía «regatear con lo que hace falta para defender Estados Unidos y ganar la guerra contra el terror». Desde entonces la tendencia se ha acentuado todavía más: para el año 2004 el presupuesto militar alcanzará los 394 millardos de dólares, en detrimento de partidas congeladas o recortadas como las de educación o salud. Pero para conseguir el clima de adhesión necesario a esta política belicista, no bastaba con la apelación a la venganza o al espíritu patriótico: se precisaba también el miedo. Fiel a la lógica binaria del militarismo, Rumsfeld ofrecía únicamente dos opciones a los estadounidenses: o apoyar el gasto militar o ser atacados periódicamente en atentados como los del Once de Septiembre.

Desde entonces, el ciudadano de Estados Unidos ha vivido en el miedo: bien a la amenaza, bien a la estigmatización como «antipatriota» por sus conciudadanos, para no mencionar el acoso sufrido por minorías étnicas o religiosas como la árabe y la musulmana. En vísperas de la última ofensiva contra Irak, en febrero de 2003, el llamado Sistema Asesor de Seguridad de la Patria —*Homeland Security System*, aprobado en marzo del año anterior— anunciaba un nivel «alto» de amenaza de ataque químico o bacteriológico, simbolizado por el color naranja. Los diversos niveles eran cinco, desde el verde hasta el rojo, correspondiéndose cada uno con distintas recomendaciones para que cada ciudadano pudiera protegerse en su hogar de un ataque terrorista, lo cual acabó desatando a la postre una verdadera psicosis colectiva. A ese clima de temor generalizado coadyuvaron otras medidas de emergencia como las masivas campañas de vacunación contra la viruela —para soldados, empleados médicos y funcionarios, hasta llegar al último vecino—, que supusieron en la práctica una auténtica militarización *psicológica* de todo el cuerpo social. Paradójicamente, no tardaron en producirse las primeras restricciones a la campaña de vacunación, en pacientes con factores de riesgo, debido al rechazo experimentado en decenas de casos, con muertes incluidas.

A la vez que cerraban filas en torno a sus soldados destacados en Irak, cientos de miles de ciudadanos estadounidenses se atrincheraron en sus casas después de haber agotado las provisiones de agua

mineral o de cinta aislante, para protegerse de un hilarante, por descabellado, ataque químico en su territorio. Emboscado para justificar la agresión, siempre el miedo. Tal y como ha apuntado Michael Moore en su audaz filme *Bowling for Colombine*, el miedo es lo que explica que la sociedad estadounidense ostente el récord de posesión de armas de fuego, y que cerca de once mil personas mueran cada año por culpa de esas armas.

Una vez finalizada la Segunda Guerra del Golfo, y al objeto de mantener el clima necesario de temor, el Gobierno Bush ha llegado incluso a la aberración de simular ataques terroristas para poner a prueba el temple de su población y acostumbrarlos al nuevo estado de cosas. En mayo de 2003, dos ensayos de ataques radiológicos y bioterroristas realizados casi simultáneamente en Seattle y Chicago, a cargo del Departamento de Seguridad de la Patria y con un coste de quince millones de euros, consiguieron movilizar a 8.500 efectivos de los servicios de emergencia. Un escenario de terror inducido al estilo de la *antiutopía* de Orwell. A falta de atentados, se simulan. Lo prioritario y lo auténticamente real es el efecto conseguido: la sensación perseguida de una amenaza «pesando sobre la sociedad entera», tal y como recomendaba el *Informe de la Montaña de Hierro*.

Según el lenguaje de la Adminisitración Bush —antes, durante y después de la aventura militar iraquí— se había abierto un «frente de guerra doméstico», en el que los ciudadanos debían movilizarse tanto denunciando a vecinos sospechosos como participando en las asociaciones de ayuda a los soldados y a sus familias, o colaborando en los cuerpos militarizados de ayuda civil. La nación entera, y no sólo el cuerpo expedicionario de soldados profesionales y reservistas en Afganistán o en Irak, estaba en pie de guerra. De esta forma, y con el referente de la época de la Guerra Fría como espejo, la nación estadounidense adoptaba la imagen de un combatiente: un cuerpo social en armas. El sistema fundamentado sobre la guerra, descrito por Lewin en su sátira, cobraba nuevo vigor al asumir una figura aún más cruda y descarnada. El antiguo discurso de Paul Nitze sobre el Maligno Plan se reencarnaba en el Eje del Mal. Un molde exacto pero con distinto contenido: el Enemigo cambiaba de rostro. El miedo, sin embargo, como clave de bóveda del discurso militarista, era el mismo. Leonard Lewin no habría podido imaginar hasta qué punto la realidad acabaría desbordando su ficción.[7]

Notas:

1. La primera edición de *Report from Iron Mountain. On the Possibility and Desirability of Peac*e apareció en octubre de 1967, Dial Press, Nueva York. El libro se convirtió en un verdadero *best-seller*, al calor de la polémica sobre su autoría. Al año siguiente se publicó la traducción francesa: *La Paix Indésirable? Rapport sur l'utilité des guerres*, Calmann-Lévy, París, con prefacio de J. K. Galbraith. En 1996 fue reeditado por Simon & Schuster, con una nueva introducción a cargo de Victor Navasky. El texto completo en inglés está disponible en internet (www.totse.com) así como una traducción del mismo al castellano por A. Salbuchi (www.ar.geocities.com). La traducción de las citas del capítulo es mía.
2. El 10 de marzo de 1972, en el suplemento literario del *New York Times*, Lewin admitió públicamente la autoría del informe, dando por zanjada definitivamente la polémica y repasando someramente los comentarios que había suscitado: se puede consultar el artículo en www.astridmn.com /prouty/lewin.html. Pese a la aclaración del autor, no fueron pocos los que siguieron creyendo que el informe era verdadero: a mediados de los ochenta, un grupo ultraderechista estadounidense conocido como el Lobby de la Libertad —*Lobby Liberty*— publicó incluso una edición pirata de la obra. Lewin interpuso una demanda judicial y la ganó: en defensa de su autoría pudo aportar como prueba la inclusión de un par de citas bibliográficas deliberadamente falsas.

   Por lo demás, me temo que somos legión los engañados por el *Informe de la Montaña de Hierro*. Joan Garcés lo citó como auténtico en su obra *Soberanos e intervenidos* (Siglo XXI, 1996), y lo mismo hice yo en *Historia de la OTAN* (Los Libros de la Catarata, 2000) y en el artículo «La amenaza fantasma o cómo se vende un sistema antimisiles», publicado en *El Viejo Topo*, septiembre de 2001. Un rápido recorrido por internet da idea de la cantidad de gente que aún hoy continúa en el error, un efecto —de bola de nieve— que habría sorprendido al propio Lewin.
3. He utilizado la versión española de *Una modesta proposición y otras sátiras*, Editorial Brújula, 1967, traducción de Elías Gallo y notas de Eduardo Stilman. La cita de Kennan está extraída de *Memorias de un diplomático*, Luis de Caralt, 1972, p. 287. Entre otros muchos estudios, el de Matthew A. Evangelista, «Stalin's postwar reappraised» (*International Security*, Harvard University, invierno 1982/1983), ha resaltado el grado de absurdo y exageración de los datos suministrados por los servicios de información estadounidenses acerca de una hipotética invasión de Europa occidental por las tropas del Ejército Rojo, una vez finalizada la II Guerra Mundial. Las citas del NSC68 proceden de *The Evolution of American Strategic Doctrine*: *Paul H. Nitze and the Soviet Challenge*, de Steven L. Rearden (Westview Press, 1984), que recoge en un apéndice el documento completo, con fecha 14 de abril de 1950. La traducción de las citas es mía.
4. Las cifras sobre el crecimiento del gasto militar estadounidense en los años cincuenta están tomadas de la citada obra de Rearden. El dato de los pedidos de armamento durante la década de los sesenta aparece recogido en Senghaas, 1974, p. 153 (ver bibliografía del Capítulo I).

5. La falsedad del «desfase de misiles» -*missile gap*- de 1961 está reconocida por el propio Henry Kissinger en *Mis Memorias*, Ed. Atlántida, 1980, p. 72. El *Washington Post* del 10 de agosto de 2003 publicó un detallado informe de las afirmaciones de la Casa Blanca sobre el poderío militar de Irak, comparándolas con la entidad real de la presunta amenaza. Las declaraciones de George W. Bush en campaña electoral fueron recogidas en *El País*, 11-2-2001.
6. Las cifras del presupuesto del escudo antimisiles proceden de la Oficina de Presupuestos del Pentágono, con fecha de abril de 2000. La versión más ambiciosa del proyecto alcanzaría los 49 millardos de dólares, aunque parece ser que la que empezará a instalarse en 2004 será algo más modesta, con un presupuesto anual de 8 millardos. El dato de los programas de misiles balísticos actualmente en marcha en el mundo procede del artículo de Vicente Garrido Rebolledo «La guerra de las galaxias (II): ¿La amenaza fantasma?», *El País*, 22-5-2000. El informe *Global Trends 2015* está disponible en la página electrónica de la CIA.
7. La cita de Maalouf procede de *Identidades asesinas*, Alianza Editorial, 1999. En otra parte me he ocupado de glosar los diversos imaginarios de Enemigo —el terrorismo, el islam, los «nacionalismos ambiciosos», las migraciones del Sur— presentes en las políticas de defensa de los países occidentales y de la Alianza Atlántica durante la década de los noventa (*Historia de la OTAN*, Los Libros de la Catarata). La cita del Proyecto para el Nuevo Siglo Americano procede de su declaración de principios (www.Newamericancentury.org). El periodista David Frum, antiguo redactor de discursos de Bush, ha relatado la génesis del concepto «Eje del Mal» en su libro *The Right Man*, de reciente aparición. La «declaración de los sujetalibros» de Condoleeza Rice procede de una entrevista de *Der Spiegel* publicada en *El País*, 6-9-2002. Las declaraciones de Donald Rumsfeld aparecieron en el mismo diario del día anterior. Mitchell Daniells, jefe de la Oficina Presupuestaria de la Casa Blanca, pronunció la frase citada el día de la presentación del nuevo proyecto de presupuesto militar para el 2003 (*El País*, 5-2-2002). La información sobre los diferentes grados de amenaza terrorista, a cargo del *Homeland Security System*, ocupa un lugar privilegiado en la página electrónica de la Casa Blanca.

3. LA EFICACIA ES LO PRIMERO: LA BALA DE PLATA DEL URANIO EMPOBRECIDO

La bala de plata

En 1991, durante la Guerra del Golfo, el ejército estadounidense utilizó por primera vez —al menos de manera oficial— un nuevo metal que estaría destinado a revolucionar el mundo del armamento convencional. El mal llamado «uranio empobrecido» —UE— es un subproducto resultante del proceso de producción de combustible destinado a los reactores nucleares y a la fabricación de bombas atómicas, a partir del mineral de uranio. Es en realidad un material de desecho fruto del «enriquecimiento» del mineral, o aumento de la concentración del isótopo fisible —Uranio 235—, que es el material utilizado en la industria civil y militar nuclear. Está compuesto mayoritariamente por el isótopo no fisible 238 —un 40% menos radiactivo que el 235—, pero también por otros metales residuales altamente tóxicos como el plutonio. Extremadamente denso y pesado, el UE ha revelado una enorme utilidad como revestimiento de proyectiles y de blindajes. Al ser, además, un material pirofórico instantáneo —que se inflama al alcanzar su objetivo—, el poder de penetración del proyectil se multiplica hasta el punto de llegar a perforar el hormigón o el acero blindado. El estado en que quedaron los blindados iraquíes en la tristemente famosa «Carretera de la Muerte», que unía Kuwait con Basora, o el refugio de hormigón armado de Al-Miriya, en Bagdad, en el que murieron más de cuatrocientas personas —la mayoría mujeres y niños—, ilustra de manera adecuada el poder destructivo de esta novedosa «bala de plata».

El propio desarrollo de la industria nuclear civil en Estados Unidos, y sobre todo la creación de un enorme arsenal de armamento atómico durante toda la época de la Guerra Fría, generó una ingente acumulación de peligrosos residuos cuyo coste resultaba, y sigue resultando, altamente oneroso. Según datos del Departamento de Energía, las reservas de UE rebasan en la actualidad las 730.000 toneladas, con una vida media —con su correspondiente peligro de contaminación radiactiva— de unos 4.500 millones de años. Recientemente se ha fir-

mado un contrato con una compañía para la conversión de todas estas reservas en una forma de óxido más estable y menos insegura: el proceso, que llevará 25 años, costará a las arcas públicas unos 558 millones de dólares. Y con ello el problema de estos residuos, lejos de resolverse, solamente se irá retrasando. Desde finales de los setenta, sin embargo, la industria militar encontró una utilidad insospechada en los residuos de UE: podía convertirlos en un arma extremadamente eficaz y al mismo tiempo ahorrarse el coste de su mantenimiento. A partir de entonces, el UE ha sido empleado masivamente como refuerzo de blindajes, lastre o contrapeso de todo tipo de aparatos —desde aviones hasta carretillas elevadoras—, y en el recubrimiento de proyectiles de todos los calibres, incluidas las cabezas de los misiles balísticos. Con tal de ahorrar dinero, Estados Unidos no sólo ha aprovechado este material en su beneficio, sino que además ha venido cediéndolo gratuitamente a un buen número de países interesados en adquirirlo. Actualmente son muchos los países que compran o fabrican armas con uranio empobrecido: desde Gran Bretaña, Francia o Rusia, hasta Japón, Israel, Pakistán y las monarquías del Golfo.[1]

Oh, my God!

En marzo de 1991, el mayor Doug Rokke —físico y especialista en salud— formó parte del primer equipo nombrado por el Pentágono para estudiar los efectos del uso de uranio empobrecido en el escenario de la Operación Tormenta del Desierto, y de paso descontaminar el material militar susceptible de ser reutilizado. Según datos oficiales, durante la campaña militar, el ejército estadounidense había disparado un total de 320 toneladas con municiones de UE. Rokke y sus compañeros estuvieron trabajando en Kuwait y Arabia Saudí: efectuaron mediciones de radiactividad en la «Carretera de la Muerte» y consiguieron descontaminar y recuperar decenas de tanques que habían sido atacados por el «fuego amigo». Incluso realizaron disparos de prueba para estudiar el efecto del impacto de los proyectiles y la oxidación del UE. Antes de que acabara el año, su equipo estaba en condiciones de efectuar un dictamen. Según Rokke, sólo había una expresión para describir lo que habían visto: *Oh, my God*. La contaminación estaba por todas partes. Su conclusión era que había que prohibir el uso del UE por el enorme peligro que entrañaba para la salud humana y el medio ambiente.

Rokke y sus compañeros detectaron significativos niveles de radiación alrededor de los tanques iraquíes destrozados por el impacto de la munición de UE, en un radio de 50 metros. Comprobaron lo que sucedía cuando un proyectil de estas características hacía blanco en un blindado: al arder, un 40% de la masa inicial se perdía en el impacto, volatilizándose en finísimas partículas de óxido de uranio que podían fijarse en el suelo o permanecer en suspensión y ser transportadas a kilómetros de distancia, según las características climáticas del terreno. La inhalación de estas micropartículas —de entre 1 y 3 micrones— era sin duda el medio más peligroso de contaminación, ya que una vez alojadas en el organismo humano —en los pulmones— actuaban como fuentes de radiación interna. Los efectos perniciosos de esta radiación eran múltiples: desde afecciones pulmonares y renales hasta inmunodeficiencias, cánceres, linfomas y malformaciones de fetos. El polvo de uranio en suspensión, además, podía contaminar el medio ambiente y pasar a la cadena alimenticia humana, al fijarse en la tierra cultivable o en las aguas subterráneas. Para colmo, cerca del 60% de la masa del proyectil conservaba su forma inicial: los restos de estos proyectiles permanecían en el terreno expuestos a que fueran manipulados por niños y adultos. Dado que el UE se inflama por impacto, su manipulación accidental podía generar segundas explosiones e incendios, multiplicando así sus efectos contaminantes.

El primer informe del equipo enviado al Pentágono fue silenciado. No era de extrañar: estando todavía en Arabia Saudí, en marzo de 1991, recibieron la orden de aportar únicamente información que justificara el futuro uso del UE, fueran cuales fueran sus descubrimientos. Las conclusiones de su estudio, por el contrario, recomendaron prohibirlo por sus efectos nocivos tanto para las tropas estadounidenses como para la población civil en el escenario de combate. Con el tiempo, eso le costaría la carrera a Doug Rokke, que ya para entonces había empezado a enfermar, junto con muchos de sus compañeros. El sofisticado material protector que llevaban no los libró de la contaminación. Sus máscaras estaban diseñadas para filtrar partículas de hasta diez micrones de óxido de uranio, ya que según el Pentágono, no podían alcanzar un tamaño inferior. Durante la década pasada fallecieron treinta de las cien personas implicadas de forma más directa en la investigación. En 1996, Rokke presentó un elaborado proyecto de tratamiento y protección contra el uso de UE que fue

desestimado por los responsables militares de los principales ejércitos occidentales. La versión de éstos era, y sigue siendo, la de que el uranio empobrecido no constituye un peligro especial para la salud.

Según Rokke, la razón de este empecinamiento es clara: «Cuando vas a la guerra, tu objetivo es matar. Y el UE es la mejor arma que tenemos para hacerlo». El ejército estadounidense —y los principales ejércitos occidentales— continúa negándose a renunciar a un arma capaz de atravesar el acero blindado de los carros de combate del enemigo como si fuera mantequilla, proporcionándole así una ingente ventaja en los escenarios de guerra convencional. Tampoco hay que olvidar el problema de las indemnizaciones a los soldados que resultaron contaminados durante la Operación Tormenta del Desierto. A fecha de hoy, cerca de una cuarta parte de los 700.000 soldados de la coalición aliada padecen lo que se ha dado en llamar el «síndrome del Golfo»: una variada casuística de enfermedades producidas por la exposición a todo tipo de productos tóxicos —bajos niveles de gas sarín, humo de los incendios de los pozos de petróleo, tabletas anti-gas nervioso que las tropas eran obligadas a ingerir— entre los que el UE ha jugado un papel relevante. Hasta ahora se han contabilizado unas 7.000 víctimas mortales de este síndrome. En el caso por la contaminación por el «agente naranja» durante la guerra del Vietnam, el Gobierno de Estados Unidos terminó admitiendo las reclamaciones de los soldados que habían pisado el escenario de combate después de que empezara a ser utilizada ese arma química. Si el Gobierno reconociera ahora una relación directa entre el UE y dichas enfermedades, se vería obligado a desembolsar partidas millonarias para indemnizar a la mayoría de los veteranos del Golfo.

Con el tiempo se ha ido sabiendo que el uranio 238 no ha sido el único metal tóxico —aunque sí el mayoritario— que integra el mal llamado uranio empobrecido: también incorpora pequeñas cantidades de uranio 236, de neptunio, americio y plutonio, aún más peligrosas para la salud. Recientes investigaciones han denunciado que una de las principales plantas de tratamiento y almacenamiento de UE —Paducah, en Kentucky— está contaminada con plutonio, la sustancia más tóxica de todas, mucho más perjudicial que el uranio. El Departamento de Defensa de Estados Unidos ha tenido que reconocer ese hecho, aunque negándole importancia. Los efectos, sin embargo, son evidentes. Doug Rokke denunció asimismo la

práctica ilegal de ensayos de armas con UE en territorio estadounidense. Municiones de este tipo han sido disparadas en bases y polígonos militares de Nevada, Indiana, Nuevo México, Florida, Maryland y Puerto Rico. En la polémica base portorriqueña de Vieques, por ejemplo, la Marina efectuó 258 disparos deliberados de munición de UE en vísperas de la intervención militar en Kosova, en 1999. Fue, sin embargo, la primera vez que se supo: diversos responsables militares aseguraron que se trataba de una práctica antigua, de años. Desde 1941, el ejército estadounidense ha venido utilizando dos tercios de la pequeña isla de Vieques para maniobras militares. Actualmente, más de una tercera parte de sus casi diez mil habitantes padecen problemas de salud que pueden estar relacionados con el UE: durante los últimos veinte años, el número de cánceres de mama, de matriz y de glándulas linfáticas se ha triplicado, y el índice de cánceres supera en un 26,9% a la media nacional. A lo largo de los últimos años, la presión de un audaz y masivo movimiento de desobediencia civil respaldado por la inmensa mayoría de los portorriqueños ha conseguido cuestionar seriamente la permanencia de la base militar, cuyos días parecen estar contados. A principios de 2003 la marina estadounidense anunció el fin de sus maniobras tras más de sesenta años de bombardeos en la isla, una promesa que aún está por cumplir.

Si esto se ha producido en los alrededores de un polígono de pruebas, no es difícil imaginar lo sucedido en los escenarios de combate reales. Fuentes iraquíes atribuyen el incremento de casos de cáncer y de malformaciones genéticas en el sur del país a las trescientas veinte toneladas de UE disparado durante la Operación Tormenta del Desierto. En esta región, los índices de cánceres se han multiplicado por 11, y los de mortalidad por 19. Dadas las características climáticas del desierto, los vientos han transportado las micropartículas de UE a kilómetros de distancia del teatro de operaciones, contaminando zonas muy alejadas. Actualmente Doug Rokke sigue empeñado en su particular batalla contra el uso de UE: es uno de los mayores expertos sobre la materia, y ha denunciado su uso en multitud de bases militares y escenarios de combate de todo el mundo. Él mismo es un testimonio vivo de su denuncia: tiene los pulmones y los riñones afectados, sufre fatiga crónica y padece de fibromialgia, lo que le provoca constantes dolores en los músculos y tendones.[2]

El «síndrome de los Balcanes»

A finales del año 2000 estalló en Europa el escándalo del llamado «síndrome de los Balcanes», a partir de las muertes por leucemia de varios soldados italianos destacados en los Balcanes en el marco de la misión militar de la OTAN. Los afectados de leucemia, linfomas y diversos tipos de cáncer comenzaron a proliferar entre la tropa multinacional. Francia, Bélgica y España también registraron casos similares, y se apuntó como explicación la contaminación del territorio balcánico con proyectiles de uranio empobrecido, utilizados en los diversos bombardeos de la Alianza en 1994 y 1995 sobre Bosnia-Hercegovina, y en 1999 sobre Kosova.

La primera reacción de la OTAN fue rechazar toda relación entre el uso del uranio empobrecido y las afecciones cancerosas de los soldados. Se trataba del consabido argumento —utilizado hasta la saciedad por el Gobierno estadounidense con el síndrome del Golfo— de que el UE resultaba absolutamente inocuo: un discurso que, al parecer, resultaba compatible con las ocultaciones más flagrantes. Si el escándalo del «síndrome de los Balcanes» obligó a la Alianza Atlántica, tarde y mal, a admitir el uso de munición de UE durante la campaña de bombardeos contra Serbia y Kosova de 1999, no ocurrió lo mismo con los ataques que habían sido efectuados en territorio bosnio en 1994 y 1995. Todavía en diciembre de 2000, el portavoz de la misión militar atlántica en Bosnia-Hercegovina —Fuerza de Estabilización, SFOR— afirmaba categóricamente que en ningún momento había utilizado ese tipo de munición en los ataques aéreos que preludiaron la profunda implicación de la OTAN en los conflictos balcánicos. Pero al calor de la polémica del nuevo «síndrome de los Balcanes», los indicios de lo contrario no tardaron en acumularse, tozudos. A principios de enero del año siguiente, el mando militar de Estados Unidos se vio obligado a reconocer que sus aviones A-10 —anticarro— habían empleado UE durante sus operaciones en Bosnia, tanto en 1994 como en 1995, aunque subrayó por enésima vez que dicha munición no revestía riesgo alguno ni para las tropas ni para la población civil. Las cifras oficiales de la OTAN estimaban en 10.000 los proyectiles con UE disparados en territorio bosnio, y más de 30.000 en Kosova. Para entonces, sin embargo, ya no se hablaba solamente de soldados afectados. Poco después del reconocimiento estadounidense, el Ministerio de Salud

de la Federación Bosnio-Croata informó de que durante los últimos años se había producido un fuerte aumento de cánceres en la región, aunque evitaba relacionar el dato con el uso de UE por parte de las tropas de la Alianza.

Mientras tanto, y por lo que se refería a Kosova, la OTAN había venido adoptando una estrategia tan obstruccionista como intrusiva frente a las investigaciones en curso, dirigidas por la ONU. En junio de 1999 fue filtrado a la prensa un primer informe del Programa de Medio Ambiente de Naciones Unidas —UNEP—, en el que se advertía sobre una posible contaminación con uranio empobrecido a raíz de los bombardeos sobre Serbia y Kosova de aquel mismo año. La filtración fue realizada, al parecer, por sectores hostiles al director de la UNEP, Klaus Töpfer, cuya morosa actitud respecto a la publicación del texto obedecía, según los mismos, a presiones de Washington. El informe de la UNEP, publicado oficialmente en octubre, recogía un elocuente dato: hasta el momento la OTAN no le había facilitado información alguna sobre los bombardeos con UE. Peor aún: ni siquiera los había reconocido, a pesar de que existían fundadas sospechas sobre su uso. A partir de este momento, la Alianza se dio tan poca prisa en aportar a la UNEP los mapas de los bombardeos realizados —que también fueron filtrados a la prensa, en marzo de 2000— como empeño puso en minimizar los riesgos para la salud de la contaminación por UE, tarea en la que colaboraron eficazmente altos cargos de la ONU como el enviado especial en los Balcanes, Carl Bildt. La UNEP, por su parte, tampoco se apresuró demasiado en enviar una misión científica que investigara ese tipo de contaminación sobre el terreno. De hecho, Töpfer pospuso el comienzo de los trabajos hasta después de las apresuradas elecciones municipales del 24 de octubre de ese año, organizadas por la ONU en colaboración con la OTAN. Según algunas interpretaciones, una investigación de ese tipo habría podido retrasar el retorno de los refugiados albanokosovares a Kosova, además de proyectar una sombra muy negativa sobre la «guerra humanitaria» que había acaudillado la Alianza.

Para octubre de 2000, sin embargo, y mal que le pesara a la OTAN, la polémica sobre el «síndrome del Golfo» había estallado en toda su virulencia a partir de los casos de soldados italianos, belgas y españoles afectados por cánceres y otras enfermedades que muy bien podían tener que ver con la contaminación del UE. La presión sobre

la ONU para que aclarase lo sucedido se hizo mucho más intensa. El Gobierno italiano, entre otros, así lo exigió: no así el Gobierno español que, fiel al discurso de la OTAN, se empecinó en negar *a priori* toda relación entre el UE y las enfermedades de sus soldados. En España, la Oficina del Defensor del Soldado —ODS— se ocupó no solamente de visibilizar un número nada despreciable de militares afectados, sino de denunciar la situación de desamparo en que se encontraban, privados desde 1998 de asistencia sanitaria a cargo del Estado. Al mismo tiempo, el ministro de Defensa, Federico Trillo, minimizaba la cantidad de afectados y rechazaba la concesión de indemnizaciones mientras no se probara fehacientemente la causa: posición idéntica a la asumida por el Gobierno de Estados Unidos para no indemnizar a las víctimas del «síndrome del Golfo». En enero de 2001, la ODS contabilizaba cinco fallecimientos de un total de dieciséis enfermos de cáncer entre las tropas españolas. Por aquellas fechas se hablaba de más de medio centenar de afectados en todo el contingente multinacional: sólo entre los soldados italianos se había producido una treintena de casos, con siete fallecidos. Quizá el mayor problema que presentaban estas estadísticas, a la hora de su correspondiente denuncia, era que los casos se producían por goteo. Para febrero de 2002, y dado que el goteo había sido constante, las cifras eran bastante más altas: el «síndrome de los Balcanes» había afectado a unos 64 soldados españoles que habían participado en las misiones de Kosovo y Bosnia, de los cuales once ya habían muerto. Una rápida comparación con el contingente total enviado evidenciaba una *ratio* mucho más elevada que la normal. Para entonces, sin embargo, la polémica había perdido fuerza: había dejado de ser noticia y no era ya portada en casi ningún medio de información.[3]

Informes, mapas y mentiras

Por su parte, durante todo este tiempo, la ONU —a través de la UNEP y de un equipo especializado, *Balkans Task Force*— elaboró un estudio de campo, finalmente publicado en marzo de 2001, que no tardó en suscitar serias sospechas. El equipo de catorce investigadores enviado a Kosova en noviembre del año anterior solamente visitó 11 de los 96 lugares bombardeados con proyectiles de UE disparados por los aviones estadounidenses A-10 Thunderbolt, según el mapa facilitado por la OTAN: cinco en el sector de despliegue de las tropas

italianas y seis en el de las alemanas. En muchos de ellos encontraron restos de la munición explosionada, alrededor de la cual fueron detectados bajos niveles de radiación. Por cierto que, a partir del análisis de los residuos, quedó confirmado que el mal llamado UE no sólo contenía uranio 238, sino también uranio 236 y plutonio. Su conclusión, sin embargo, fue que los riesgos de radiación y contaminación química eran insignificantes, si bien se recomendaba la adopción de diversas precauciones en las zonas afectadas. También se alertó sobre algunas «incertidumbres científicas», como la posible contaminación de las aguas subterráneas, cuyo estudio en profundidad se dejaba para otra ocasión. En conjunto, sin embargo, el dictamen fue inequívocamente benévolo, algo de lo cual la OTAN se apresuró a felicitarse.

Pero el informe presentaba ciertamente serias carencias, sobre todo en el aspecto metodológico. En primer lugar llamó la atención la escasa envergadura del trabajo de campo: catorce científicos que dispusieron solamente de doce días para visitar una décima parte —once— de los lugares de bombardeo reconocidos por la OTAN. Además, sólo pudieron ser inspeccionados debidamente cuatro del total de once, debido a que los otros siete resultaban demasiado peligrosos debido a la presencia de minas y bombas de racimo sin explotar. En segundo lugar, las condiciones en que fue realizada la visita tendieron a favorecer desde un principio la postura de la Alianza, que en todo momento asumió la tarea de organizar y asesorar la visita de los científicos. Los investigadores no pudieron inspeccionar, tal y como era su deseo, carros de combate serbios destruidos por la munición de UE: para entonces tales vehículos ya habían sido retirados por las tropas de KFOR, la misión atlántica en Kosova. La Alianza tampoco facilitó información alguna a la UNEP ni sobre la retirada de dichos carros de combate ni sobre los lugares a los que habían sido trasladados. Lo ocurrido con la guarnición de Djakovica, en el sudoeste de Kosova —uno de los lugares visitados— da una idea bastante exacta de los defectos de un estudio de campo que estaba absolutamente mediatizado por la OTAN. Justo después de los bombardeos de 1999, un periodista visitó Djakovica y vio cómo los residentes de la población arrancaban y aprovechaban para chatarra diversas partes de los tanques destruidos: incluso los niños jugaban en su interior. Para noviembre de 2000, los científicos de la UNEP no encontraron ningún vehículo: todos habían

sido retirados. En tercer lugar, el mismo enfoque de la investigación resultaba bastante discutible, dado que si bien se procedió a medir los índices de radiactividad del suelo, de la vegetación y del agua en las zonas donde se habían producido los impactos, se desestimó completamente el estudio de los efectos del polvo de óxido de uranio, los más peligrosos en caso de inhalación. De hecho, no se realizó ni un solo estudio sanitario entre las poblaciones que habían podido resultar afectadas, como la de Djakovica.

El asunto de los mapas de los lugares de bombardeo facilitados por la OTAN también levantó suspicacias. En enero de 2001 —cuando todavía no había sido publicado el informe de la UNEP— la Alianza se encontraba en una situación ciertamente apurada, que decidió remediar anunciando una campaña de transparencia informativa: un cambio de táctica que no podía resultar más llamativo después del secretismo que había mantenido hasta el momento en que ya no pudo negar lo evidente. Por aquellas fechas divulgó en su página web mapas con las zonas de Kosova atacadas con municiones de UE procedentes de los aviones estadounidenses A-10. Se trataba de los mismos mapas que habían sido entregados a la UNEP para su misión de campo del año anterior, así como a los Gobiernos de los países aliados que los habían pedido. Casi de inmediato, diversos medios informativos confirmaron que estaban plagados de errores y ambigüedades: algunos ataques, por ejemplo, estaban datados después de que se ordenase el cese el fuego, el 10 de junio de 1999. La cifra total de proyectiles disparados sumaba 30.523, pero en bastantes ataques no se reflejaba la cantidad, que aparecía en las listas como «desconocida»: al parecer ni la misma OTAN parecía saber cuántas bombas había lanzado. Y no era extraño, ya que pese a la insistencia en su presunto carácter «quirúrgico», el bombardeo sobre Serbia y Kosova fue en realidad un bombardeo de saturación, destinado a minimizar las bajas propias a costa de maximizar los «daños colaterales». A título de ejemplo, sólo un tercio de los disparos de los aviones A-10 dieron en el blanco.

La publicación de los mapas de la OTAN despertó, para colmo, un profundo recelo acerca de los criterios utilizados en la distribución de la tropa multinacional desplegada en territorio kosovar, una vez finalizados los bombardeos. ¿Obedecía a alguna razón especial que al contingente hispano-italiano le hubiera sido asignada la región del país que más bombardeos con UE había sufrido, o se

debía a una simple casualidad? Sólo el sector Oeste había recibido más de un tercio de los impactos de las bombas anticarro de los A-10 estadounidenses: justamente en la población mencionada de Djakovica, de las más duramente castigadas, se desplegó una unidad española. El siguiente sector más afectado —Sur— fue ocupado por las tropas alemanas. Las tropas francesas, británicas y estadounidenses ocuparon, en cambio, las zonas del Centro, Norte y Este las que mejor libradas habían salido de este tipo de ataques y de la contaminación resultante.

Que los lugares de bombardeo con uranio empobrecido en Kosova no llegaran a ser conocidos —y no sólo por la opinión pública, sino por los Gobiernos de algunos países aliados— hasta bastante después del fin de la campaña militar de 1999 constituye, quizá, el detalle más escandaloso de todos. Todavía en enero de 2001, el mando militar de las tropas italianas en Kosova afirmaba que el Departamento de Defensa de los Estados Unidos no le había facilitado información ni programa de asesoramiento alguno sobre los peligros de la contaminación por UE, algo con lo que sí contaban las tropas estadounidenses. Y eso que posiblemente ignoraba aún que sus soldados se encontraban en la región más castigada por ese tipo de bombardeos: el dato de que entre aquéllos se hubiese dado el mayor número de casos de cáncer de toda la tropa multinacional no parece ajeno a ese hecho. En cuanto al Gobierno español, su ciega fidelidad al discurso atlántico lo había arrastrado a un comportamiento en el que se combinaba la ignorancia más irresponsable con la más descarada de las mentiras. Ante el Congreso de los Diputados, el Gobierno Aznar había afirmado en dos ocasiones —en septiembre de 1999 y en mayo de 2000, como respuesta a preguntas formuladas por el grupo parlamentario de Izquierda Unida— que desconocía que la OTAN hubiese utilizado uranio empobrecido en los bombardeos sobre Kosova. En enero de 2001, sin embargo, la Alianza se curó en salud y declaró haber informado a los países aliados del uso de esta munición desde mayo de 1999, con lo que resultaba obvio que el Gobierno había mentido por dos veces al Parlamento. Por cierto, el ministro Trillo intentó justificarse y cuadrar el círculo con la peregrina explicación de que los militares españoles sí que habían sido informados por la OTAN, pero que no habían considerado la información lo suficientemente «relevante» como para transmitirla al Gobierno.

Secretismo, ocultación sistemática, informes tendenciosos, publicación de datos falsos, mentiras a los Parlamentos: con estos mimbres parece estar tejida la trama que envuelve el «síndrome de los Balcanes». Y, sin embargo, quizá no constituya más que una mínima parte del problema realmente existente, cuyas consecuencias seguirán pagando tanto las tropas de la OTAN como las poblaciones de las zonas afectadas. Hasta ahora, el debate sobre el uso de uranio empobrecido se ha limitado a los proyectiles anticarro de los aviones estadounidenses A-10 Thunderbolt. Los mapas publicados por la Alianza se han limitado a informar sobre este tipo de arma, dando a entender tácitamente que no se ha utilizado ninguna otra con UE, lo cual no es en absoluto cierto. Durante los bombardeos de 1999 también fueron disparados multitud de misiles de crucero Tomahawk y bombas *inteligentes* que, según algunos investigadores, contenían asimismo uranio empobrecido. Concretamente las cabezas de los misiles balísticos poseen una masa muchísimo mayor de este material contaminante. La OTAN parece haberse olvidado de informar sobre este armamento: como si no existiera. Y la ONU también, ya que el segundo informe de la UNEP sobre la contaminación ambiental por uranio empobrecido en Serbia y Montenegro, publicado en marzo de 2002, ha continuando investigando únicamente lugares de bombardeo con proyectiles de aviones A-10. De manera que es muy probable que la cifra oficial de un total de nueve toneladas y media de UE contaminando el suelo, el agua y el aire de Kosova acabe resultando incluso pequeña, además de falsa.[4]

Un escenario bélico aún más contaminado: Afganistán

Lo ocurrido con los síndromes del Golfo y de los Balcanes no parece haber hecho mella en la inquebrantable voluntad de los principales ejércitos del mundo, encabezados por Estados Unidos, de seguir utilizando uranio empobrecido. El penúltimo episodio de esta ya lúgubre saga lo constituye la última campaña militar desatada en Afganistán, en octubre de 2001, en forma de réplica vengativa a los atentados del Once de Septiembre. En esta ocasión, al no tratarse de una «guerra humanitaria» propiamente dicha, el debate sobre las bajas y perjuicios para la población no combatiente parece haber perdido fuerza en comparación con lo ocurrido en Kosova,

que ya es decir. El empleo masivo de bombas de racimo ilustra bien esta despreocupación por el sufrimiento de la población civil. Cada bomba de este tipo alberga más de doscientas más pequeñas que pueden permanecer sin explotar en el terreno durante años —a manera de minas antipersonales—, sembrando más muertes una vez terminada la guerra. Nada de esto pareció preocuparle al secretario de Defensa Rumsfeld cuando, en plena campaña militar, defendió públicamente su utilización.

Un factor ha agravado esta situación: el exagerado secretismo que ha rodeado el empleo de armamento más o menos novedoso, en el marco de una operación protagonizada casi en exclusiva por Estados Unidos y marginando incluso a la OTAN y a la mayoría de sus aliados europeos. La versión oficial del Departamento de Estado estadounidense y del Ministerio de Defensa británico, avalada por el Programa de Medio Ambiente de Naciones Unidas (UNEP), ha negado el uso de armamento con uranio empobrecido en la campaña afgana: los únicos restos encontrados han sido atribuidos por Rumsfeld —de manera bastante poco verosímil— a la organización Al Qaeda. Algunos estudios, sin embargo, sugieren lo contrario. Según el investigador independiente Dai Williams, desde 1997 el ejército estadounidense ha estado modificando y perfeccionando sus misiles y bombas *inteligentes*: los prototipos más modernos fueron ensayados en Kosova y, en mucha mayor medida, en Afganistán. La innovación ha consistido en sustituir las cabezas convencionales por otras más densas y pesadas, probablemente compuestas por uranio, capaces de perforar profundos refugios excavados en la roca. A diferencia de los proyectiles anticarro de los A-10 utilizados en Bosnia y Kosova, la carga de UE de un misil de esas características se oxida y volatiliza en un 100%. Si a esto se añade el dato de que dicha carga supera la tonelada y media de peso en algunos modelos —como la *Bunker Buster* GBU 28 fabricada por Raytheon—, la contaminación radiactiva en Afganistán podría alcanzar niveles muy superiores a las de otros escenarios bélicos.

Apoyándose en los datos públicos facilitados por las propias empresas fabricantes, Williams ha apuntado incluso la inquietante posibilidad de que se esté utilizando no solamente UE, sino metal de uranio con la misma mezcla isotópica del uranio natural —aún más radiactivo que aquel— en el equipamiento de las cargas de esos misiles. Lo cual explicaría el gran aumento de polvo de uranio en

suspensión poco después del bombardeo sobre Serbia y Kosova, detectado en algunos estudios realizados en Hungría y Grecia. Para el caso de Afganistán, Williams ha calculado en más de 10.000 las toneladas de uranio desperdigadas en suelo afgano, como peor de los escenarios posibles: más de tres veces la cantidad de UE disparada durante la Guerra del Golfo de 1991. Las investigaciones médicas ya han empezado a validar estos cálculos. El estudio realizado en el este de Afganistán por Asaf Durakovic —antiguo médico especialista del ejército estadounidense, como Doug Rokke— ha detectado un nivel de concentración de isótopos de uranio cerca de cien veces más alto que el normal en las muestras biológicas analizadas. Ya lo dijo el propio Durakovic —uno de los primeros estudiosos del síndrome del Golfo— en su intervención ante el Congreso de Estados Unidos en 1997: los campos de batalla del futuro, en mucha mayor medida que en tiempos anteriores, seguirán amenazando a los «supervivientes» una vez finalizada la guerra de turno.

Irak ha vuelto a ser uno de esos «campos de batalla del futuro». Durante la última campaña de bombardeos, en la primavera de 2003, los ejércitos de Estados Unidos y de Gran Bretaña han vuelto a reconocer y a justificar el uso de uranio empobrecido en sus proyectiles. Doug Rokke ha sido uno de los especialistas que ha reaccionado contra lo que no tiene empacho en calificar de «crimen de guerra»:

> *Esta guerra se ha hecho por la posesión de armas ilegales de destrucción masiva por parte de Irak [...] y nosotros mismos estamos usando armas de destrucción masiva. Semejantes criterios de doble moral son repugnantes.*

El uso consciente y sistemático de un material tan contaminante como el uranio empobrecido resume una singular perversidad de la lógica militarista: la que prioriza y maximiza la eficacia —en este caso, la eficacia de la destrucción— sobre cualquier otro criterio. Cualquier medio vale con tal de alcanzar el fin perseguido: incluso el sacrificio no ya de la población civil en la que se interviene militarmente —a veces para «defender los derechos humanos» o «salvarlos del genocidio», como en el caso de los albanokosovares en 1999—, sino el de los propios soldados, reducidos a la condición de peones perfectamente prescindibles. La superioridad del UE sobre

cualquier otro material a la hora de destrozar sus objetivos —penetrar en el acero o en el hormigón como si fuera mantequilla— y su coste absolutamente superfluo —su propia utilización ahorra dinero al suprimir costes de mantenimiento— justifican, desde esta perversa óptica, la muerte de miles de personas y la contaminación de por vida del medio ambiente. Ante esta lógica, incluso las fronteras geográficas y culturales tienden a difuminarse. Muere población civil de Europa o Asia, pero también soldados de Estados Unidos y aliados. Se contaminan extensos territorios en Afganistán e Irak, pero también el suelo estadounidense de los alrededores de las plantas de tratamiento de UE como la de Paducah, con unos índices de contaminación insospechados que también han hecho estragos en las poblaciones de la zona. La argumentación, en el fondo, no puede ser más simple. Como apuntaba el veterano Doug Rokke, «cuando vas a la guerra, tu objetivo es matar. Y el uranio empobrecido es la mejor arma que tenemos para hacerlo».[5]

Notas:

1. La página web de Ecologistas en Acción (www.ecologistasenaccion.org) proporciona una buena información básica en español sobre el uranio empobrecido. Los datos sobre el proyecto de conversión del UE están extraídos del texto «Conversión de reservas de UF6 empobrecido de EE.UU.», publicado en *Monitor Nuclear* de WISE /NIRS, 13 de septiembre de 2002, de la World Information Service on Energy (www.antenna.nl/wise).
2. Las citas textuales de Rokke reproducidas en el capítulo pertenecen a la entrevista realizada por Travis Dunn y publicada el 28 de diciembre de 2002: «Depleted uranium: killer disaster» (www.stopthenato.org). También he utilizado un texto suyo: «Depleted Uranium: Uses and Hazards», versión actualizada del que fue presentado en la Cámara de los Comunes el 16 de diciembre de 1999 (disponible en www.ratical.org). El libro *Uranium Appauvri, la guerre invisible* (Éditions Robert Laffont, París, 1991) de Martin Meissonier, Frédéric Loore y Roger Trilling explica con detalle la contaminación con plutonio en la planta de Paducah. En www.viequeslibre.org se recogen estudios sobre el alto índice de cánceres en la isla portorriqueña de Vieques. La página web de la Campaña de Apoyo a Vieques es www.viequessupport.org.
3. Los diversos informes de la UNEP se pueden consultar en www.unep.org. Sobre la filtración del primer informe de la UNEP en Kosova he utilizado el artículo de Robert James Parsons «The Balkans DU Cover-Up», publicado en *The Nation* y reproducido en www.stopthenato.org. La página web de la Oficina del Defensor del Soldado es www.civilia.net.
4. Una interesante crítica al informe de UNEP publicado en marzo de 2001 en «UNEP report on depleted uranium in Kosovo», *WISE New Comunique*, 23 de marzo de 2001, en la página web de WISE mencionada en la nota primera. En «The Trail of a Bullet», Scott Peterson, de *The Christian Science Monitor*, publicó en octubre de 1999 un interesante reportaje sobre la contaminación con UE en Djakovica: en alguna fotografía se puede ver cómo sus habitantes procedieron a desguazar los carros de combate serbios inmediatamente después del bombardeo (www.csmonitor.com). La declaración del mando militar italiano, realizada el 12 de enero de 2001, aparece recogida en el texto de Rokke «Depleted Uranium: Uses and Hazards», citado en la nota segunda. El catedrático de Derecho Constitucional Javier Pérez Royo se ocupó de criticar con todo lujo de argumentos —principalmente jurídicos— la posición del Gobierno español y en concreto la del ministro Trillo, en el artículo «Mentira imposible», *El País*, 16-1-2001. La sospecha sobre el uso de UE en misiles y bombas *inteligentes* lanzadas sobre Serbia y Kosova ha sido apuntada por el investigador independiente Dai Williams en el informe «Depleted Uranium weapons in 2001-2002», disponible en su página web: www.eoslifework.co.uk.
5. «Claro que usamos bombas de fragmentación: queremos matar talibanes», fueron las palabras textuales utilizadas por Rumsfeld para defender el uso de bombas de racimo, recordando asimismo que «las ruinas de las Torres Gemelas aún humean» (*El País*, 2-11-2001). El estudio de Williams sobre la contaminación por uranio del territorio afgano —«Mistery Metal Nightmare in Afghanistan?»— puede consultarse en su página web. He extraído el dato sobre el nivel de contaminación del este de Afganistán, aportado por el doctor Durakovic —investigador del Uranium Medical Research Center (www.umrc.net)—, de la carta enviada por Dai Williams al primer ministro británico Tony Blair, el 13 de octubre de 2002, acerca de los planes de invasión de Irak, recogida asimismo en su web. La frase de Durakovic sobre los «campos de batalla del futuro» aparece citada en el dossier «Depleted Uraniun in Bunker Bombs» (www.stopthenato.org). La última cita de Rokke está recogida del artículo de Neil Mackay, «US force-'s use of depleted uranium weapons is illegal», en *Sunday Herald*, 30-3-2003 (www.sundayherald.com).

4. EL DISCURSO DEL ENEMIGO: MILITARISMO Y ETNOCENTRISMO

Un secreto bien guardado: el veneno que cayó sobre el Rif

Tras el desastre del ejército colonial español en Annual, a principios de la década de los veinte, Mohamed Faragi era un adolescente cuando sufrió un extraño bombardeo en su aldea del Rif marroquí. De repente comenzó a caer un extraño veneno del cielo:

> *Tiraban algo así como azufre. La gente se quedaba ciega. Su piel se ennegrecía y la perdía. El ganado se hinchaba y después moría. Las plantas se secaban de golpe. Durante semanas no se podía beber el agua de los arroyos. Me decían que el agua estaba envenenada.*

Mohamed Faragi hilvanaba su relato a la edad de 91 años. No era una experiencia que se pudiera olvidar fácilmente. Los bombardeos se fueron sucediendo hasta acabar con la revuelta liderada por Abdelkrim el Jatabi, a costa de la masacre de miles de víctimas inocentes. No era la primera vez que un país occidental ordenaba un ataque contra población civil con el novedoso armamento químico elaborado durante la I Guerra Mundial: gas mostaza —yperita—, fosgeno, difosgeno y cloropicrina. El ejército británico ya los había utilizado para combatir a los rebeldes afganos —en territorio fronterizo con el actual Pakistán— y también en Irak, en 1920. Pero el bombardeo con gases tóxicos de la población civil beréber del Protectorado español apenas tuvo eco en los medios de difusión de la época, tanto españoles como extranjeros. Y pasó casi completamente desapercibido hasta que, en épocas recientes, varios estudios han iluminado el episodio.

Fue como si todos los poderes públicos del país se hubieran comprometido en un pacto de silencio. Tras la utilización masiva del armamento químico durante la I Guerra Mundial, se había levantado una fuerte polémica internacional sobre su legitimidad como

arma de guerra. De hecho, el Tratado de Versalles de 1919 ilegalizó toda manufactura, importación y uso de armas químicas por parte de Alemania, extendiendo asimismo la prohibición a todos los países signatarios, entre ellos España. Conscientes de la ilegitimidad e ilegalidad del recurso al gas tóxico contra los rebeldes rifeños, los diversos libros, informes públicos, reportajes y crónicas periodísticas españolas sobre la guerra de los años veinte corrieron un tupido velo sobre el hecho, salvo unas pocas excepciones. La novela *Imán*, del entonces bisoño autor Ramón J. Sender, verdadero alegato antimilitarista de la época, fue una de ellas. Sender volcó en el texto su experiencia vital como soldado de la campaña africana, entre 1922 y 1924, que incluyó el contacto de primera mano con el gas mostaza. Porque, debido a los frecuentes errores de los operativos militares, no pocas veces los propios soldados españoles resultaron también afectados por los bombardeos químicos. Describiendo el caso de un soldado trastornado que pasaba los días en la enfermería gritando y protestando, el autor sacó a relucir una página de la guerra tan incómoda para el Poder como amarga para sus víctimas, de uno y otro bando:

> *—Es un desgraciado —añade* [el médico militar]*—. Además de la locura tiene llagas de hiperita* [gas mostaza]. *El viento llevó gases del 5 de julio en Tizzi Asa y resultaron con llagas casi todos los soldados de la línea de blocaos del tractocarril.*
>
> *Alguien, celoso de los aviadores, dice al teniente coronel:*
>
> *—¡Qué torpeza, tirar gases con viento contrario!*

El modo en que el ejército español se hizo con un importante arsenal de armamento químico exigió altas dosis de secretismo, so pena de exponer a la monarquía alfonsina a las críticas de los numerosos sectores descontentos. En sintonía con su imagen de «rey militar», según el modelo prusiano, ya en 1918 el rey Alfonso XIII se había mostrado personalmente interesado por la adquisición de este tipo de armas en Alemania. Fue en agosto de 1921, el año del desastre de Annual —en el que murieron unos 10.000 soldados españoles—, cuando las negociaciones se agilizaron. Merced a un acuerdo secreto, en el que jugó un destacado papel el antiguo jefe del Servicio Alemán de Guerra Química, Von Stoltzenberg, Alemania se comprometió a vender armamento químico sobrante de la I Guerra Mun-

dial a España, así como a asesorar a sus autoridades militares en su fabricación. Todo ello, naturalmente, a espaldas del Comité Internacional creado en Versalles para fiscalizar el desarme alemán. El fruto señero del contrato hispano-germano, firmado en 1923, fue la construcción de una fábrica de armas químicas en La Marañosa, cerca de Madrid, en el actual término municipal de San Martín de La Vega, que sería bautizada como «La Fábrica Alfonso XIII» en deferencia a la afición del monarca por este tipo de armamento.

Los asesores alemanes concluyeron que el gas mostaza era la sustancia química idónea para bombardear las cabilas del Rif y de la Yebala, ya que además de sus efectos sobre la población, podía impregnar sus campos y sus escasos depósitos de agua. Durante los años siguientes la Marañosa llegó a fabricar ingentes cantidades de este gas, lo que no fue óbice para que el Gobierno español importara directamente bombas de Alemania. También fueron empleadas bombas de fosgeno y cloropicrina, lanzadas desde aviones y artillería terrestre. La campaña de bombardeos con gases tóxicos, que se prolongaría hasta 1927, alcanzó su mayor intensidad en el período 1924-1926, durante la dictadura de Miguel Primo de Rivera. La estrategia consistía en lanzar las bombas de gas en las áreas más pobladas y a las horas en las que más víctimas podían producir, de modo que el bombardeo de los zocos de las aldeas se convirtió en una rutina. Los efectos no se hicieron esperar. Las autoridades del Protectorado francés informaron a su Gobierno de que la aviación española había «dañado gravemente los pueblos rebeldes», utilizando «bombas de gas lacrimógeno y asfixiantes que causaban estragos entre la pacífica población. Gran número de mujeres y niños han acudido a Tánger para recibir tratamiento médico, y allí su presencia ha provocado lástima entre la población musulmana, así como indignación contra los españoles».

Minada de esta forma la moral de resistencia de la población civil y combatiente, la campaña militar franco-española de los años siguientes culminaría en la derrota de Abdelkrim y la destrucción de la República Confederada de las Tribus del Rif, en 1926. Sus vencedores no tardarían en extraer los réditos de la victoria para afirmar sus respectivas posiciones en clave nacional interna. Por el lado francés, el mariscal Pètain vio enriquecido su currículum militar, en el que se apoyaría para encabezar el tristemente famoso Gobierno de Vichy, en 1940. Por la parte española, la casta de militares africanistas capitaneada por Sanjurjo, Franco y Millán Astray aprovecharía la experiencia y el poder adquiridos para levantarse contra la Segunda República, provocando a la postre el estallido de la Guerra Civil. En cuanto a la población rifeña, el impacto de las armas químicas fue tan enorme como duradero. El historiador Sebastian Balfour ha constatado la supervivencia de una tradición oral en la región sobre los efectos de los bombardeos tóxicos de los años veinte, que da fe de las muertes producidas y de los estragos de las enfermedades que asolaron a sus habitantes: quemaduras, cegueras permanentes o temporales, lesiones en la piel, problemas respiratorios y gástricos. Singular importancia revisten los testimonios recogidos acerca de la contaminación de animales, cultivos y pozos de agua, que según algunas versiones podrían explicar el mayor índice de enfermedades cancerosas que todavía hoy presenta el Rif respecto al resto de Marruecos.

Parecería lógico esperar que el pacto de silencio en torno a la masacre con armas químicas hubiera acabado por romperse con el transcurso del tiempo, dando paso a una profunda revisión histórica de la misma. Todo lo contrario. La Asociación de las Víctimas del Gas Tóxico —ATGV—, fundada en julio de 2000 en la ciudad rifeña de Al Hoceima, organizó para el verano del año siguiente una Conferencia Internacional sobre los Bombardeos con Gases Tóxicos que finalmente no pudo celebrarse por la prohibición expresa del Gobierno marroquí. Una decisión previsible, dada la tradicional política del poder central respecto al Rif, recelosa de cualquier pretensión autonomista beréber o simplemente afirmadora de su peculiar y diferenciada identidad histórica. No por casualidad, y hasta fechas muy recientes, el mismo nombre de Abdelkrim el Jatabi ha sido palabra tabú en el discurso oficial de la monarquía hachemita. Por su parte, el Estado español jamás ha reconocido ni se ha disculpado por un hecho que, según la ATGV, constituyó formalmente un «crimen contra la humanidad» que vulneró los diversos tratados internacionales en vigor respecto al uso de armas químicas, como el mencionado de Versalles y la Convención de Ginebra de 1925.

Resulta cuando menos curioso que la fábrica señera y principal de los gases tóxicos que fueron empleados contra la población rifeña, La Marañosa, haya sobrevivido a guerras, regímenes y Gobiernos. Durante la guerra civil española, y debido a la cercanía del frente de combate, Franco ordenó el traslado de sus instalaciones a la locali-

dad de Cortes, en Navarra. En 1940, sin embargo, La Marañosa volvió a ponerse en marcha con la ayuda de técnicos nazis —otra vez la colaboración alemana—, coincidiendo con la creación del Regimiento de Defensa Química. Desde entonces y hasta la actualidad, convertida en la única fábrica de armas cuya titularidad ostenta el Ministerio de Defensa —dirigida por un teniente coronel y con un 25% de su plantilla laboral militarizado—, ha continuado investigando y produciendo armamento químico para usos diversos, entre los que destacan gases lacrimógenos y otros materiales antidisturbios. Por lo demás, sus especiales características la han convertido en uno de los mayores centros contaminantes de la comarca del sureste madrileño, una zona que ha sido calificada por colectivos ecologistas como un auténtico «vertedero especializado». Baste decir que el actual complejo de La Marañosa ocupa una extensión de más de 700 hectáreas en un espacio teóricamente protegido como es el Parque Regional del Sureste, de una gran riqueza tanto natural como arqueológica. Posiblemente el único ejemplo existente en el mundo de una fábrica de armas químicas emplazada... ¡en un parque natural![1]

El *moro*, enemigo secular

Si el Gobierno español pudo mantener aquel velo de secretismo sobre la masacre de la población civil rifeña fue porque contaba con una densa trama de complicidad tanto nacional como internacional. Una complicidad que se apoyaba en el resorte de una lógica o un discurso claramente etnocéntrico, que exaltaba la presunta superioridad racial o cultural de una Europa civilizada sobre un «pueblo de salvajes». En medio de la polémica surgida por los bombardeos británicos con armamento químico en Irak y Afganistán, en 1920, el entonces secretario de la Guerra, Winston Churchill, llegó a declarar que no entendía «estos remilgos sobre el uso de gases», ya que estaba «totalmente a favor de usar gases venenosos contra tribus no civilizadas». Y, según algunos testimonios, el propio rey Alfonso XIII afirmó en 1925 que «lo importante es exterminar, como se hace con las malas bestias, a los Beni Urriaguel y a las tribus más próximas a Abdelkrim».

La asimilación del enemigo con la imagen de «bárbaro» o incluso de «bestia» o «alimaña» servía para justificar el recurso a cualquier medio que fuera necesario para su liquidación, para su genocidio. En

el caso particular de la guerra de África, el discurso del etnocentrismo hispano proyectaba sobre los rebeldes rifeños una imagen de enemigo acrisolada durante siglos: la del *moro* como referente negativo de la cultura propia. De esa forma, la campaña militar de los años veinte encontraba su anclaje y justificación en la idea falsa y alambicada de un combate milenario de identidades culturales, engarzándose con la Reconquista como gran mito forjador del nacionalismo español. Las campañas africanas de los años veinte pasaron a convertirse en un nuevo episodio histórico del combate contra el Otro, culturalmente hablando. Abdelkrim, en tanto que líder rifeño, se incorporaba así a la larga galería de representaciones del Moro, a cual más grosera y caricaturesca: desde el perverso *Moro Muza* hasta el Turco como azote de la Cristiandad, pasando por los piratas y cazadores de esclavos de Berbería. De manera paralela, los episodios militares del Barranco del Lobo, de Annual o de Alhucemas ocuparon su lugar en los manuales de historia como hitos guerreros de la gran *Batalla de la Cristiandad* contra el Islam, al lado de Covadonga o las Navas de Tolosa. Como bien ha señalado Juan Goytisolo:

> *...el islam ha representado de cara al mundo cristiano occidental un papel autoconcienciador en términos de oposición y contraste: el de la alteridad, el del Otro, ese «adversario íntimo» demasiado cercano para resultar totalmente exótico y demasiado tenaz, coherente y compacto para que pueda ser domesticado, asimilado o reducido. A consecuencia de ello existen una historia, una tradición de pensamiento, una leyenda, una retórica, una agrupación de imágenes o clichés islámicos creados por y para Occidente que imponen una distancia infranqueable entre lo «nuestro» (visto, claro está, con conciencia de superioridad y autosatisfacción) y lo de «ellos» (contemplado con hostilidad y desprecio). Así, ambas entidades abstractas, Occidente e Islam, se apoyan y reflejan una a la otra, crean un juego dialéctico entre sus imágenes especulares. El islam es el molde hueco, lo negativo de Europa: lo rechazado por ésta y, a la vez, su tentación.*

La distancia infranqueable que media entre lo «nuestro» y lo de «ellos», o la oposición irreductible que separa —en términos de positivo y negativo— la imagen de la cultura propia y la del Otro,

resume a la perfección esa concepción excluyente y dicotómica del mundo que habita la entraña de todo discurso militarista. Un universo compuesto por dos identidades, a cuál más artificiosa, únicamente vehiculadas por una relación de violencia. Porque tan groseramente simplista y reductora es la imagen proyectada sobre el Otro, sobre el Enemigo, como la sugerida indirectamente sobre la identidad propia en ese juego de espejos que decía Goytisolo. Cuanto mayor énfasis ponía el discurso imperialista hispano en la condición de «bárbaros salvajes» de los pueblos del Rif y de la Yebala, más fortalecía su propia imagen de Poder superior destinado a dirigir una «misión civilizadora», coartada moral de lo que no era más que una empresa de conquista y expolio. Que para ello hubiera que imponer el terror y exterminar a los rebeldes no era más que un mal necesario, un medio completamente disculpable en aras del fin superior: de ahí la complacencia en el recurso a los bombardeos de poblaciones civiles con gas tóxico. De manera paralela, los seculares clichés sobre la perversidad innata del Infiel suscitaban el efecto indirecto de proyectar, en negativo, una imagen enaltecida y mistificada de la identidad hispana, en tanto depositaria de unas presuntas esencias nacionales de naturaleza superior, trascendente.

En cualquier caso, si de algo podía informar con cierto grado de veracidad este gigantesco proceso de mistificación, no era del Enemigo que pretendía retratar —el cruel sarraceno, el contumaz Abdelkrim— ni de la ideal imagen propia que a la vez se esforzaba por sugerir, sino de sus propios prejuicios etnocéntricos, de su mirada fuertemente sesgada, de la violencia inherente a su pensamiento. La imagen satanizada del «salvaje rifeño», pese a sus pretensiones, no estaba describiendo en absoluto a las sociedades históricas del norte de Marruecos, en su singularidad política o cultural, ni mucho menos el impacto que el hecho colonial ejerció sobre las mismas. En realidad, con su visión groseramente simplista y maniquea, estaba escamoteando un verdadero conocimiento del Otro bajo una colección de clichés destinada a justificar su conquista o su destrucción. Como bien ha apuntado el ensayista palestino Edward Said, la mirada que los poderes coloniales europeos y sus sociedades han proyectado sobre el «Oriente» —la mirada orientalista— lejos de aportar un conocimiento concreto sobre la diversidad de sociedades recogidas bajo ese concepto, se ha descrito en realidad a sí misma: constituye, de hecho, una importante dimensión de la cultura y del pensamiento occidental y, por tanto, «tiene menos que ver con Oriente que con *nuestro* mundo».[2]

El discurso militarista sobre el Otro

La mirada etnocéntrica siempre ha demostrado una gran afición por el discurso militarista. La imagen del Otro —de la cultura ajena, resistente a la aprehensión, al conocimiento— se ha desdoblado con demasiada frecuencia en la del Enemigo. Según Edward Said, uno de los principales dogmas del orientalismo de siglos anteriores que ha sobrevivido hasta nuestros días ha sido precisamente el de que «el Oriente», como invención del pensamiento occidental, «es en el fondo una entidad a la que hay que temer»; y citaba como ejemplo a las hordas mogolas que amenazaron Europa en el siglo XIII, o el llamado *peligro amarillo*, en tiempos más recientes. Incluso en el lenguaje militarista de la Guerra Fría, que se articulaba sobre unos términos de enfrentamiento exclusivamente políticos e ideológicos, es posible rastrear el sesgo del etnocentrismo. A pesar de que según la óptica de Estados Unidos y sus aliados, la oposición entre ambos bloques enfrentaba simple y crudamente dos ideas abstractas —la Libertad y la Esclavitud— o, más terrenalmente, dos modelos políticos y económicos diversos, el Enemigo comunista era en primera instancia Rusia, y acusaba por tanto, en la tradición del pensamiento occidental, ciertos rasgos *orientales*. Cuando George Kennan, el artífice de la doctrina de la contención, afirmaba en 1946 que Rusia, históricamente,

> *...nunca ha conocido la coexistencia permanente y pacífica de dos Estados vecinos con fronteras establecidas. Los rusos no tienen por tanto ninguna concepción de las relaciones cordiales permanentes entre Estados. Para ellos, todos los extranjeros son enemigos potenciales. La técnica de la diplomacia rusa, como la del Oriente en general, se concentra en impresionar al adversario con la fuerza aterradora del poder ruso [...]. No tiene nada que ver con las relaciones cordiales tal como nosotros las entendemos.*

...estaba proyectando sobre el Estado soviético, al igual que sobre la ideología comunista que encarnaba, el espectro del «Orien-

te» para reforzar aún más la irreconciliable oposición entre un «Nosotros» occidental, con una presunta tradición longeva de relaciones *civilizadas* con los otros Estados, y un «Ellos» oriental y asiático, culturalmente inferior, subdesarrollado. Un espectro, por cierto, directamente asociado con las ideas de violencia, agresividad y amenaza acentuadas por su vinculación con un algo tan desconocido e inasible como el Otro: otra cultura en apariencia ajena e incluso incompatible con la «nuestra».

Rusia seguía arrastrando así un estigma orientalizante, heredero de aquella tradición occidental que en el siglo XIX calificaba a los rusos de «tártaros disfrazados de europeos». No por casualidad el pensamiento occidental, al menos desde Hegel, solía ver fielmente reflejado el modelo del antiguo «despotismo oriental» en el autoritarismo de la monarquía zarista. Paradójicamente, sin embargo, la Rusia de los zares disponía a su vez de un Oriente propio —su «vecino extranjero»—, configurado por todos aquellos pueblos asiáticos que había conquistado y sometido en su proceso de expansión imperial, como los chechenos, los ingushes o los propios tártaros. La llamada «guerra caucasiana», que a mediados del XIX consiguió la incorporación a los dominios del zar del territorio habitado por los chechenos, fue justificada en su momento como una guerra de civilización contra un pueblo «salvaje» y «bandido», que además era mayoritariamente musulmán. Para autolegitimarse, la propia empresa de conquista recurrió asimismo a la metáfora de una cruzada de la *Santa Rusia* contra el islam, con lo que las semejanzas con las primeras campañas militares españolas en el norte de África, ejecutadas por aquellas fechas, no podían resultar más evidentes. El checheno era pues, para el ruso, lo que el ruso para el europeo, o el rifeño para el español: el Otro, el oriental inasimilado, la cultura inferior contemplada como enemiga. La lógica etnocéntrica se manifestaba de ese modo en múltiples direcciones, desdoblándose en infinitas oposiciones regidas por la única ley de la exclusión y la violencia.

Volviendo a militarismo de la Guerra Fría, la mirada etnocéntrica que lo habitaba no siempre exhibió su cara más abiertamente excluyente y racista. No pocas veces, sobre todo durante los años sesenta y setenta, se envolvió en el falso ropaje universalista que le aportó la Teoría de la Modernización y el Desarrollo. Frente al llamado Tercer Mundo, el discurso de la modernización presentó la trayectoria histórica de Occidente, con las diversas fases de desarrollo industrial y

económico que habían atravesado Europa y Estados Unidos, como el modelo ideal y absoluto a imitar por todos los pueblos del mundo. Lo occidental se emboscaba así tras lo Moderno y lo Desarrollado: cumbre de la evolución histórica y receta del éxito económico y social. Para uno de los más ilustres representantes de esta escuela, Walt Whitman Rostow —asesor de las Administraciones de Kennedy y Johnson—, las sociedades «tradicionales» o «pre-industriales», como las antiguas colonias de Asia y África recién emancipadas, debían progresar hacia la siguiente etapa de industrialización y modernización de la mano de los métodos y recetas democráticas de los países occidentales. Concretamente, Estados Unidos tenía que «mantener la dirección ideológica en la transición de los países subdesarrollados» tanto en beneficio de éstos como en el suyo propio, ya que así lo dictaba su antigua doctrina del Interés Nacional. El peligro estribaba precisamente en que dichos países se desviaran de la norma, y el comunismo era una de esas desviaciones; de hecho, por lo que se refería a la URSS y a la China de Mao Zedong, representaba un modelo de sociedad anormal, patológico, enfermizo. Se recurría así a la metáfora médica para descalificar al adversario. Según Rostow, el comunismo no era «una forma de organización social que surge naturalmente de los imperativos de la industrialización moderna. Es una forma patológica de organización estatal moderna que puede ser impuesta por una minoría determinada a una sociedad transicional frustrada y desalentada en su esfuerzo por lograr el movimiento hacia la modernización por métodos menos autocráticos».

Conceptuado como un virus maligno que se cebaba sobre un cuerpo social débil o enfermo, el comunismo actuaba en los países «en vías de desarrollo» en la etapa más delicada y vulnerable de su carrera hacia la Modernidad, frustrando o deformando su evolución. Se trataba de un mal que únicamente sufrían las llamadas sociedades «transicionales» —como lo habían sido la Rusia de los zares o la China del Kuomintang— y que, por las fechas en que exponía Rostow sus tesis, amenazaba principalmente a las antiguas colonias de Asia y África recién emancipadas o en proceso de descolonización. Que este virus maligno —en cuya categoría quedaban asimismo incluidos los nacionalismos «ambiciosos» o «extremistas», del tipo del régimen de Nasser en Egipto o el de Sukarno en Indonesia— infectara el Oriente Medio u otras «zonas de interés primario occidental en lo económico y en lo militar» constituía una preo-

cupación de primer orden para un científico social tan comprometido con el Gobierno estadounidense como Rostow.

Conviene detenerse, sin embargo, en el alcance de la metáfora. La salud de todo cuerpo social se identificaba de manera absoluta con la Modernización y el Desarrollo, especie de punto de llegada histórico al que, tarde o temprano, terminaban arribando todos los pueblos del mundo, y que estaba ya encarnado por el modelo político y económico representado por los países ricos de Occidente. Frente a este modelo ideal, la única alternativa era el subdesarrollo político y económico, el fracaso histórico, la enfermedad social producida por la tentación de los cantos de sirena del comunismo y de los nacionalismos ambiciosos. En esta tesitura, la destrucción del organismo infectado parecía obligada, a juzgar por los métodos expeditivos aconsejados personalmente por Rostow. En 1961, en los comienzos de su labor como asesor presidencial de Kennedy, sugirió junto a Robert McNamara el bombardeo de los territorios controlados por el Vietcong con defoliantes. En 1962 se produjo el primer bombardeo del tristemente famoso «agente naranja», en la península de Ca Mau, con el fin de eliminar los cultivos y deforestar la selva que servía de protección a la guerrilla. Durante los años siguientes casi la mitad de los bosques de Vietnam del Sur fueron destruidos por la acción de estos agentes químicos; curiosa manera, donde las haya, de contribuir al desarrollo de un país.[3]

El islam como Enemigo

De la mano del análisis de Edward Said es posible recorrer la historia reciente de la mirada etnocéntrica occidental sobre el Islam, que ya desde finales de la Guerra Fría pasó a encajarse, con tanta comodidad como holgura, en el molde de Enemigo elaborado por el discurso militarista de Estados Unidos y sus aliados. Varios años después de la revolución islámica que derribó al sha de Persia en 1979, un autor tan emblemático de la Guerra Fría como George Kennan ya advertía del peligro que representaba para Occidente, más que el tradicional enemigo comunista, el oscuro ascenso de un «fundamentalismo religioso localmente destructivo», asociado con el fenómeno del terrorismo. Para entonces, a mediados de los ochenta, el cliché negativo dominante en Estados Unidos sobre el islam y los árabes no era en absoluto novedoso:

> *Durante varias décadas, en Norteamérica se ha librado una guerra cultural contra los árabes y el Islam: las espantosas caricaturas racistas de árabes y musulmanes sugieren que todos ellos son o terroristas o jeques, y que la zona es una gran extensión, árida y ruinosa, apta sólo para sacar provecho de ella o para la guerra.*

Guerra cultural en la que ya se perfilaba un icono de enemigo, una imagen del Otro que oscilaba entre el desprecio y el odio. En su obra *Orientalismo*, publicada en 1978, Edward Said hacía referencia a las fuertes connotaciones negativas que había comenzado a acusar la figura del árabe en Occidente a raíz de la crisis energética de los años setenta:

> *Pero después de la guerra de 1973, los árabes empezaron a perfilarse como una gran amenaza. Aparecían constantemente dibujos que mostraban a un shej árabe de pie al lado de un surtidor de gasolina. Estos árabes eran claramente «semitas»: sus agudas narices de gancho y su malvada sonrisa bajo el bigote recordaban (a una población no semita) que los «semitas» estaban detrás de «todos» nuestros problemas. En este caso, el problema era principalmente la escasez de petróleo. El ánimo popular antisemita se transmitió suavemente del judío al árabe ya que la figura era más o menos la misma.*

De esta manera, la imagen del árabe en Occidente —y, por una injusta asociación, la del musulmán— asumía parte de la carga de violencia y prejuicios acumulada durante siglos de antisemitismo, simbolizando, con mayor eficacia quizá que la secular figura del judío en Europa, los estigmas de la avaricia y de la perversidad. Años después, fue el perfil del terrorista el que cobró un singular vigor dentro de este imaginario. Al socaire de acontecimientos tales como la guerra civil del Líbano (1975-1984), el desarrollo del movimiento de resistencia palestino durante los años setenta o la revolución islámica iraní a lo largo de la década siguiente, la imagen del terrorista se añadió a la del codicioso jeque árabe:

> *Hubo una época en la cual apenas podían analizarse (en el espacio público proporcionado por el debate internacional)*

conflictos políticos en los que se viesen envueltos suníes y chiítas, kurdos e iraquíes, tamiles y cingaleses, o sijs e hindúes —la lista es larga— sin tener finalmente que recurrir a las categorías e imágenes del «terrorismo» y el «fundamentalismo», procedentes íntegramente de las preocupaciones y centros intelectuales de núcleos metropolitanos como Washington y Londres. Se presentaban como figuras pavorosas carentes de contenidos diferenciales o definiciones, pero capaces de dar poder moral y aprobación a quienes las utilizan, y reprobación moral y carácter criminal a quienes designan.

Podría parecer que, en este párrafo, Said estaba describiendo el mundo posterior al Once de Septiembre de 2001, y sin embargo su observación se refería a la década de los años ochenta, hacia el final de la Guerra Fría, cuando todavía el Enemigo *oficial* de los países occidentales —y de la OTAN como su principal organización armada— era el bloque comunista y el Pacto de Varsovia. El juego especular de las imágenes antitéticas, mencionado más arriba, se manifestaba de nuevo. La demonización del Otro sugería el encumbramiento excelso de la posición propia, descartando cualquier tipo de autocrítica o autocuestionamiento. Este proceso de satanización de todo lo que tuviera que ver con lo árabe —y, por extensión, lo islámico— alcanzaría todavía una mayor intensidad durante la primera década de la Posguerra Fría, tras la disolución de la URSS y del Pacto de Varsovia. Por aquellos años, a principios de la década de los noventa, se abrió una etapa de incertidumbre que puso en discusión realidades tan inamovibles y asentadas durante décadas de enfrentamiento con el «Este» como la racionalidad del gasto militar, la carrera del armamento nuclear o la misma existencia de la OTAN. Esta última cuestión provocó una fuerte sensación de alarma en aquellos sectores que, tanto desde Europa como desde Norteamérica, habían venido defendiendo una hegemonía estadounidense en la política —exterior, pero también, en menor medida, interior— de los aliados europeos, disimulada tras la ya legendaria expresión del «vínculo transatlántico». Obvio es señalar que, para el discurso militarista —y para los actores que lo sustentaban, como el complejo militar-industrial estadounidense— la existencia de un Enemigo se revelaba como indispensable. A ello respondió, según Said, el empeño de buscar un Satán de recambio en el islam, ahondando en la lógica etnocentrista de la demonización del Otro:

...desde la caída de la Unión Soviética, EE.UU. ha llevado a cabo una búsqueda activa y explícita de nuevos enemigos oficiales, una búsqueda que ahora se ha centrado en el Islam como oponente prefabricado [...] La evidencia de la existencia de esa grandiosa estrategia es irresistible. En 1991, The Washington Post *filtró la noticia de la existencia de un estudio continuo por parte de los departamentos de defensa y espionaje estadounidenses de la necesidad de encontrar un enemigo común: el Islam fue el candidato.*

Durante la primera década de la Posguerra Fría y con anterioridad a los sucesos del Once de Septiembre, el discurso militarista occidental —en Estados Unidos en mayor medida, pero también en Europa— fue dotándose de una confusa constelación de amenazas mundiales, de alcance global, entre las que destacaba una imagen satanizada y reduccionista del islam, asociado «en abstracto» con sus versiones más agresivas y fundamentalistas e identificado estrechamente con la violencia y el terrorismo. Esta «gigantesca y caricaturesca simplificación» —en palabras de Said— pudo extraer su eficacia del secular discurso sobre el Otro, tan arraigado en Occidente. Como si una lógica excluyente —la militarista, necesitada siempre de un Enemigo— se superpusiera, encajándose, sobre otra de semejantes características, igualmente dicotómica.[4]

El Mediterráneo: de espacio de confluencia a *limes* cultural

El Mediterráneo, como espacio milenario de cruce y encuentro de culturas, ha sufrido de manera especial el impacto de estas tesis excluyentes. Cuando en su perentoria necesidad de buscar enemigos que justificasen la supervivencia y razón de ser de la OTAN, su secretario general Manfred Wörner afirmaba, en 1991, que existía un telón de fondo internacional, «caracterizado por problemas de desarrollo fuertemente arraigados que fomentan el crecimiento de la población, la migración, los conflictos derivados de la falta de recursos, el fundamentalismo religioso y el terrorismo», estaba mezclando, de manera precipitada y alarmista, una heterogénea gama de realidades en una suerte de cóctel amenazador, plagado de connotaciones negativas, que presentaba una de sus peores caras en la ribera sur del Meditérraneo y que, por tanto, atentaba contra la estabilidad europea.

No por causalidad era a los aliados europeos, los más reacios, a quienes pretendía convencer de la necesidad de seguir conservando la OTAN inmediatamente después de la autodisolución de su oponente, el Pacto de Varsovia, en 1990. En el espacio mediterráneo Wörner proyectaba un «fundamentalismo religioso» exclusivamente asimilado al islam —no al integrismo judío, por cierto—, un fenómeno terrorista relacionado con la guerra civil argelina y unos flujos migratorios del Sur que, significativamente, eran contemplados como una amenaza y no como una fuente de enriquecimiento económico y cultural para los países europeos de la ribera norte. Recurría así a la ya manida asociación de islam con terrorismo que arrastraba décadas de existencia y que, tres años después, de labios de su sucesor en la Secretaría General de la Alianza, el belga Willy Claes, pasaría a figurar como principal candidato a enemigo de la nueva OTAN de la Posguerra Fría. En 1995, Claes llegó a afirmar que el fundamentalismo islámico era «al menos casi tan peligroso como lo fue el comunismo. La OTAN puede ayudar a neutralizar la amenaza de los extremistas islámicos si la Alianza redefine su papel tras ganar la Guerra Fría».

En su momento, este desdichado secretario general —que ese mismo año se vería obligado a dimitir, acusado de corrupción, en un caso de tráfico de influencias durante una operación de venta de armamento a Bélgica— tuvo que rectificar una declaración tan rotunda, que le acarreó más de un conflicto diplomático. Pero la intención no podía ser más explícita: conseguir un recambio eficaz del Enemigo cuya existencia había hecho posible la propia fundación de la OTAN en 1949.

Volviendo a Wörner, en sus palabras se reconocía asimismo el falaz recurso a una presunta «invasión de Europa» desencadenada por el desbordamiento demográfico de los países de la ribera Sur: un horizonte absolutamente fantasioso y desmentido por los datos empíricos. Con 242 millones de habitantes, Europa reúne actualmente el 60% de una población total de 400 millones que habita la región mediterránea: el otro 40% se reparte entre el Próximo Oriente y el Magreb. Las máximas cotas de densidad demográfica no se dan en los países del Sur, como parecía sugerir Wörner, sino en países como Italia y Francia. Además, el comportamiento demográfico de los países de la ribera meridional los acerca cada vez más a la tendencia europea, caracterizada por bajos índices de natalidad, por lo que no es de prever un crecimiento exponencial como el vaticinado

por algunos agoreros, más interesados en elaborar imágenes amenazadoras que en describir realidades concretas.

La efectista imagen de la «invasión del Sur» pergeñada por Wörner y otros estrategas del mundo de la Posguerra Fría tendía a presentar al inmigrante como un intruso, cuando no a deshumanizarlo en una masa agresiva, diluyéndolo en «hordas de gentes hambrientas, carentes de instrucción y de trabajo y enfurecidas, acumuladas en el exterior» de los países altamente industrializados. La cita no pertenece al discurso xenófobo de un partido ultraderechista, sino a las conclusiones del Informe del Club de Roma presentado en 1991. Pero cuando el inmigrante procedía de la ribera meridional del Mediterráneo y era árabe, o musulmán, el *fobotipo* que encarnaba se revelaba en todo su alcance, identificado, como bien se ha ocupado de señalar Javier de Lucas, «en términos acríticos y generalizantes, pero sumamente eficaces ante la opinión pública, como fundamentalista islámico y terrorista, frente a quien (Sartori *dixit*) no vale el discurso de la ciudadanía, la democracia y los derechos, por su carácter inasimilable e incompatible».

El inmigrante se convertía así en un ser privado de todo derecho en un Estado teóricamente regido por el discurso de la democracia y los derechos humanos, según la tradición occidental: en un infraciudadano, en un *ilegal*. Como consecuencia, la actual emergencia de discursos legitimadores de la exclusión del Otro en la figura del inmigrante de la ribera sur, a partir de su insistencia en una presunta incompatibilidad entre la civilización occidental y el islam —como el de Giovanni Sartori, o el de Mikel Azurmendi para el caso español— está reforzando, en la práctica, el carácter de frontera cultural del Mediterráneo en detrimento de su antiguo papel como espacio de confluencia y convivencia de culturas, etnias y religiones. Sirviéndose de la imagen del *limes*, término que designaba los límites o fronteras del antiguo Imperio Romano, Jean Cristophe Rufin ha apuntado acertadamente que el Sur...

> *...está recobrando en nuestra imaginación el rasgo fundamental que en la antigüedad diferenciaba a los romanos de los bárbaros: la capacidad de ser una marea desbordante por medio de las migraciones. Y entre los romanos el temor a esto era tan antiguo como profundo y permanente, hasta tal punto que resultaba connatural en ellos.*

Nuevamente la lógica binaria vehiculada por el miedo y la desconfianza: «bárbaro» frente a «civilizado», «Oriente» frente a «Occidente», «ciudadano con derechos» frente a «no ciudadano» o «ilegal». El resultado no es otro que una frontera militarizada, pero no sólo en un espacio geográfico concreto, sino también en las mentes de sus habitantes. El militarismo de los ejércitos se presenta acompañado de un militarismo de las conciencias, como el que se mencionaba en capítulos anteriores, definido como la interiorización de una visión del mundo y de las relaciones humanas basada en el enfrentamiento y la violencia. Recientemente, varios Estados de la Unión Europea —Italia y España— han llegado al extremo de militarizar sus costas para frenar e interceptar la llegada de inmigrantes del Sur, recurriendo en ocasiones al pretexto de efectuar operaciones antiterroristas. La misma lógica de exclusión puede reconocerse en la actual ola antimulticulturalista europea que encubre, tras una fachada de defensa de la propia identidad y valores occidentales, los prejuicios etnocentristas más trasnochados, desde la consideración de las poblaciones magrebíes y subsaharianas como «ajenas a la cultura del trabajo» —Azurmendi *dixit*— hasta la abierta calificación de la religión islámica, en general y sin matización alguna, como enemiga patológica de Occidente, según el discurso de Giovanni Sartori. En ambos casos parecen imponerse las tesis más agresivas e intolerantes para con la diferencia cultural, las que profetizan y concitan, como Huntington, un constante «choque de civilizaciones».[5]

Hacia el choque de civilizaciones

Quizá el ejemplo más acabado y a la vez popular de esta grosera mistificación sea el concepto de islam definido en la popular tesis del «conflicto de civilizaciones» de Samuel Huntington, que ha conocido un renovado vigor después de los atentados de Nueva York y Washington. Es muy posible que Huntington pase a los anales oficiales de la Historia como el teórico por excelencia del mundo surgido tras la caída del Muro de Berlín. En realidad, su origen lo acredita como un producto prototípico de la Guerra Fría, uno de los muchos representantes de aquella escuela de la modernización y desarrollo mencionada más arriba. En 1968, cuando era jefe del Departamento de Ciencias Políticas de la Universidad de Harvard, Huntington abogaba a favor de un curioso proceso de urbanización en Vietnam del Sur, dirigido y gestionado por las tropas estadounidenses: separación forzosa de la población rural de sus aldeas y concentración en campos de refugiados situados en la periferia de las ciudades. De esa forma, la guerrilla quedaba aislada de su entorno y podía ser fácilmente destruida, al tiempo que se procedía a un control más eficaz de la población civil. El tono de la propuesta de Huntington, que por aquel entonces presidía un grupo asesor para el desarrollo del sudeste asiático, reflejaba la frialdad y la asepsia del discurso de la modernización durante su época dorada. Bajo patrocinio estadounidense se podía imponer una revolución urbana en un país asiático y modernizarlo a la vez; que este desarrollo tuviera que ser forzado con bombas y soldados era algo perfectamente secundario, en lo que no merecía la pena detenerse. No por otra razón el llamativo cinismo de este pensamiento cientificista aplicado a las realidades humanas había sido el blanco principal de la sátira de Leonard Levin cuando, en 1967, publicó su engañoso *Informe de la Montaña de Hierro*, tal y como se ha visto en un capítulo anterior.

Por aquella época, en plena guerra de Vietnam, el pensamiento etnocéntrico —y militarista— de Huntington aparecía emboscado tras la fachada universalista de la teoría de la modernización y el desarrollo. Pero cuando a comienzos de la Posguerra Fría publicó su famoso artículo sobre el choque de civilizaciones, se despojó de la careta para exhibir abiertamente su etnocentrismo. Todavía vinculado con el Departamento de Estado desde su puesto universitario, su opúsculo apareció en el momento adecuado, en el que más necesario resultaba: en 1993, cuando tras la desaparición del Enemigo comunista, los abogados del militarismo necesitaban urgentemente un clima de miedo y amenaza, una imagen de «mundo peligroso» convenientemente popularizada que frenara los recortes en curso del gasto militar mundial o pusiera fin al proceso de cuestionamiento de la OTAN —y por tanto de la influencia de los Estados Unidos en la política europea—, por citar dos ejemplos entre muchos. Hasta entonces, la popular teoría del Fin de la Historia de Francis Fukuyama —otro personaje universitario ligado al Gobierno estadounidense— había servido para expresar el triunfalismo de los vencedores de la Guerra Fría, pero se había revelado a la vez parca e incompleta. Resultaba demasiado cómoda, demasiado autocomplaciente en su visión epifánica de la victoria última y definitiva de la democracia liberal y del sistema de libremercado sobre sus ene-

migos. Y, sobre todo, proyectaba un horizonte de futuro excesivamente tranquilo, libre de peligros y asechanzas para Occidente.

Huntington, por el contrario, volvía a poner en marcha el motor de la Historia por medio de la apoteosis del conflicto, al que dotaba de un carácter absoluto al etnificarlo y desideologizarlo a la vez. En su opinión, el conflicto entre civilizaciones ha existido desde el principio de los tiempos y continuará existiendo, de manera irresoluble, eternamente. La Guerra Fría fue una de las muchas formas históricas bajo las que se expresó este conflicto cultural, que desde la caída del Muro de Berlín ha perdurado para manifestarse incluso con mayor crudeza y virulencia. De hecho, describe la Posguerra Fría como una época singularmente turbulenta y azarosa, a escala planetaria:

> *...el espejismo de armonía producido al final de dicha Guerra Fría pronto se disipó con la multiplicación de los conflictos étnicos y «la limpieza étnica», el quebrantamiento de la ley y el orden, la aparición de nuevos modelos de alianza y conflicto entre Estados, el resurgimiento de movimientos neocomunistas y neofascistas, la intensificación del fundamentalismo religioso, el final de la «diplomacia de sonrisas» y la «política de síes» en las relaciones de Rusia con Occidente, la incapacidad de las Naciones Unidas y los Estados Unidos para acabar con sangrientos conflictos locales, y el carácter cada vez más reafirmativo de una China en alza.*

Un batiburrillo de amenazas que, hacia mediados de la década de los noventa, representaba eficazmente la otra cara de la sosegada imagen del Fin de la Historia sugerida por Fukuyama. Para Huntington, las distintas civilizaciones —unas más que otras, como la occidental y la islámica— siempre estarán condenadas a enfrentarse entre sí *ad aeternum* en la distribución del poder mundial, sin que se adivine una resolución final del enfrentamiento. En este sentido, el autor se limita a constatar la hegemonía histórica de la civilización occidental sobre las demás, alerta sobre ciertos síntomas de debilitamiento y apuesta por un fortalecimiento de su poder material y moral. Su discurso permite, y esto es lo que me interesa resaltar aquí, una absolutización del concepto de «enemigo» —que en principio no es una categoría inmutable—, al dotarlo de un atributo *esencial* basado en criterios étnicos. El «islámico», o el «confuciano», siempre será enemigo del «occidental», esté en paz o en guerra con él. No por

casualidad Huntington maneja un concepto esencialista y ahistórico de las civilizaciones, que vienen a ser como realidades definidas de una vez para siempre en algún momento de su pasado —¿cuándo?— y que es necesario preservar de cualquier cambio. Para un pensamiento militarista, afirmado en la lógica de la exclusión del Otro, no puede haber una concepción de «enemigo» más idónea.

Sería demasiado prolijo abordar una crítica en profundidad del concepto de civilización de Huntington, pero resulta interesante detenerse en aquellos rasgos del mismo que delatan su profundo sesgo etnocéntrico y conservador. Sirviéndose de la religión como rasgo esencial de etnicidad, la jerarquía que establece en su catálogo de las civilizaciones del mundo es lo suficientemente elocuente. Las hay notoriamente inferiores: la latinoamericana, por ejemplo, presenta una «identidad dividida», hasta el punto de que no está claro si es una *subcivilización* dentro de Occidente o una civilización aparte, íntimamente emparentada con la occidental pero a la vez distinta, escindida en cuanto a su pertenencia a esta cultura. Viene a ser, en realidad, una civilización mestiza y por tanto imperfecta. Su relación con el hegemónico Occidente es la misma que separa al «hispano» inmigrante del ciudadano «blanco» de los Estados Unidos, por utilizar la jerga tan habitual en ese país, de la que el propio Huntington no es una excepción. En cuanto a la africana, el autor declara que «posiblemente» sea una civilización, aunque no duda en recurrir al historiador Braudel para negarle formalmente ese *status*.

Pero es en el islam donde Huntington tropieza con una civilización no solamente inferior, sino particularmente agresiva, hasta el punto de que casi la presenta como incompatible con la existencia de la civilización occidental. Recurriendo al grosero reduccionismo que denunciaba Edward Said, el islam «en general» —y no las versiones más agresivas del fundamentalismo islámico— queda así entronizado como la principal amenaza contra Occidente:

> *El problema subyacente para Occidente no es el fundamentalismo islámico. Es el Islam, una civilización diferente cuya gente está convencida de la superioridad de su cultura y está obsesionada con la inferioridad de su poder.*

Llegado a este punto, Huntington da al islam por un caso perdido. Renuncia al sueño universalista de seguir impulsando su moderniza-

ción —que en la teoría desarrollista que había contribuido a forjar aparecía prácticamente confundida con la occidentalización— y se parapeta tras la defensa de lo que entiende por «civilización occidental». Se esfuerza por delimitarla geográficamente con maniática exactitud y en fortalecer sus «esencias» propias. Nunca ha dudado en considerarla la mejor de todas las civilizaciones, a partir de una serie de características entre las que destaca su *poder*. Es precisamente por ello, y merced al hecho de haberse modernizado antes que ninguna otra, por lo que durante los últimos siglos ha dominado a todas las demás. De hecho, ese poder occidental, alcanzado históricamente gracias a sus propios méritos, viene a ser como una esencia más a proteger en un mundo definido por las rivalidades culturales. Su salvaguarda resulta imperiosa, toda vez que Huntington se afana por proyectar la visión de un Occidente amenazado por una pérdida de peso específico en la distribución del poder mundial, y cuestionado tanto a nivel externo —por otras civilizaciones, sobre todo el Islam— como interno, por la invasión de inmigrantes no occidentales y por las tesis multiculturalistas. En esta tesitura, Occidente, y Estados Unidos como su país más poderoso, debe esforzarse por:

> *1) mantener su superioridad militar mediante normativas de no proliferación y de contraproliferación con respecto a armas nucleares, biológicas y químicas y los vectores para lanzarlas; 2) promover los valores e instituciones políticos occidentales presionando a otras sociedades para que respeten los derechos humanos tal y como se conciben en Occidente y para que adopten la democracia según los criterios occidentales; y 3) proteger la integridad cultural, social y étnica de las sociedades occidentales restringiendo el número de no occidentales admitidos como inmigrantes o refugiados.*

Huntington no recomienda ya promover los valores universalistas de modernización en lo político y en lo económico de las sociedades no-occidentales como había hecho treinta años antes, en plena eclosión de la teoría de la Modernización y el desarrollo, cuando teorizaba sobre la urbanización forzosa de Vietnam del Sur. Lejos de ello, ahora afirma que «el universalismo es una fachada», lo cual no deja de ser cierto, al menos para las tesis desarrollistas que ocultaban bajo ese disfraz el impulso de procesos de modernización

según el patrón, o más bien el dictado, occidental. Pero no por ello deja de aconsejar cínicamente la imposición a otros países —se entiende que a otras «civilizaciones»— de valores políticos abiertamente definidos como *occidentales* —y no universales—, y ello simplemente porque así conviene a Occidente en general y a los Estados Unidos en concreto para mantener su primacía mundial.

La última recomendación registra un especial interés. Huntington se muestra profundamente preocupado por la amenaza sobre Occidente de la «invasión demográfica». Si para Europa alerta sobre un peligro de «islamización» o incluso de «africanización» —cuyas posibilidades reduce en función de la mortandad del SIDA en el continente africano—, para Estados Unidos el problema se lo plantean los inmigrantes mexicanos y, en general, los hispanos. El horizonte previsto para mediados del siglo XXI de un 50% de «blancos» y un 20% de «hispanos» en la población estadounidense se le antoja amenazador. Sobre todo cuando la inmigración mexicana manifiesta una acusada tendencia al mantenimiento de su propia identidad, principalmente a través de sus lazos con sus familias y comunidades de origen al otro lado del Río Grande. Es aquí donde parece radicar el problema, ya que impulsar la cohesión interna de Occidente...

> *...significa preservar la cultura occidental dentro de Occidente y a la vez definir los límites de Occidente. Lo primero requiere, entre otras cosas, controlar la inmigración procedente de las sociedades no occidentales, como han hecho los principales países europeos y como empieza a hacer Estados Unidos. Y garantizar que los inmigrantes aceptados asimilan la cultura occidental.*

¿Cuál es entonces para Huntington, en el caso estadounidense, la cultura occidental? La cultura negra, hispana o asiática, aunque sea encarnada en ciudadanos de derecho —de segunda o tercera generación— no entra, desde luego. Aquí es donde su definición de civilización se aproxima peligrosamente al concepto decimonónico de «raza», a pesar de que el término escasee ciertamente en sus textos. Queda, eso sí, aquella esencia étnica depurada de los llamados WASP: *White, American, Saxon, Protestant* (blanco, americano, sajón, protestante). Ése es el grupo social —conservador, religioso y bienpensante— cuya hegemonía defiende en realidad Huntington, identificándolo groseramente

con «la cultura occidental». El juego especular se repite, dado que se trata de la misma técnica mistificadora que utilizaba con el islam. Dos identidades artificiosamente elaboradas y una sola lógica de exclusión.[6]

Una profecía autoconfirmada

Como no podía ser menos, tras los atentados del Once de Septiembre, la profecía del Choque de Civilizaciones ha conocido una renovada popularidad. Su énfasis en la rivalidad de Occidente con el «Islam» ha venido como anillo al dedo a aquellos sectores empeñados en sustituir definitivamente al antiguo Enemigo comunista por el «terrorismo internacional» vinculado con lo islámico. Las recientes campañas militares en Afganistán e Irak se han apoyado, con mayor o menor éxito, en este discurso que aúna el militarismo más recalcitrante con la mirada más xenófoba y etnocentrista sobre el Otro. En cierto modo la profecía de Huntington se ha autoconfirmado, o ha creado ella misma las posibilidades de su cumplimiento. Como señala Joan Lacomba a propósito de la «islamofobia» en Estados Unidos tras los atentados de Nueva York y Washington:

> *Es posible que, a fuerza de pregonar durante los últimos años el «choque de civilizaciones» como algo inevitable, hayamos creado entre todos las condiciones para que éste se desarrolle. Parece como si en este tiempo, en un auténtico diálogo de sordos, se hubiesen hecho más esfuerzos por confirmar el riesgo que por desactivarlo.*

Tal y como sucede en economía, cuando la extensión de un rumor sobre la caída o aumento del precio de una moneda genera finalmente el efecto deseado, tal parece que lo mismo ha ocurrido con la profecía de Huntington. La imagen en Occidente de un islam asimilado al concepto de terrorismo, en una campaña mistificadora que llevaba varias décadas de existencia —según se ocupó de analizar Edward Said— ha favorecido o justificado la adopción de políticas agresivas de Estados Unidos y sus aliados en el Próximo Oriente y en el Golfo Pérsico, en Argelia, Irak, Palestina o Irán, a la vez que ha fomentado procesos de exclusión y segregación étnica en la población inmigrante de sus propios países. En cualquier caso, tras el Once de Septiembre, la lógica militarista del enfrentamiento irreductible con el Enemigo, atravesada y reforzada por el discurso etnocéntrico de la exclusión del Otro, ha alcanzado su expresión más depurada. Incluso el régimen ruso se ha servido del mismo para justificar su renovada ofensiva contra el pueblo checheno, en un nuevo episodio de su secular lucha contra su «Oriente» particular, su «vecino extranjero». Una lucha que no se detuvo durante el régimen comunista, como lo demuestra la deportación masiva al Asia central en 1944 de 400.000 chechenos y el asesinato de 100.000: un pueblo entero acusado de colaboracionismo con el ejército alemán. Tras la derrota de la primera campaña militar rusa de 1994-1996, el Gobierno autoritario de Vladímir Putin no ha vacilado en vincular a los rebeldes de la pequeña república chechena con el satanizado Ben Laden. El resultado ha sido la justificación de una nueva guerra, más sangrienta si cabe que la anterior, con la simpatía o al menos el silencio cómplice de sus aliados occidentales.

Recurriendo una vez más al juego especular, la proyección de la imagen estigmatizada del islam, asimilado al concepto de «terrorismo», ha devuelto otra igualmente deformada de la identidad propia. Como la legendaria pareja del Doctor Jekyll y Mr. Hyde, una imagen necesita de la otra, se afirma y fortalece en su opuesta. De hecho, Huntington ha afirmado recientemente:

> *...las acciones terroristas de Ben Laden han reforzado la identidad de la civilización* [occidental]. *De la misma forma que pretende agrupar a los musulmanes declarando la guerra contra Occidente, le ha devuelto a Occidente su identidad común al defenderse.*

Para el caso estadounidense, la imagen reflejada y fortalecida no ha sido otra que la de las conservadoras «esencias occidentalistas» pergeñadas por Huntington, en realidad la de un grupo social muy concreto: «blanco», religioso, conservador y patriota. Con lo cual es de suponer que todos aquellos que no encarnen estas esencias —minorías inmigrantes «no occidentales» o incluso ciudadanos disidentes descalificados como traidores quintacolumnistas— sufran los rigores de un creciente proceso de exclusión. Como quedaba apuntado más arriba, la lógica militarista y etnocéntrica es irrefrenable y se multiplica en exclusiones infinitas, tanto en lo externo como en lo interno de una sociedad dada. Una vez que se pone en marcha, nadie está a salvo de verse excluido.[7]

Notas:

1. Para la elaboración de este epígrafe me he servido fundamentalmente de los datos aportados por Sebastian Balfour en *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)* (Península, 2002). Las declaraciones de Mohamed Faragi proceden del artículo de Ignacio Cembrero «El veneno que llegó al Rif desde el cielo», publicado en *El País*, 10-2-2002. La cita de la novela *Imán* pertenece a la edición de Destino, 1979, p. 78. La asesoría alemana en la producción e importación de armamento químico por parte española está abundamente documentada en los archivos alemanes, analizados en el libro de Rudibert Kunz y Rolf-Dieter Müller, *Giftgas gegen Abd el Krim: Deutschland, Spanien und der Gaskrieg in Spanisch Marokko, 1922-1927* (Freiburg im Breisgau, Rombach, 1990). La cita de las declaraciones de las autoridades francesas está tomada del libro de Balfour. Los datos sobre la historia reciente de La Marañosa proceden del artículo «El Ejército posee una planta diseñada para fabricar armas químicas a sólo 14 kilómetros de Madrid» (*El País*, 23-8-1993), así como de la información facilitada por el colectivo antimilitarista Tritón, que desde 1994 ha desarrollado un trabajo de investigación y difusión sobre el complejo químico-militar, promoviendo cinco marchas de protesta al mismo (www.nodo50.org/triton).
2. La cita de Churchill está recogida en el libro de Sebastian Balfour. La de Goytisolo pertenece a su artículo «De *Don Julián* a *Makbara*: una posible lectura orientalista», en *Crónicas Sarracinas* (Alfaguara, 1998). La frase de Edward Said está tomada de *Orientalismo* (Debate, 2002, p. 35). Dos estudios muy interesantes sobre la visión del mundo árabe y del Islam en los manuales escolares actuales en España son: *El Islam en las aulas*, ed. por J. M. Navarro (Icaria, 1997), y *El Islam y el Mundo Árabe. Guía didáctica para profesores y formadores*, de Gema Martín Muñoz y otros (Agencia Española de Cooperación Internacional, 1996)
3. La frase de Said pertenece a *Orientalismo* (*op. cit*., pp. 396-397). La cita de Kennan procede de su documento «Estados Unidos y Rusia», invierno de 1946, incorporado a sus memorias (*Memorias de un Diplomático*, Luis de Caralt, 1972, p. 457). Dmitri Chizhebski hace referencia al complejo «orientalizante» de Rusia en su *Historia del Espíritu Ruso. Rusia entre Oriente y Occidente* (Alianza Editorial, 1967). La cita de W. W. Rostow está extraída de su obra *Los Estados Unidos en la palestra mundial* (Tecnos, 1962, p. 463).
4. De la relación entre «terrorismo internacional» e «islam» como «nueva amenaza» en el mundo de la Posguerra Fría me he ocupado en otra parte (*Historia de la OTAN*, Los Libros de la Catarata, 2000). La cita de Kennan está recogida en su artículo «Orígenes de la contención», en *La contención. Concepto y política*, de Terry Deibel y John Lewis Gaddis (Grupo Editor Latinoamericano, 1992). La primera y la tercera cita de Said pertenecen a su obra *Cultura e Imperialismo* (Anagrama, 1996, p. 463; pp. 476-477); la segunda, a *Orientalismo* (*op. cit*., p. 377), y la cuarta a su artículo «La campaña contra el terror islámico», publicado en *El País*, 15-4-1996.

5. El texto de Manfred Wörner está extraído de su artículo «La Alianza Atlántica en una nueva era», en *Revista de la OTAN*, n.º 6, diciembre de 1991. Las declaraciones de Willy Claes en *El Mundo*, 3-2-1995. Un buen estudio desmitificador sobre la realidad demográfica en la ribera sur del Mediterráneo es el de Anna Bosch, «¿En manos de quién está la reproducción humana? Una crítica ecofeminista al problema de la población», en *Ecología Política*, n.º 12. La frase de las conclusiones del Club de Roma está extraída de *La primera revolución mundial. Informe del Consejo al Club de Roma*, de Alexander King y Bertrand Schneider (Plaza y Janés, 1991, p. 77). La cita de Javier de Lucas pertenece al artículo «Prioridades y olvidos de la presidencia española», publicado en *El País*, 14-3-2002. El texto de Rufin procede de su libro *El Imperio y los nuevos bárbaros* (Ediciones Rialp, 1993, p. 63).
6. Noam Chomsky ha criticado por extenso las tesis desarrollistas y «urbanizadoras» de Samuel Huntington en Vietnam del Sur en *La responsabilidad de los intelectuales y otros ensayos históricos y políticos* (Ariel, 1969) y en *La Guerra de Asia* (Ariel, 1972), entre otras obras. Para la crítica a Huntington me he centrado principalmente en su obra *El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial* (Paidós, 1996); todas las citas recogidas pertenecen a la misma excepto la última, procedente de su artículo «Occidente único, no universal», publicado en *Política Exterior*, n.º 55, enero-febrero 1997.
7. La cita de Joan Lacomba está extraída de su artículo «Los riesgos de la islamofobia», *El País*, Comunidad Valenciana, 18-10-2001. Las declaraciones de Samuel Huntington fueron recogidas en *El País*, 24-10-2001.

5. MUJERES Y GUERRAS: MILITARISMO Y PATRIARCADO

Las virtudes militares

El manual oficial de formación moral y militar de la escala de complemento del ejército español justificaba así, en una fecha tan tardía como 1978, la existencia del Ejército, con mayúsculas:

> *La existencia del Ejército responde a una previsión de necesidad. Él asume responsablemente el puesto de «centinela» sobre la vida e intereses de la Patria. Para ello está en continuo entrenamiento de eficiencia, un día acaso se le encomendará la salvación de todos y es vital para la Patria que responda de su misión. Lo que tal misión exija equivale a lo que solemos llamar «exigencias del Servicio».*

Para el caso español:

> *Es España esa Patria ante la que somos convocados para la más alta y digna función de servicio y de fidelidad a la misión histórica que a ella, y con ella a todos, nos toca realizar, siguiendo los hitos que desde la más remota antigüedad ha ido jalonando nuestra historia, como son: el haber sido freno y vehículo de cristianización de los bárbaros, valladar de Europa ante el Islam, luz de la cultura y de la fe para más de veinte naciones, contención a la expansión protestante, derrota de Napoleón... y que sigue y desea seguir fiel a sí misma, rechazando ideologías extranjeras totalitarias que deterioren nuestras constantes históricas: de soporte y vehículo del cristianismo, defensa de la familia... y, en general, de «supremacía de los valores espirituales», que es lo que ha constituido el marco y motor de todas las páginas de nuestra historia.*

La imagen invocada de España no era otra que la del nacionalcatolicismo franquista, un nacionalismo excluyente, esencialista y teñido de religiosidad, aficionado al discurso del Enemigo, desde el islam hasta las corrientes liberales europeas, en asombrosa mezcolanza. Por «ideologías extranjeras totalitarias» había que entender, naturalmente, el *virus del marxismo* que infectó el cuerpo social español durante la II República, y que sería combatido durante y después de la Guerra Civil, ya en el marco de la Guerra Fría contra el Enemigo comunista. Según este farragoso «texto de formación», el recluta español debía ser educado por «los Mandos que tenga el Ejército, que han de potenciar la formación del hombre que la Patria le entrega: sus virtudes, para llegar a hacer de él ese soldado que debiera ser».

El manual recogía a continuación una prolija relación de «virtudes militares» entre las que descollaban la templanza, concebida como moderación de todo apetito; la fortaleza; la prudencia, manifestada fundamentalmente en la disciplina, y la justicia. Todas ellas se complementaban confusamente con otras tales como el patriotismo, el honor, el sentido del deber, el valor y la abnegación. Una de las más destacadas era la fortaleza:

> *La fortaleza es la virtud militar por excelencia. El nombre griego de esta virtud es Andreia, que en realidad significa la virtud propia del varón, la virilidad.*

Amparándose en el significado del término griego —«fortaleza», «ánimo», «coraje», pero también «hombría»— el autor establecía una línea de continuidad, una relación singularmente íntima entre la violencia y la guerra, por un lado, y la masculinidad y el mundo de los varones, por otro. Y tenía razón. Históricamente, la inmensa mayoría de los hechos violentos, en el sentido de acciones de guerra, ha sido protagonizada por hombres. Salvo contadas excepciones, los ejércitos, como instrumento esencial de la violencia organizada o institucional, han estado compuestos de manera exclusiva por varones; los escasos ejemplos de cuerpos armados actuales con porcentajes significativos de mujeres serán tratados más adelante. Lo que no quiere decir, claro está, que las mujeres no hayan jugado un papel más o menos activo en la instigación, preparación o ejecución de las guerras, sobre todo desde el campo de la retaguardia, apoyando a los varones en el frente. Así se ocupaba de denunciarlo la anarquista Emma Goldman en 1917, cuando, a propósito de la I Guerra Mundial, escribía las siguientes palabras:

Ese monstruo insaciable, la guerra, despoja a la mujer de todo lo más querido y lo más precioso. Le roba a sus hermanos, a sus amantes, a sus hijos y, a cambio, la condena a una vida de soledad y desesperación. Y aun así es la mujer la adoradora y la protectora de las guerras. Ella infunde a sus hijos el amor por la conquista y el poder; susurra en los oídos de los más pequeños los relatos de las glorias de las guerras y acuna al recién nacido con música de trompetas y ruido de revólveres. Es la mujer quien corona al héroe que vuelve triunfante del campo de batalla. Y ella es quien paga el precio más alto a ese monstruo insaciable: la guerra.

Incluso las militantes sufragistas europeas y norteamericanas —probablemente las mujeres occidentales más concienciadas de su propia situación de opresión—, que hasta entonces se habían caracterizado por su antibelicismo, terminaron apoyando a sus respectivos bandos y causas nacionales. De manera paralela a lo que había ocurrido con la solidaridad obrera internacionalista, los lazos entre las feministas de los países de la Entente y de la Alianza salieron perjudicados por la lógica binaria de la guerra. «Mientras dure la guerra, las mujeres del enemigo también serán el enemigo», declaró una de ellas, Jane Misme, en 1914. Desgraciadamente, el admirable frente unido antimilitarista de sufragistas como Sylvia Pankhurst y Catherine Marshall tuvo un peso más simbólico que efectivo en el conjunto del movimiento. Sin embargo, pese a todo ello, es razonable afirmar que los hombres no solamente han sido los principales actores protagonistas de las guerras, sino también sus máximos impulsores desde los aparatos políticos de los Estados. Según Marcia Yudkin, la guerra es, de hecho, una institución masculina, en un sentido político y cultural; histórico, que no biológico:

En nuestra sociedad los hombres han sido los autores reales o potenciales de la guerra. Desde que los hombres nacen, se les forma y moldea para que sean capaces de ejercer poder político, de identificar sus intereses con la nación-Estado y de destruir la vida. Los hombres han estado en una posición que les ha permitido prepararse para la guerra, declarar la guerra y hacer la guerra. Aquellos casos de mujeres que han encajado en el molde son anómalos y los de mujeres que han participado de forma central en la institución de la guerra, simbólicos.

Un somero recuento de las «voces de autoridad» militaristas mencionadas hasta el momento en este libro —de Milosevic a Rumsfeld— ilustraría esta elocuente obviedad, con una sola excepción: Condoleeza Rice, la actual consejera de Seguridad Nacional del Gobierno de George W. Bush. Su originalidad es tan llamativa que no se agota en su papel como «señora de la guerra» al modo thatcheriano, como lo demuestra su antipatía declarada por el movimiento de derechos civiles de los negros de los años sesenta, o su triste labor al frente de la Universidad Stanford, en la que llegó a ser investigada por discriminar a mujeres y minorías étnicas cuando su propio nombramiento había respondido justamente a la política contraria, de cuotas. Su anomalía, sin embargo, está cargada de un simbolismo arquetípico, universal: el de aquellos personajes que, con tal de medrar profesionalmente, terminan erigiéndose en denodados defensores del mismo sistema de valores que habría debido marginarlos; para el caso, el de las presuntas *esencias americanas* —*WASP*, blanco, americano, sajón, protestante—, a cuya defensa anda tocando a rebato la actual ola de neoconservadurismo en Estados Unidos.[1]

Militarismo y patriarcado: violencias contra las mujeres

A lo largo de las décadas de los sesenta y setenta, en plena Guerra Fría, Kate Millet y otras feministas estadounidenses definieron el patriarcado como el sistema histórico de dominación de los hombres sobre las mujeres que, atravesando toda frontera geográfica y de clase, se articula sobre la violencia entendida en su sentido más amplio: física, pero también y mayormente simbólica, cultural. En el reparto de roles sociosexuales de todo sistema patriarcal, la agresividad siempre ha presidido el modelo de masculinidad que rige la educación de los niños varones. Lo biológico nada tiene que ver en todo ello, más que como pantalla o *tabula rasa* sobre la que se proyecta históricamente un modelo cultural. Los juguetes bélicos, como símbolo de esta violencia inoculada desde la infancia, poseen un inequívoco sesgo de género. Como bien señala Victoria Sau:

Entre las características psicológicas que la división sexual del trabajo ha distribuido entre niñas y niños para que ésta resulte efectiva en el futuro, la agresividad le ha tocado en suerte a los varones, de tal modo que en una psicología diferencial

de los sexos si hubiera que escoger un solo rasgo diferencial de personalidad entre ambos, éste sería sin lugar a dudas la agresividad. El poder y la guerra, los dos extremos del continuum *patriarcal, requieren una hipertrofia de la agresividad humana de carácter adaptativo para poder tener en «pie de guerra» —simbólica siempre y con gran frecuencia real— a todo el colectivo masculino, sea en el campo de batalla de la economía, de la política o de la lucha armada.*

En este *continuum* patriarcal, conflictos armados entre Estados y violencia cotidiana contra las mujeres en el ámbito doméstico —agresividad y guerra— estarían íntimamente enlazados, formando parte de una única realidad de dominación. El caso de las violaciones masivas durante las últimas guerras balcánicas de la década de los noventa describe de manera singularmente gráfica la consideración de que habitualmente son objeto las mujeres dentro de los discursos del militarismo y del patriarcado. Sólo en la República de Bosnia-Hercegovina, la organización *Women for Women International* ha calculado que fueron violadas unas veinte mil mujeres —sesenta mil según otras fuentes— durante el período bélico, entre 1992 y 1995. En una alegación presentada al Tribunal Permanente de los Pueblos durante ese último año, tras recoger y estudiar multitud de testimonios, el colectivo *Dones per Dones* de Barcelona se ocupó de describir los múltiples objetivos a los que sirvió esta práctica de guerra, ordenada por los propios oficiales a sus soldados bajo amenaza de graves sanciones.

Por un lado, la violación sistemática cometida por las tropas serbias y croatas, como instrumento de *limpieza étnica*, significó «una forma de tortura para la mitad de la población bosnia. La violación comporta humillación, sometimiento, terror, lo que provoca la huida del lugar donde han sucedido los hechos y el deseo de no volver nunca a él; además, es una amenaza potencial para las mujeres de las poblaciones cercanas». Con lo cual se conseguía el desplazamiento masivo de poblaciones enteras, con vistas a crear zonas de homogeneización étnica. Las violaciones sistemáticas respondían, pues, a un plan de guerra elaborado sobre un mapa de campaña. Al mismo tiempo, en el imaginario patriarcal, la violación buscaba representar en el cuerpo de la mujer la máxima humillación del adversario masculino, del *honor del guerrero* del otro bando; tal y

como había ocurrido durante la guerra civil y la posguerra española con los siniestros rituales franquistas del pelado al cero y las purgas de ricino de las mujeres vinculadas —a veces por una simple relación de parentesco— con el enemigo vencido. Los cuerpos de las mujeres se convertían así en un campo de batalla más, en un terreno simbólico sobre el que escenificar el enfrentamiento, la destrucción física y moral del oponente. Además, por lo que se refería al atacante, la práctica colectiva de la violación representaba para el ejército o las milicias agresoras un ritual de comunión con el grupo, de afirmación patriótica y guerrera de la propia cohesión frente al adversario: un medio añadido de «aumentar la moral» del soldado, en palabras de sus mismos oficiales.

En el marco de la clásica dialéctica militarista del «Nosotros» frente al «Ellos», del enfrentamiento con el Otro percibido como Enemigo, resulta evidente el papel de *carta comodín* jugado por las mujeres en el imaginario patriarcal. Partiendo de la tradicional oposición entre un modelo masculino caracterizado por la agresividad y otro femenino definido por la vulnerabilidad, la agresión real o inventada contra «nuestras mujeres» ha servido con demasiada frecuencia a la justificación del ataque contra el Otro. Se trata de algo atestiguado por miles de ejemplos históricos, como los linchamientos de la comunidad negra estadounidense a manos de blancos indignados por la violación de sus mujeres, algo recurrente hasta bien entrado el siglo XX, o la exagerada magnificación de los casos de mujeres serbias violadas por albaneses a la que recurrió el presidente Milosevic a finales de la pasada década de los ochenta, preparando el terreno para posteriores desmanes contra la población albanokosovar. Sin embargo, como señala Ruth Seifert —siguiendo a Theresa Wobbe— esta misma lógica también puede funcionar al revés:

...el grupo de ellos puede en igual forma ser excluido en una forma particular, o avasallado como dice Wobbe, mediante el ejercicio de la violencia contra sus mujeres. Las consecuencias de estas atribuciones culturales de la mujer pueden observarse en la agresión contra Crocia y Bosnia-Herzegovina, donde la violación en masa y la tortura sexual de mujeres y niñas se empleó contra el grupo de ellos como estrategia de destrucción de la cultura y de limpieza étnica.

Porque, retomando el argumento anterior, una de las metas que perseguían los agresores serbios era la humillación del cuerpo social del Enemigo, del Otro, en el cuerpo físico de sus mujeres. Las cifras de violaciones de mujeres bosnias se quedan cortas cuando se comparan con lo sucedido en Ruanda prácticamente por las mismas fechas, durante el genocidio perpetrado entre abril y julio de 1994 por las milicias del Gobierno hutu contra la minoría tutsi. En el lapso de unas pocos meses cerca de un millón de personas perecieron asesinadas, y se calcula que entre un cuarto y medio millón de mujeres tutsis fueron violadas. Según la Asociación de Viudas del Genocidio de Ruanda, a principios de 2002 dos tercios de las mujeres violadas en 1994 eran portadoras del virus del SIDA. El caso ruandés ofrece, por cierto, un significativo dato que subraya el carácter cultural e histórico —en absoluto biológico— del reparto de roles sociosexuales entre hombres y mujeres, y de los diferentes modelos de comportamiento asociados. Es un hecho aceptado que una pequeña minoría de mujeres hutu participó activamente en el genocidio incitando a los hombres a la violación de sus congéneres, empezando por la ministra ruandesa de Promoción de la Mujer y la Familia, Pauline Nyiramasuhuko, actualmente encausada por el Tribunal Penal Internacional para Ruanda, con sede en Arusha, Tanzania.

La resonancia adquirida por los procesos de violaciones sistemáticas de los Balcanes y Ruanda durante la década de los noventa podría sugerir la impresión de que se trata de casos aislados o excepcionales. Por el contrario, constituyen una práctica secular, de larga tradición y sin fronteras culturales o geográficas precisas, que sólo muy recientemente ha sido estudiada y analizada en todo su alcance. Es el caso de las más de cien mil mujeres y niñas coreanas que sirvieron de esclavas sexuales a los soldados japoneses desde los años treinta y durante toda la II Guerra Mundial, recluidas en las llamadas «*Confort Houses*», verdaderos centros de violación creados y supervisados por el Gobierno. O el de las mujeres partisanas cautivas de las tropas nazis; «putas para las tropas de Hitler» las llamaban. O el de los cientos de miles de mujeres alemanas violadas por las tropas rusas en su avance sobre Berlín. Todos estos ejemplos, y muchos más, demuestran que la violación como estrategia militar no es una característica original de lo que algunos autores como Mary Kaldor han denominado «las nuevas guerras», vinculándola exclusivamente con ciertos conflictos recientes del llamado Tercer Mundo, en el que

también quedaría incluida la región balcánica como *patio trasero* europeo. Contradiciendo esta mirada cargada de etnocentrismo, es muy probable que sean precisamente los ejércitos regulares de modelo occidental más disciplinados del mundo —como el Ejército Rojo, el japonés o la Wehrmacht alemana, los más alejados de la clásica imagen de la horda de incontrolados— los que ostenten el dudoso honor del máximo registro de violaciones sistemáticas cometidas. Y que, paradójicamente, el grado de *civilización* de un ejército esté en proporción directa con su nivel de *barbarie*.

La violación sistemática en tiempo de guerra no es la única instrumentalización o manipulación de los cuerpos de las mujeres presente en el discurso militarista. Coincidiendo con el momento álgido de las violaciones de las mujeres bosnias, Stasa Zajovic, del colectivo Mujeres de Negro de Belgrado, denunciaba desde el campo serbio las políticas pronatalistas del Gobierno de Slobodan Milosevic. En el marco de la teología victimista y mistificadora del nacionalismo étnico más virulento, el Gobierno serbio rescataba del baúl de la historia el recurso universal de la *madre heroica* para inflamar los ánimos guerreros del pueblo:

> *Asimismo ha sido fomentado el culto de la madre heroica Yugovich —figura medieval de la madre sufrida, valiente, estoica, que tenía nueve hijos— que debía ofrendar sus hijos a la muerte para defender la honra y la dignidad de la patria humillada.*

De esta manera, según Stasa, se establecía una línea de continuidad «mujer-madre-nación-patria en guerra-muerte», con lo que la figura de la mujer-madre pasaba a simbolizar lo contrario de su significado original como dadora de vida. La máxima instrumentalización del cuerpo femenino asumía así la forma de un simple vientre o matriz de guerreros, de patriotas, de carne de cañón, de héroes y mártires. El resultado no podía ser otro que la progresiva pérdida de control de las mujeres sobre su propio cuerpo, sobre su propia sexualidad, sobre su propia vida, y, simultáneamente, el engrasado de la espiral de la violencia y de la guerra.[2]

Imágenes manipuladas

Pero no sólo los cuerpos de las mujeres son susceptibles de ser manipulados por el discurso militarista: lo son también sus imágenes, y no únicamente en la forma de arquetipos ideales, como el de la «madre heroica» serbia. No es casualidad que las mujeres hayan sido utilizadas con harta frecuencia como *casus belli* o pretextos de guerra, desde la mítica Helena de Troya hasta, en tiempos más recientes, la justificación de la campaña militar estadounidense *Justicia Infinita* lanzada en octubre de 2001 con la presunta excusa —aparte del puro discurso de la venganza por los atentados del Once de Septiembre— de liberar a las mujeres afganas. La imagen de la afgana cubierta con la *burka* fue esgrimida como símbolo de un sistema opresivo —el del régimen talibán— que debía ser destruido con las armas. Y así sucedió en el lapso de un par de meses. En plena guerra, la actriz afgana Niloufar Pazira, protagonista del filme *Kandahar*, no fue precisamente de las engañadas por el lenguaje de los presuntos libertadores:

> *Somos tan víctimas de los talibanes como de la doble moral de Occidente. Es indecente cómo los medios estadounidenses están explotando la imagen de las mujeres con burka. Los derechos de las mujeres y de los niños afganos no se respetaban desde hace años, desde mucho antes de la llegada de los talibanes. Después del 11 de septiembre hay una fascinación casi sensacionalista por la mujer afgana, utilizan su imagen para demonizar al régimen de los talibanes. Son prisioneras, y ellos, los machos occidentales, van a liberarlas. No se libera a nadie con bombas. Con bombas inteligentes. Parece un chiste que roza el mal gusto. Yo no quiero elegir entre terrorismo y la guerra. Pero tanto Bin Laden como Bush dicen lo mismo: o conmigo o contra mí. Bush dice a la comunidad occidental que o le apoyan o serán considerados enemigos de Occidente. Bin Laden quiere obligar a elegir a los islámicos entre su guerra santa o la muerte. Son dos fascistas que quieren imponer su violencia al resto de la humanidad. La situación de las mujeres ni les importa ni les ha importado nunca. Pero ahora lo están instrumentalizando.*

Niloufar Pazira se negaba a enredarse en la lógica binaria y excluyente de la guerra y del militarismo: o conmigo o contra mí, o Bush

o Ben Laden. Apostaba, en cambio, por un camino distinto: el que decidieran las propias mujeres afganas:

> *Los norteamericanos no quieren conocer el contexto de esta guerra. En Estados Unidos no hay diálogo alguno, han demonizado a los talibanes y no quieren conocer las razones. Huyen de los matices. No quieren saber que las mujeres afganas no quieren ser presas de unos, ni ser liberadas por otros. Quieren ser ellas mismas, y para eso, si las dejan, se bastan solas.*

Como no podía ser menos, poco salieron ganando las mujeres afganas tras el fin de la campaña militar; al menos las que sobrevivieron a las bombas *inteligentes*. Con ocasión del primer aniversario de los atentados del Once de Septiembre, la organización internacional Mujeres Viviendo Bajo las Leyes Musulmanas (WLUML, *Women living under muslim laws*) describía así la situación actual en Afganistán, cuando ya había transcurrido casi un año desde la caída del régimen:

> *Una vez desalojados los talibanes del poder, la coalición liderada por Estados Unidos ha instalado un Gobierno dominado por señores de la guerra cuyo historial de respeto de los derechos humanos y trato a las mujeres apenas es mejor. Esta no ha sido una guerra para «salvar a las mujeres afganas», como demuestra el ejemplo de Sima Samar, la ministra de Asuntos Femeninos del Gobierno interino afgano. La presentación de una demanda judicial contra ella por blasfemia fue una clara advertencia en el sentido de que todos aquellos que defendieran un Afganistán pacífico, justo y democrático serían acallados. Fuerzas poderosas continúan resistiéndose a la creación de un espacio para la participación política de las mujeres y la de todos aquellos que no cuentan con el respaldo de las armas.*

Ocupado Afganistán y sembrado de bases militares estadounidenses, el sangrante problema de la discriminación sexual de sus ciudadanas había dejado de ser noticia, no figuraba ya como tema de interés en las agendas de los principales medios de comunicación mundiales. La violencia cometida contra las mujeres afganas, cosificadas y apartadas del ámbito público, incapacitadas para tra-

bajar fuera de sus hogares, invisibilizadas por la *burka*, continúa hoy día vigente después de haber servido como pretexto de intervención militar y entronización de un nuevo régimen títere en la zona. Una vez más, militarismo y guerra demostraron su esencial incompatibilidad con cualquier proceso o paso dado a favor del mejoramiento de la situación de las mujeres.

Diez años atrás, durante la primera crisis del Golfo de 1991, la utilización de determinadas imágenes femeninas también ayudó, como tantas otras veces en la historia, a la justificación de una aventura bélica. Según se ha ocupado de recordarnos Cynthia Enloe:

> *Si hay alguna imagen que retrata la crisis del Golfo en su aspecto televisivo, es la de una mujer blanca bajando de un 747, con un bebé agotado a hombros. Según lo que implica esta imagen en los medios de comunicación, los Estados existen para proteger a los «mujeres y niños». Hubiera sido más difícil justificar la intervención de EE.UU. en el Golfo de no haber existido alguna mujer como víctima.*

En esta ocasión se trataba de mujeres blancas, occidentales: el personal diplomático estadounidense evacuado de la embajada de Bagdad en vísperas de la Operación Tormenta del Desierto. Una vez más las mujeres utilizadas como pretexto de guerra, encarnando históricamente el mito de Helena de Troya. Otra imagen que contribuyó a excitar los ánimos guerreros de Occidente fue la de la joven kuwaití informando con voz desgarrada de la matanza de bebés perpetrada por los soldados iraquíes en una incubadora del hospital del emirato. Tiempo después se sabría que todo fue un montaje —no hubo tal masacre, y la joven era en realidad la hija del embajador kuwaití—, pero el grito de «¡las mujeres y los niños primero!» funcionó una vez más como eficaz propaganda de guerra.

Cynthia Enloe ha puesto asimismo el acento en la proyección interesada durante la primera Guerra del Golfo, por parte de la propaganda occidental, de dos imágenes femeninas altamente significativas: la de la militar estadounidense, como mujer teóricamente liberada, y la de la mujer árabe cubierta por el velo (*hijab*). Para Enloe, la contraposición de ambas servía a la voluntad de describir gráficamente la superioridad occidental frente al supuesto atraso de la cultura árabe, lo que justificaba, por tanto, cualquier intervención

militar estadounidense en la región. Esta doble imagen acusaba, sin embargo, una singular complejidad, porque el icono de la mujer-soldado estadounidense significaba la ocupación por parte de las mujeres de un espacio tradicionalmente reservado a los hombres y sugería, por tanto, la idea de otra batalla ganada para la causa de la emancipación femenina. Como si el secular proceso de liberación de las mujeres en Occidente tuviera que culminar en el cuartel. Y no en un cuartel cualquiera, sino en el del ejército más poderoso de la tierra, con miles de bases repartidas por todo el mundo.[3]

Mujeres en los ejércitos

Retomando asimismo la imagen evocada más arriba por Niloufar Pazira, y para el caso de la reciente campaña militar de Afganistán, no todos los presuntos liberadores de las mujeres fueron, propiamente, «machos occidentales». En 1991, durante la primera Guerra del Golfo, un 12% del ejército estadounidense estaba formado ya por mujeres, lo suficiente como para que su presencia pudiera ser ampliamente visibilizada durante el seguimiento informativo del conflicto, como refería Cynthia Enloe. Por aquel entonces todavía contaban con una serie de restricciones, como pilotar aviones o tripular barcos de combate, la mayor parte de las cuales serían levantadas durante los años siguientes. En octubre de 2001 el porcentaje alcanzaba ya el 16%, con cerca de doscientas mil mujeres, repartidas entre el ejército de tierra (15%), de aire (19%) y la marina (13%). En los *marines* la participación femenina era mínima (6%) e inexistente, por vetada, en ciertos cuerpos especiales como los *Rangers* y *Seals*. De las tres armas, la marina parece ser la más impermeable a estas incorporaciones; tras la primera Guerra del Golfo, el destructor *Arcadia* volvió a puerto con 36 marineras embarazadas —lo que le valió el sobrenombre de *Love Boat*— y los submarinos siguen sin aceptar a las mujeres en sus tripulaciones. En cualquier caso, las incorporaciones de mujeres continúan creciendo, ya que las solicitantes suelen estar mejor preparadas y obtienen mejores calificaciones que sus compañeros varones para su ingreso en un ejército cada vez más tecnologizado.

El ejemplo estadounidense ha sido imitado con mayor o peor fortuna por otros ejércitos, entre ellos el español. Las puertas se abrieron tímidamente en 1988, con la autorización de acceso a una

serie de cuerpos y escalas, fundamentalmente de sanidad, jurídicos y de intendencia. A partir del año siguiente se fueron ampliando las posibilidades de ingreso. Tras la crisis del modelo de reclutamiento obligatorio, y en paralelo con el crecimiento de los efectivos profesionales en el contingente total, la participación de las mujeres en las tres armas del ejército ha aumentado de manera considerable. Si en 1998 sólo había 1.477 mujeres entre un total de 37.500 profesionales, en 2002 la cifra ascendía a 11.480, un 9,3% del contingente. Precisamente en ese último año España pasó a ser el país europeo de mayor presencia femenina en sus fuerzas armadas —superando a Francia—, si bien el incremento del porcentaje no solamente se ha debido al aumento de las solicitudes de mujeres en números absolutos, sino al descenso del contingente total, toda vez que las ambiciosas previsiones de reclutamiento del Gobierno Aznar no se han cumplido en absoluto, al menos hasta la fecha. De este fracaso da una cabal idea la comparación del objetivo mínimo fijado en 1999 —una horquilla de entre 102.000 y 120.000 soldados profesionales— con las cifras actuales. Todavía a finales de 2002 había solamente 75.000 profesionales, y ello después de que el Ministerio de Defensa se hubiera gastado desde 1996 la friolera de casi ochenta millones de euros en campañas de publicidad entre los jóvenes.

En cualquier caso, la presencia femenina en un espacio tan tradicionalmente masculino ha sido visto por algunos como un logro, una conquista necesaria en el proceso de emancipación de las mujeres. Para la profesora del CSIC Valentina Fernández Vargas, por lo menos, se trata de una «conquista enorme», una verdadera ruptura sociológica que se ha traducido en «la desaparición del reparto de papeles del hombre como guerrero y la mujer como madre y esposa de guerreros. Una militar tiene la obligación, llegado el caso, de matar. Ésa es la gran ruptura».

Sin defender la imposición de barreras a la incorporación de las mujeres al ejército, cabe preguntarse, sin embargo, qué puede tener de positivo ingresar en una institución en la que el asesinato no sólo es legal, sino obligado, y que constituye el epítome de los valores patriarcales. Si más arriba Victoria Sau criticaba un modelo de masculinidad dominante definido por la agresividad, como parte de un sistema histórico patriarcal que ha llegado hasta nuestros días... ¿qué puede decirse de la principal institución legitimadora de la violencia? Una institución edificada sobre el concepto de Enemigo, de

la exclusión violenta del Otro, regida por la lógica binaria del militarismo, tan amiga de disciplinas y jerarquías como hostil al diálogo y a las mediaciones. Una institución, en fin, culpable de las guerras de las que tan mal paradas han salido siempre las mujeres, en proporción inversa a su escasa participación en la organización y ejecución de las mismas.

Algunas lecturas de la actual presencia femenina en el ejército desvelan precisamente ese profundo carácter patriarcal mal que bien disimulado tras una fachada de progresía y aires nuevos. Reina Ruiz, del grupo de mujeres del Movimiento de Objeción de Conciencia, encontró en su día varios factores que explicaban la apertura del ejército a las mujeres —con el primer paso legal dado en 1988— que el tiempo ha ido verificando. Uno de ellos era el escaso prestigio social de la institución militar, de resonancias claramente franquistas, algo bastante evidente durante los primeros años de la democracia en España. Basta para ello repasar las diferentes citas del «manual de formación militar y moral» del soldado recogidas al principio de este capítulo, y pensar en que todavía en 1978 —en plena Transición— los soldados eran adoctrinados en semejante pensamiento. Un prestigio que se veía además erosionado por la incipiente contestación de objetores de conciencia e insumisos, que con el tiempo llegarían a cuestionar y hacer inviable el modelo de reclutamiento forzoso:

> *En el intento por mejorar la dañada imagen, tanto de la profesión militar como del ejército en sí, éste no duda en utilizar a la mujer para ofrecer una nueva fachada, más democrática, más europea, más acorde con los tiempos que corren. Al mismo tiempo, abre sus puertas a un importante colectivo —el 52 por ciento de la población— que podría resolver el mencionado problema de la carencia de existencias.*

En el texto al que pertenece esta cita, publicado en 1990, Reina Ruiz no concedía demasiada importancia a un hipotético problema de carencia de efectivos en un futuro próximo para el ejército español. Normal. Ni ella ni nadie, y mucho menos los Gobiernos socialistas de aquel tiempo, podían imaginarse que apenas seis años después el servicio militar caería herido de muerte por el imparable aumento de objetores de conciencia e insumisos, como una expresión más del des-

crédito social en el que había caído por anacrónico e impopular. Una vez decidido el fin de la *mili* en 1996 por el primer Gobierno Aznar, se abrió un delicado período de transición durante el cual fue necesario compensar el drástico descenso de los mozos de reemplazo con la incorporación de tropa profesional. Y fue precisamente a partir de ese momento cuando el ingreso de las mujeres se tornó tan necesario como urgente. Hasta el punto de que, hacia 1998, no fueron pocas las voces que apuntaron que la afluencia femenina había salvado el proceso de profesionalización de las fuerzas armadas; en la tercera convocatoria de plazas de aquel año, casi el 20% de los solicitantes fueron mujeres, con un incremento del 61,8% respecto al año anterior.

Durante aquellos primeros años, sin embargo, la incorporación femenina era todavía tan exigua, en términos absolutos, que poco pudo hacer para parchear el problema de la bajísima *ratio* de aspirantes por plaza. Más efectividad tuvo si cabe la manipulación de sus imágenes con el fin de embellecer el aspecto de las nuevas fuerzas profesionales y estimular de esa forma el ingreso de los varones, una táctica patriarcal cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos. La abrumadora presencia de atractivas y sonrientes militares en carteles y folletos del Ministerio de Defensa —en los que dilapidó una fortuna— no podía contrastar más con su verdadero peso en la composición del contingente. La imagen de las mujeres, irónicamente, sirvió de cebo para atraer a unos potenciales soldados mayoritariamente masculinos, y sobre todo para maquillar la imagen del ejército y desembarazarlo de su aureola *carca* y franquista. La institución patriarcal por excelencia no sólo recurrió a las mujeres para parchear sus efectivos, sino que manipuló además su imagen con el mismo fin, reflejando con fidelidad, lejos de combatirla, la situación general de discriminación que socialmente seguían padeciendo.

Transcurrido un número suficiente de años para efectuar un balance, el resultado de todo este proceso no ha podido menos que decepcionar a sus impulsores. El *boom* de la incorporación de las mujeres al ejército parece haber tocado techo. Si en el año 2001 ingresaron unas dos mil mujeres, entre enero y septiembre del año siguiente sólo lo habían hecho poco más de la mitad. Fuentes militares atribuían el dato, entre otras razones, a la dificultad de conciliar la vida en el ejército con la maternidad. La teniente que en 1998 acudió a los tribunales para defender los derechos laborales que legalmente le correspondían como madre en período de lactancia, y

cuyo caso saltó varios años después a la prensa, confirmaría sin duda esa versión. El general que representaba al Ministerio de Defensa, su oponente en el juicio, no dudó en acusarla de «falta de espíritu militar», señalando que por encima del derecho a la protección familiar —que consideraba de «segundo orden»— estaba «el derecho y el deber de defender a España». Además, cuando una vez agotada la vía judicial la teniente trasladó su problema a una diputada, el mismo general la acusó de «deslealtad»: como si hubiera traicionado el pacto de silencio de una mafia.

¿Una manifestación más del discurso patriarcal presente en una institución famosa por su insensibilidad y por su obsesión por la jerarquía y la disciplina? Ojalá todas fueran de ese tipo. En mayo de 2000, en el campamento de El Piornal, en Cáceres, la soldada de infantería Dolores Quiñoa fue obligada a desnudarse y violada por su teniente. Probablemente el suceso jamás habría trascendido si sus indignados compañeros de unidad, saltándose el reglamento militar, no se hubieran amotinado como protesta, dándose de baja uno a uno para solidarizarse con ella. Aquel acto de rebelión colectiva animó a Quiñoa a presentar una denuncia contra el oficial. Pese a todo, sólo la filtración del incidente a la televisión y a la prensa, en noviembre de 2002, con la consiguiente expectación suscitada, hizo posible la tramitación de la denuncia, que hasta entonces había quedado bloqueada por la burocracia judicial militar. Si algo demuestra este caso es que la propia estructura del ejército es el lugar ideal, en tanto compartimento estanco cerrado a la sociedad —a la mirada y a la crítica del público— para que se produzcan abusos de este tipo y para que sus perpetradores salgan impunes. Frente al silencio ordenado bajo amenazas por el teniente violador, invocando el *sagrado* deber de la disciplina y el acatamiento de la autoridad, la soldado Quiñoa sólo pudo contar con la desobediencia y la rebelión solidaria de sus propios compañeros, valores completamente ajenos al universo patriarcal y militarista.

Otro de los síntomas de que el proceso de incorporación femenina, por debajo de las triunfalistas declaraciones de los responsables de Defensa durante los primeros años, está acusando graves dificultades, es un preocupante dato que sólo se ha sabido en fechas muy recientes. Entre 1991 y 2000, 1.072 mujeres militares solicitaron baja por depresión, la gran mayoría en el Ejército de Tierra, en el que durante el período 1996-2000 llegaron a darse de baja hasta 897

mujeres. Además, del total de bajas, 481 se dieron solamente en un año, el 2000: casi una de cada cinco. Las motivaciones son múltiples. La Oficina del Defensor del Soldado ha llamado la atención sobre las penosas condiciones laborales, a salvo de cualquier fiscalización. No por casualidad los militares carecen de los derechos de sindicación, manifestación y huelga, contradictorios con la sumisión y la disciplina como valores sumos del estamento. Otras bajas de mujeres están relacionadas con problemas de acoso sexual por parte de sus mandos, una órbita en la que son una ínfima minoría, con un 1,5% del total. Dado el carácter cerrado de la institución, no sería extraño que se estuviera produciendo algo parecido a lo ocurrido con el ejército belga, uno de los primeros en profesionalizarse en Europa, tras el británico. Un informe secreto publicado en el año 2000 desveló que nueve de cada diez mujeres militares sufrían acoso sexual. De las encuestadas, un 92,5% confesaba haber sufrido este tipo de acoso por parte de sus compañeros, un 36% declaraba haber sido víctima de tocamientos y un 1,3% denunciaba haber sido violada.

¿Es posible un ejército sin discriminación sexual, sin acoso, sin violaciones dentro de sus propias filas? El hermetismo de la institución, impermeable a todo control público, hace pensar lo contrario. En todo caso, conviene no perder de vista la finalidad última del organismo militar, su proyección hacia fuera: la perpetuación de la cultura de la violencia como único medio de resolución de los conflictos, perjudicial tanto para los hombres como para las mujeres. Por lo que se refiere al joven ejército profesional español, cabe preguntarse quién ha salido realmente beneficiado de la «enorme conquista» que, según algunos, ha significado el ingreso de las mujeres en el mismo. De momento, esto es seguro, el propio ejército. En cuanto a las mujeres, y recogiendo la anterior cita de Valentina Fernández Vargas... ¿qué ventaja puede haber en adquirir el derecho a la *obligación* de matar? Ninguna. Ni para las mujeres ni para los hombres. Lo deseable sería no solamente que *ellas* no se incorporaran a una institución esencialmente patriarcal y militarista, sino que *ellos*, cuestionando y redefiniendo el modelo de masculinidad en que han sido educados, desertaran de la misma, la vaciaran por dentro. Como defendía Petra Kelly desde el movimiento *verde*:

> *Yo no quiero ver a las mujeres en pie de igualdad con nuestros hermanos, padres y esposos en centros de mando nuclear, en los frentes de batalla o en los lugares en que se planifica la muerte de miles de personas. [...] No debería haber ninguna mujer en el ejército. Saquemos de allí a los hombres.*[4]

Tres lógicas de exclusión y una misma violencia

Militarismo y patriarcado han compartido siempre el recurso común a la fuerza y la violencia. El colectivo feminista y antimilitarista Mujeres de Negro de Belgrado ha denunciado innumerables veces esa íntima alianza, engarzada a modo de triplete con el nacionalismo étnico más virulento, a partir de su experiencia del clima bélico en la Serbia de Slobodan Milosevic. El mecanismo etnocéntrico de exclusión del Otro, utilizado hasta la saciedad por el nacionalismo serbio, volvió a manifestarse con los bosnio-musulmanes de Bosnia-Hercegovina o los albaneses de Kosova. En el capítulo anterior se apuntaba que el proceso de exclusión etnocéntrica tendía a desplegarse de manera interminable: el número y la naturaleza de los excluidos se proyectaba hacia el infinito. En último término, nadie estaba a salvo de ser excluido. Prueba de ello fue el nuevo racismo contra los propios serbios de las regiones periféricas: los residentes en Kosova, o los expulsados de la Krajina croata o de Bosnia. Como denunciaba Stasa Zajovic en 1996, a propósito de la limpieza cultural de la lengua serbia, propugnada por Dobrica Cosic, antiguo *padre espiritual* de la nación:

> *No solamente desde hace años el idioma albanés no se puede oír ni siquiera en los mercados de Belgrado, sino que tampoco los refugiados de nombre serbio se atreven a hablar en voz alta, porque su acento diferente es detestado por la gran mayoría.*

Los excluidos excluyen a su vez. Tras la intervención militar de la OTAN en Kosova durante la primavera de 1999, la minoría romaní se vio a su vez expulsada por la mayoría albanesa, las antiguas víctimas. Si en 1991 había unos cincuenta mil romaníes censados en Kosova —se calcula que los no censados ascendían al doble—, en julio de 1999 sólo quedaban unos diez mil. Se trata, por tanto, del odio, del temor y de la exclusión de lo diferente, que siempre y de manera inevitable acaba derivando en el ejercicio de la fuerza, en el despliegue de la guerra. Militarismo, patriarcado y etnocentrismo apa-

recen así como tres lógicas de exclusión íntimamente conectadas y hermanadas por el miedo y la violencia, a modo de vasos comunicantes. Sólo ahora quizá se pueda comprender ese sutil concepto de militarismo que, al principio de este libro, se mostraba como algo tan inaprehensible e indefinible como una actitud, un comportamiento, un gesto o una mirada. Tal vez todo comience con una simple frase, como aquella que recordaba Primo Levi a propósito de su experiencia en Auschwitz:

> *Habrá muchos, individuos o pueblos, que piensen, más o menos conscientemente, que* todo extranjero es un enemigo*. En la mayoría de los casos esta convicción yace en el fondo de las almas como una infección latente; se manifiesta sólo en actos intermitentes e incoordinados, y no está en el origen de un sistema de pensamiento. Pero cuando éste llega, cuando el dogma inexpresado se convierte en la premisa mayor de un silogismo, entonces, al final de la cadena está el* Lager*. Él es producto de un concepto del mundo llevado a sus últimas consecuencias con una coherencia rigurosa: mientras el concepto subsiste las consecuencias nos amenazan.*

Un arco tendido entre una sencilla y odiosa frase y el *Lager*, o la limpieza étnica, o Guantánamo. Ésa sería la mejor definición del militarismo.[5]

Notas:

1. *Instrucción Militar. Escala de complemento*, Ministerio de Defensa, 1978. Segunda parte: formación moral, primer ciclo. La cita de Emma Goldman procede de *Tráfico de mujeres y otros ensayos sobre feminismo*, Anagrama, 1977, pp. 66-67. La frase de Jane Misme está citada en Françoise Thébaud, en la *Historia de las Mujeres en Occidente*, de George Duby y Michelle Perrot (dir.), Taurus, 1993, p. 66. Sobre las sufragistas europeas y estadounidenses que lograron mantener una coordinación antimilitarista durante la guerra —la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad, creada en el congreso de La Haya de 1915— ver Jill Liddington, «La campaña de las mujeres por la paz. Historia de una lucha olvidada», en *Antes Muertas*, La Sal, 1983. La cita de Marcia Yudkin está recogida de su artículo «Reflexión sobre *Tres Guineas* de Virginia Woolf», publicado en *Mientras Tanto*, n.º 15, 1983, p. 115.
2. Kate Millet, *Política sexual*, Ediciones Cátedra, 1995, p. 70. La cita de Victoria Sau pertenece a «De la violencia estructural a los micromachismos», en *El sexo de la violencia*, de Vicenç Fisas (ed.), Icaria, 1998, p. 168. La cifra de las violaciones cometidas en Bosnia-Hercegovina está extraída de la página web de la organización Women for Women International (www.womenforwomen.org), así como del artículo de Mabel González Bustelo: «Sentencia histórica contra el uso de la violación como arma de guerra», del IECAH, Instituto de Estudios sobre Conflictos y Acción Humanitaria (www.iecah.org). La alegación presentada al jurado del Tribunal Permanente de los Pueblos por Dones per Dones de Barcelona, con el título «La violación como arma de limpieza étnica», está incluida en la obra colectiva *El genocidio bosnio. Documentos para un análisis*, Los Libros de la Catarata, 1997. La cita de Ruth Seifert procede de su artículo «El segundo frente. La lógica de la violencia sexual en las guerras», en *La mujer ausente. Derechos humanos en el mundo*, de Ximena Bunster, Cynthia Enloe y Regina Rodríguez (ed.), Isis Internacional, 1996, p. 39. El dato de la Asociación de Viudas del Genocidio de Ruanda lo he tomado de la Agencia France Presse, AFP *News* (7-1-2002). La información sobre la pequeña minoría de mujeres que participaron en el genocidio ruandés figura en la comunicación presentada por Angelina Muganza, ministra de Género y Mujeres en Desarrollo de Ruanda, en el Congreso *Violencia contra las mujeres. Situación actual mundial*, celebrado en Valencia los días 23, 24 y 25 de noviembre de 2002 y organizado por el Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia. En otra comunicación presentada en el mismo congreso, Chin-Sung Chung, del Consejo Coreano de Mujeres Obligadas por Japón a la Esclavitud Sexual, estima en una cifra variable —entre 80.000 y 150.000— las mujeres y niñas coreanas que fueron obligadas a prostituirse desde 1931 hasta el término de la II Guerra Mundial. Anthony Beevor se ha ocupado de estudiar el fenómeno de las violaciones masivas de las mujeres alemanas en su obra *Berlín. La caída* (Crítica, 2003). Sobre Mary Kaldor, ver *Las nuevas guerras* (Tusquets, 2001). La cita de Stasa Zajovic está tomada del texto «Hijos para la guerra», en *mujeres en acción*, abril 1992, p. 10. La declaración de *Women Living Under Muslim Laws* en el primer aniversario de los sucesos del Once de Septiembre está disponible en su web: www.wluml.org.

3. Entrevista a Niloufar Pazira por Elsa Fernández Santos, *El País*, 27-10-2001. La cita de Cynthia Enloe procede de su artículo «Mujeres y niños primero: las herramientas propagandísticas del patriarcado, en *Papeles para la Paz*, n.º 43, 1991, p. 170.
4. Los datos sobre la participación femenina en el ejército estadounidense proceden en su mayoría del artículo «Get of My Way», publicado por Susan H. Greenberg en la revista *Newsweek*, 29-10-2001. Las cifras de las incorporaciones de mujeres al Ejército español pueden consultarse en la web del Ministerio de Defensa. A finales de 2002, el ministro Trillo reconoció por fin que «estaban fallando las incorporaciones de tropa profesional» (*El País*, 13-11-2002). La cita de Valentina Fernández Vargas, autora del libro *Las militares españolas* (Biblioteca Nueva, 1997) está tomada del reportaje de Jesús Rodríguez, «La última trinchera» (*El País Semanal*, 2-5-1998). La cita de Reina Ruiz, del grupo de mujeres del Movimiento de Objeción de Conciencia, procede de su artículo «Mujer y ejército», en *Papeles para la Paz*, n.º 38, 1990, p. 245. El dato del número de solicitudes de mujeres presentadas durante la tercera convocatoria de 1998, en «La afluencia de mujeres salva la profesionalización de las Fuerzas Armadas» (*El País*, 30-10-1998). Sobre el techo que parece haber alcanzado la incorporación femenina al ejército profesional, *La Razón*, 29-10-2002, y *Belt Ibérica*, 4-11-2002 (www.belt.es). Sobre el caso de la teniente y las polémicas declaraciones del general, ver el artículo de Miguel González: «El combativo espíritu maternal de la teniente B.», *El País*, 1-4-2002. Sobre el «caso Quiñoa» he utilizado la información contenida en *El País*, 24-11-2002. Los datos de las bajas por depresión proceden de los artículos «Una soldado que sufrió acoso sexual presenta una querella ante los tribunales militares», de Karin Federlein (*El Mundo*, 11-2-2002), y «El Ejército español, el segundo con más mujeres», de Miguel González (*El País*, 1-4-2002), citando fuentes oficiales del Ministerio de Defensa. El informe del ejército belga aparece citado en el texto «Precaria la situación de las mujeres en el ejército», de *CIMAC*, *Agencia de noticias* (Centro de comunicación e información de la mujer), 23-10-2000 (www.cimac.org), y en «Noticias de justicia infinita» (www.creatividadfeminista.org). La cita de Petra Kelly pertenece a *Por un futuro alternativo*, Paidós, p. 37.
5. Sobre la relación entre militarismo y patriarcado, me he apoyado fundamentalmente en el trabajo de Ana Peralta de Andrés, «Política de las mujeres; política antimilitarista» (inédito), así como en «Antimilitarismo y feminismo: las mujeres, la campaña de Insumisión y 25 años desobedeciendo», de Josemi Lorenzo Arribas, en *Mujeres, regulación de conflictos sociales y cultura de la paz*, de Anna Aguado (ed.), Institut Universitari d'Estudis de la Dona, 1999, pp. 177-200. La cita de Stasa Zajovic procede del libro *Mujeres por la paz*, publicado en Valencia por la Asociación Mujer, Salud y Paz, 1998, pp. 32-33. Las cifras de población romaní en Kosova están tomadas del artículo «En Kosovo también había romaníes...», de Vesna Stojanovic, incorporado al apéndice documental del *Informe sobre* el *conflicto y la guerra de Kosovo*, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, pp. 580-583. La cita de Primo Levi pertenece al prólogo de *Si esto es un hombre*, Muchnik Editores, 2001, p. 7.